
3 1761 07142334 7

MAI

R C

325 pag - 1 h.

CIRO BAYO

LAZARILLO ESPAÑOL

GUÍA DE VAGOS EN TIERRAS DE ESPAÑA
POR UN PEREGRINO INDUSTRIOSO

PRÓLOGO DE AZORÍN



MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO BELTRÁN
PRÍNCIPE, 16

LAZARILLO ESPAÑOL

OBRAS DEL AUTOR

HIGIENE SEXUAL DEL SOLTERO.—Un vol.

VOCABULARIO CRIOLLO SUD-AMERICANO.—Un vol.

DICCIONARIO—CONVERSACION ESPAÑOL-FRANCES.—Un vol.

VIAJES

EL PEREGRINO ENTRETENIDO.—Un vol.

LAZARILLO ESPAÑOL (*Guía de vagos en tierras de España)*.—Un vol.

LA PLATA PERULERA.—Un vol.

EL PEREGRINO EN INDIAS.—Un vol.

CIRO BAYO

LAZARILLO ESPAÑOL

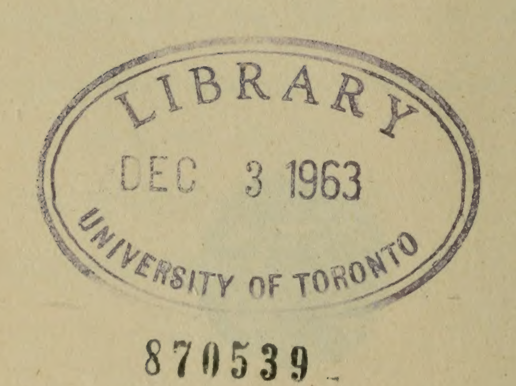
GUÍA DE VAGOS EN TIERRAS DE ESPAÑA

POR UN PEREGRINO INDUSTRIOSO

PROLOGO DE AZORIN



MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO BELTRÁN
PRÍNCIPE, 16


LIBRARY
DEC 3 1963
UNIVERSITY OF TORONTO

COMENTARIOS

QUE PUSO AZORÍN AL *Peregrino entretenido* Y QUE MUY BIEN PUEDEN SERVIR DE PRÓLOGO AL *Lazarillo español.*

VIAJES POR ESPAÑA

Ciro Bayo ha publicado un libro titulado *El Peregrino entretenido*: un libro escrito en estilo sencillo, natural, castizo sin afectación. El autor describe en estas páginas varias regiones de España que él ha visitado en diversas ocasiones. Muchos de los parajes recorridos por Ciro Bayo no tienen acceso por ferrocarril; unas veces andando—que es el medio más seguro y popular de viajes—y otras caballero en algún rocín quijotesco, nuestro andante escritor ha ido enterándose de paisajes, pueblos viejos, mesones, ventas y caminos españoles. En todas estas pintorescas andanzas, ha guiado á Ciro Bayo, parte del deseo de esparcir y solazar su espíritu, cansado por los tráfagos cortesanos, parte la curiosidad del artista y del filólogo. Hace ya casi un siglo, ó poco menos, que un escritor catalán, don Antonio de Capmany, nos contaba en la introducción á uno de sus libros, los frutos ópimos que él había logrado—con relación al estudio de la lengua castella-

na—de uno de estos viajes por las tierras de Castilla y de Andalucía.

España es casi un país inexplorado; las Guías (extranjeras, las mejores) que existen de nuestra patria, no nos hablan sino de las grandes ciudades y de aquellos otros lugares á los que se puede llegar con relativa comodidad; quedan excluídos del conocimiento y de la avidez de los ambuladores, nacionales y forasteros, muchos sitios, pueblos, ciudades y campiñas en que se halla como condensado mucho del espíritu de España. Acaso sea un bien que tales parajes permanezcan olvidados, casi desconocidos. Además de esto, aun cuando se hablara de estos sitios y pueblos en las Guías, su encanto no podría ser comprendido de los extranjeros... ni de muchos nacionales.

El libro de Ciro Bayo no es una Guía, ni aun en un sentido amplio, lato; es más bien una obra "sentimental". Las Guías de las naciones (hablo de España particularmente) han sufrido á través de un siglo una cierta é interesante evolución. De subjetivas, personales que eran en sus comienzos, han pasado á ser puramente impersonales y objetivas. El libro de Richard Ford, por ejemplo, el mejor libro, el más completo, el más sugestivo que se ha escrito sobre España, en su primera edición contiene juicios é impresiones personalísimos, muchos de ellos agudos y originales: el autor, Ford, viajaba por España, á la manera que W. Irving viajó anteriormente, caprichosamente y por pequeñas jornadas; luego, con el fruto de sus observaciones, de sus visitas á los monumentos, de sus charlas con los labriegos y con los señores de los pueblos, trazó aquellas páginas en que se ve el reflejo de un espíritu penetrante. Pero, andando los años, todo el personal, todo lo que constituye el encanto de esta Guía singularísima, ha sido podado en ediciones posteriores, y hoy el libro de

Ford (ó el *Murray*, como se le denomina vulgarmente), es un libro tan frío, tan impasible, tan impersonal como el tudesco Baedeker.

¿Es un bien ó es un mal la impersonalidad de las Guías? Creemos que deben existir Guías *enumerativas*, impersonales, y que al mismo tiempo debe haber libros en que el viajero refleje sus impresiones de modo más ó menos sentimental y lírico. Modernamente (en Francia, por ejemplo) se ha querido hacer una mezcla de los dos sistemas, y algunos editores han publicado *Guías sentimentales* de los sitios y ciudades más notables del país. Pero para la redacción y confección de tales libros se necesita un hondo sentido del arte, de la historia, de la raza, etc., y al mismo tiempo cierto equilibrio, cierta ponderación, cierta sobriedad para no dar al elemento subjetivo demasiada preponderancia, en detrimento de las nociones y noticias reales, históricas, objetivas indispensables. ¿Hasta qué punto el libro de Teófilo Gautier es una Guía? ¿Puede ser considerada también como tal la obra de Mauricio Barrés, en que se habla de Toledo, Aranjuez, Córdoba y Granada? Generalmente en estas *Guías sentimentales*, el que las escribe lleva un prejuicio, una opinión hecha, á la que irremisiblemente ha de ajustar la realidad que tiene ante los ojos; aludo principalmente á los extranjeros. Un extranjero que viaja por España es un señor, un literato ó poeta, que se ha formado en su país una idea de nuestra nación y que al llegar á ella, no ve, á pesar de todo cuanto se le ponga delante, sino la España que él veía antes de arribar á ella y de ambular por sus ciudades y por sus campos. Se podrían citar numerosos ejemplos de lo que decimos. Claro está que venir á España con tal preopinión, es hacer un viaje completamente inútil. Supuesto que se tiene una idea ya firme, indestructible, de la vida española, no hace falta

para hablar de España, para describir sus tipos y pintar sus escenas y paisajes tomarse la molestia de realizar una larga y molesta peregrinación por ella. Por eso Balzac, para escribir sus narraciones de asunto español *El Verdugo* (con este título castellano en el original francés) y *La muchacha de los ojos de oro,* no necesitó enterarse ni siquiera de los nombres patronímicos que solemos llevar en España los que en ella vivimos. Ni más tarde el mediano poeta Catulo Mendes necesitó tampoco (y no comparo á Balzac con Mendes) hacer una visita á Avila ni leer las obras, ó por lo menos, la biografía de la mística, para urdir su estrafalario y disparatado drama *Santa Teresa*. Aconsejamos, por lo tanto, aunque pueda ser encontrado antipatriótico, á cuantos prosadores y poetas deseen pintar cosas de España, que no se tomen la molestia de visitar nuestro país: si lo visitan volverán á sus naciones con una molestia más y sin haber sacado gran cosa en limpio; ellos pondrán en sus libros lo que ya *veían* antes de viajar por España; y si se ven forzados, por escrúpulo artístico, por su sinceridad, á variar algo, á reflejar un átomo de verdad, entonces abandonarán á España profundamente contrariados y entristecidos; con lo cual su viaje, más que de distracción y de esparcimiento, les habrá proporcionado amargura y acidia.

Franceses é ingleses son los que más peregrinan por España. Se cree generalmente (yo mismo lo he consignado algunas veces) que los sajones son más veraces, más escrupulosos que los galos. Es hora de que abandonemos esta ilusión; á los ingleses les perjudica en su fama legítima de mistificadores las grandes y altas proezas realizadas en España á primeros del siglo XIX por Alejandro Dumas, padre; el viaje de este escritor es verdaderamente maravilloso. Sin llegar á tanto, años después, Teófilo Gautier (cuyo libro tiene bastan-

tes cosas buenas) no logró eclipsar á su compatriota. Antes que Gautier y después que Dumas anduvo por estos andurriales de España el señor Cuvillier-Fleusy, redactor del *Diario de los Debates;* pero aunque este señor se da buena maña en describir una fastuosa corrida de toros (la obra de resistencia, digámoslo así, de todos los viajeros extranacionales) hay que confesar que no llega ni con mucho á la altura del primero de los Dumas.

Puestos los viajes en España en la tesitura definitiva en que los colocó el autor de *Montecristo*, no era fácil á los ingleses sobrepujarles en fantasía; les dan quince y raya, sí, en la cantidad. Raro es el mes en que no aparece en los escaparates de las librerías de Madrid algún libro inglés sobre España. Las ilustraciones de tales libros son casi idénticas en todos; de ellas forman parte, inevitablemente, fatalmente, una vista del aguaducho de Segovia, una escena de gitanos y el retrato, de cuerpo entero, en traje de "faena" de algún diestro ó novillero de menor cuantía. En 1823 un oficial de los que en 1808 vinieron con Napoleón á España, publicó un libro (excelente, valga la verdad), titulado *Guide du voyageur en Espagne.* Bory de Saint-Vincent—que tal es el autor de esa Guía—cita en el prólogo el juicio que á nuestro geógrafo D. Isidoro Antillóe merecen algunos de los viajes en España escritos por viajeros ingleses; según Antillóe los errores, los absurdos y los dislates de todo género abundan en tales obras. La norma de los sajones no ha variado desde entonces; no hay más que abrir alguno de estos libros que aparecen con frecuencia en los escaparates para ver que sajones y galos se hallan á la misma altura cuando hablan de nuestras cosas.

Pero aun cuando un extranjero—por caso raro—llegara á escribir de España con entera im-

parcialidad, con absoluta escrupulosidad, siempre en su libro faltaría algo que sólo se puede encontrar en el libro de un español; algo de nuestro espíritu, de nuestro ambiente. Lo más hondo, lo más castizo, lo que es etéreo é impalpable, no puede ser comprendido ni hablado sino por los naturales del país. El ejemplo lo tenemos en esa novela que sobre Avila ha publicado con el título de *La Gloria de D. Ramiro,* un distinguidísimo sud-americano: D. Enrique Larreta. Y cuenta que aquí se trata, no de un francés ó un inglés, sino de un hombre que, además de ser cultísimo y de estar animado de una gran sinceridad, de una honda escrupulosidad, habla nuestra misma lengua, que es su lengua nativa, y es de nuestra misma raza. Sin embargo, en su libro, notabilísimo por muchísimos conceptos, digno de elogio, falta ese perfume de casticidad, ese sabor de la tierra castellana, que no se puede adquirir ni con las lecturas copiosas ni con la más prolija erudición.

Algo de ese calor castellano, castizo, hay en el libro—*El peregrino entretenido*—del andante caballero D. Ciro Bayo.

DECLARACION DEL AUTOR

Carísimo lector:

Voy á entretenerte con la relación de mi primera salida de Madrid, á pie, y como se dice, sin dinero.

Pienso que ella vale la pena de que yo te la cuente y de que tú la leas, pues aprenderás conmigo muchas cosas de la España vieja y de la España nueva. No te importe acompañarte de un vago; sólo el ponerse bajo la protección de la santa curiosidad hace á los desarraigados, á los aventureros, á los filósofos trashumantes, nobles por el espíritu y por la fortaleza del corazón.

Verás también cómo el ambular vagamundo es asequible á artistas y excursionistas que gusten salir de las trilladas rutas férreas y polvorientas carreteras; y que bien puede uno lanzarse por estos andurriales españoles, ó por curiosidad ó para solaz del espíritu, sin miedo á robos, secuestros y puñaladas, como piensan muchos extranjeros y tantos otros conciudadanos nuestros, para quienes la vida andariega es cosa de bohemios y un lío de peligros y de sobresaltos.

Cierto que se pasan fatigas é incomodidades, pero ellas se reducen á cero al fin de la jornada, si uno sabe revestirse de ánimo y se acostumbra á ver las cosas por el lado alegre. De otra manera, se fatiga el cuerpo inútilmente y se aplana el espíritu.

El hombre que no es observador—dice un refrán ruso—es como aquel que cruza el bosque y no encuentra leña para calentarse, ó, como se dice en castellano, "mira el mar y no ve el agua".

LIBRO PRIMERO

PROLEGÓMENOS DE VIAJE

I

LA CASA DE VECINDAD

Erase un año climatérico, como diría un astrólogo, es decir malo, muy malo para mí, tanto que ni de su fecha quiero acordarme.

Mis únicas fuentes de ingreso eran á la sazón tal cual traducción que me confiaba un editor amigo y una exigua renta proveniente de una casuca allá en Barcelona. Pero al empezar el mes de Junio ambas fuentes se secaron á un tiempo: el editor fuese á un balneario sin dejarme encargo alguno, y mi apoderado tenía orden terminante mía de no enviarme un cuarto á los Madriles. Había pensado irme á América y con los ahorros de dos meses de la renta pagar el embarque.

A pesar de los pesares, no cambié de resolución; mas como era forzoso hacer tiempo y vivir estos dos meses de espera, me preparé á vencer la terrible cuesta de verano, como se dice en términos de farándula.

¿De qué manera? Ni yo mismo lo sabía. Gastada la última peseta, ya lo veríamos.

Los débiles y los fuertes emplean la misma fraseología: *Mañana lo veremos.* La diferencia está en el modo de desatar el nudo de la dificultad. Los primeros se lastiman los dedos buscándole las vueltas y pierden el tiempo, los segundos lo cortan con la decisión de Alejandro en Gordio. ¿Obraría yo como débil ó como héroe? Ni como uno ni como otro. Adiestrado en la lucha de la vida, confiaba que, cuando menos, había de portarme como discreto.

Conocía yo por entonces á Juan, un mozo de cuerda para quien *in illo tempore* pedí y obtuve una plaza de repartidor de un diario de la noche. Dábanle por esto una pesetilla diaria, y como él se ganaba dos ó tres más cargándose las espaldas y era hombre soltero y de buenas costumbres, vivía alegre como un pájaro, en la acera de la calle; tan minúsculo fué el favor y tanto el tiempo transcurrido, que ya ni me acordaba de ello. Pero sí se acordaba Juan, que aún seguía con la prebenda. Por donde me avino, que por haber sembrado un grano al acaso, recogí muy provechoso fruto.

Véase cómo. En ocasión que hube de necesitar un cirineo de confianza, fuí á buscar á Juan en su puesto y lo llevé á mi casa para que cargara con un cajón de libros y los vendiera por su cuenta. No sé lo que vería en mi cara al despedirme de mis viejos amigos; el hombre dió paz á la so-

ga con que se disponía á atar el bulto y, cuadrándose, me dijo:

—Yo no saco esto de aquí.

—Pues si tú no lo haces, lo hará otro —repliqué malhumorado—. Eso me estorba.

Mentía; era que me hacía falta dinero. ¿Qué necesidad tenía de contar mis apuros á quien no podía remediarlos? ¿En qué serviría un faquín á un señorito?

Esto me decía como tantos otros para quienes los hijos del pueblo son como habitantes de un país inexplorado. Se cree que la nobleza de corazón, la hidalguía de sentimientos, la generosidad, los *rasgos,* en fin, son patrimonio de una casta, y no es así.

Entre los pobres hay la intuición de la ayuda mutua: hoy por ti, mañana por mí. Con los ricos no pega esto; como no conocen las miserias, no las adivinan. Muchas finezas, muchos cumplimientos mutuos; pero no se les ocurre que el amigo ó el pariente que va á verles no haya comido aquel día ó le haga falta dinero. Hay que repetirles la fábula indiana con que Gil Blas dió á conocer su pobreza al Duque de Lerma, ó escribirles: *Suplico, ruego, imploro* y demás expresiones molestas y de poco gusto. Beneficio que se hace á costa de muchos memoriales pierde casi todo su valor: quien da presto da dos veces. La causa de que muchos ricos tengan tantos ingratos es porque no saben el arte de obligar. Otra cosa sería si previniesen las necesidades de sus amigos para excu-

sarles el manifestarlas, ó, á lo menos, hicieran menor su molestia concediéndoles prontamente lo que piden.

He aquí el bueno de Juan, que sin molestarse por mi salida de tono, replica:

—Está bien, señorito; cargaré con los libros puesto que usted se empeña. ¿Cuánto es lo menos que pido por ellos?

—Pues, cuatro duros—contesté.

Acostumbrado á tratos y contratos con libreros de lance, tenía por cierto que cualquiera de ellos daría aquella cantidad sin regatear. ¡Como que los libros valían diez veces más por la calidad y el texto, y yo los daba, como quien dice, á peso de papel!

En efecto: en menos de media hora estaba de vuelta Juan con la cuerda al hombro, señal evidente de haber despachado el encargo.

—Traigo cinco duros en vez de cuatro—díjome Juan con aire satisfecho, alargándome cinco hermosos discos.

—Bravo, Juan, eres un grande hombre. Serás mi administrador cuando yo sea rico. Escucha ahora la segunda parte —seguí diciéndole—. Prepárate á llevar mi baúl á la Posada del Peine.

La *Posada del Peine* es el establecimiento más económico en su clase, el más decente y el mejor servido de Madrid. Por seis reales diarios tiene uno regular habitación y buena cama. Con el dinero de los libros tenía pensado alargar una semana más á costa del estómago y después... el *veríamos* de marras.

—¿Se ha cansado usted de las patronas?—preguntó Juan como al descuido.

—No, Juan; son ellas las que se han cansado de mí.

—Pues yo conozco una que tiene mucha cuerda y que pudiera convenirle á usted. La mía: precisamente tiene una alcoba disponible. ¡Ea, véngase á vivir conmigo! La casa no es un palacio que digamos, pero, en cambio, por dos realitos diarios tendrá usted cama y ropa limpia.

Tan bien me pareció la proposición que, sin querer saber más, y saliendo, no sé si despidiéndome ó despedido de la casa testigo de esta escena, me eché á la calle con Juan, cargado éste con mi equipaje, dejándome llevar donde él quisiera.

Llegando á la cuesta de San Vicente, se entró resueltamente en un portal y yo tras él. Seguimos el patio, y frente á una puerta abierta, descargó Juan y me hizo pasar adentro.

—Señora Gregoria —dijo mientras se enjugaba el sudor con un pañuelo de hierbas—, le traigo á usted un huésped al que hay que tratar bien. Es persona amiga y además escritor.

La interpelada era una mujer del pueblo que estaba á la sazón pelando patatas, y esto es todo cuanto puedo decir, porque viniendo deslumbrado de la calle, veía las cosas á bulto. La señora Gregoria dejó el cuchillo sobre un tapete de hule y salió al umbral.

—Adelante, adelante —nos dijo—. Bien venido sea. Entra el equipaje, Juan.

De una ojeada vi toda la habitación: una salita de recibo, tres alcobas y la cocina, todo muy pequeño, pero muy aseado. Cuadros baratos, flores de trapo y pitos de verbena en las paredes; las camas con colchas blancas, los vasares empapelados y sendas cortinas que parecían sábanas en la puerta y en la única ventana que daba al patio.

Si bien yo venía consignado á una alcoba, la señora Gregoria dióme posesión de todo el cuarto.

—Porque —acabó diciéndome—, como yo me paso todo el día en la calle y Juan también, usted se quedará por amo de la casa. Ya que es usted escribiente, ahí podrá escribir sin que nadie le moleste.

Y señalaba la mesa de hule con las mondaduras de patata.

—Bien, señora; nos turnaremos en ella —repuse alegremente, sin tratar de rectificar el dictado escriturario que me atizaba. A bien que de esto se encargó Juan, diciendo:

—Advierto á la señora Gregoria que el señorito es periodista.

Esto de "periodista" lo dijo mi hombre porque habiéndole recomendado al director de un periódico me suponía del oficio. La palabreja era de efecto, porque entre la gente del pueblo, para la que no hay más literatura que las hojas volanderas, periodista es la síntesis del hombre de letras; pero en la señora Gregoria el efecto fué mayor por lo que se verá.

—¡Hola! ¿Con que escribe usted en los pape-

les?—exclamó—, pues entonces somos compañeros de gremio, porque usted los escribe y yo los voceo.

Y á continuación hízome saber de cómo se ganaba la vida vendiendo periódicos en un puesto al aire libre, junto á la verja de la estación del Norte.

—Lo dicho dicho—acabó diciendo—; esta será su mesa de escribir, y ya verá qué bonita queda en cuanto haya limpiado el hule.

Y no hubo más, sino que la buena mujer me enseñó la alcoba, ayudó á Juan á poner mi baúl al pie de la cama, puso agua en la jofaina de un palanganero de hierro por si quería lavarme, mueble que con una percha y una silla, amén de la cama, llenaban el dormitorio; quitó las patatas de la mesa, fregó el hule y fuese.

Al quedarme solo quise pagar á Juan sus dos viajes, pero no quiso cobrarse.

—No corre prisa, ya lo arreglaremos—dijo—. Tocante á la señora Gregoria tampoco hay que apurarse, no es de las patronas que ponen el puñal en el pecho. Lo mismo da que la pague usted por días, por semanas ó por quincenas, y si no, de mes á mes vencido. Lo principal es que usted se acostumbre á esta pobreza. Y hasta la noche, que ahora voy á aprovechar la tarde.

De este modo di con mis huesos en una casa de vecindad del paseo de San Vicente.

"¡La cuestión era acostumbrarse!", había dicho Juan. Por lo pronto me pareció estar en el fondo

de un pozo. Veía resbalar la luz de lo alto por el cubo del patio, y oía el rumor apagado de una colmena humana. Salí á la puerta y levanté los ojos.

La casa donde me asilo tiene cuatro pisos interiores que dan al patio. Cierran los dos frentes una escalera de caracol y la pared medianera con sendos retretes al fondo. A entrambos lados los corredores con cuatro cuartos á derecha é izquierda, amén de los otros ocho á ras del patio. Total: cuarenta.

Contando por todo lo alto pudierais pensar que allí viven ochenta, cien personas. ¡Error y horror! Allí se hacina doble gente. A la codicia del casero se añade la de los arrendatarios. Cada uno de éstos trata de sacar de balde el alquiler, hipotecando su comodidad, el sosiego doméstico y el poco aire respirable de la habitación mediante el sistema de realquilar.

Esto de realquilar era corriente en las grandes urbes á causa de la carestía de las habitaciones, á lo que se fué ocurriendo con la construcción de barriadas para obreros; pero en Madrid no se preocupan de estas cosas, antes por el contrario, tienen por típico, por muy madrileño, esos conventillos, colonias, casas de vecindad ó "casas de tócame Roque", clase de viviendas muy pintoresca para vista en revistas y zarzuelas, pero asquerosa y molesta para vivida.

Media hora hace que estoy en mi chiribitil y me siento mareado. Como es á principios de ve-

rano y hay que tener abiertas puerta y ventana de la estrecha habitación, se oye, se ve y se huele todo: la charla de las comadres, el mal humor de los hombres, los gritos de los párvulos, el cornetín del murguista que ensaya, el batir de los almireces y á renglón seguido el tufillo de los retretes comunales, vale decir, de uno para cada piso; el vaho cuartelero de los barridos, de la ropa húmeda puesta á secar en las galerías y el de los míseros condimentos. ¡Al diablo los falansterios socialistas si han de ser entre gente sin educación y sin limpieza!

Gran ventilador de estas colmenas es el trabajo. Esto digo, porque por él la gente joven se releva en casa. Los hombres son oficiales de taller, empleados de ferrocarril ó de tranvías, ordenanzas ó albañiles; las mujeres, verduleras, asistentas, lavanderas, peinadoras ó modistillas. Unos y otros entran y salen á sus horas de los cuartos, como abejas de sus celdas, y hasta la noche en que, como abejas también, duermen arracimadas en la colmena.

Que era lo que sucedía en mi alojamiento. La señora Gregoria á sus papeles, Juan á sus faenas y... yo de paseo; de suerte que así no se viciaba el aire de la habitación, sino es de noche en que, además, por estar tan apretujadas las alcobas, podíamos los tres durmientes oir la respiración de cada cual.

La verdad es que uno se acostumbra á todo y que se juzga de las cosas según á uno le va. La

prevención, la repugnancia que á veces tenemos, desaparecen viendo aquéllas de cerca ó conociéndolas.

A los pocos días fuime acostumbrando á aquella especie de vivac, y hasta creí atisbar no pocas escenas dignas de Ramón de la Cruz y de Ricardo de la Vega, que si no traslado al papel es por no sentirme capaz para tamaña empresa.

A todo esto, ocioso y sin dinero, había tomado asco á Madrid.

Aprovechando la buena estación y la vecindad de mi albergue con las afueras de la población, encaminaba mis pasos ribera del Manzanares ó por la Florida y la Moncloa. Al ponerse el sol daba una vuelta á casa para quitarme el polvo, y luego á rondar por los jardines de Ferraz y plaza de Oriente hasta la hora en que se cerraban los portales. Todas las tardes hallaba á Juan de facción en su esquina, ó bien salía á mi encuentro si yo iba por la otra acera, y todas las tardes, invariablemente, me proponía una novedad bucólica.

—Oiga usted, señorito (este era el tratamiento que casi siempre me daba), oiga usted —díjome la primera vez—; supongo que no le importará comer en una taberna. (¡Cuando yo estaba abonado á ellas al *piri* y á las judías!) Lo digo, porque en esta que ahí ve (señalando una de tantas que pueblan el paseo) sirven un pote, pero de primera. Quisiera que lo probara usted.

—Pero, hombre...

—Nada, nada—replicaba sin dejarme decir—. Le emplazo para las ocho en punto, porque á las nueve empiezo el reparto.

Al otro día resultaba que en la misma ó en otra casa de comidas servían una paella á la valenciana; al otro, que era de probar un bacalao á la vizcaína; al siguiente, que no había más remedio que hincarle el diente á un conejo estofado con judías. Y así el resto de la semana.

¡Vaya por Juan! Yo que le tenía por el prototipo de la templanza y del ahorro y ahora resultaba que era un gastrónomo abonado á todos los platos del día de la Cuesta de San Vicente. El gasto que hacíamos no pasaba de una peseta por barba, incluyendo el pan y el vino, y Juan se oponía siempre á que yo pagara mi escote. Para cohonestar su liberalidad quiso hacerme creer que le había tocado la lotería.

—Puede usted creerlo—me dice—; desde que se vino á nuestra casa, allí ha entrado la buena suerte. La señora Gregoria vende más papeles que nunca, yo hago más *viajes* que quiero y por contera un décimo premiado.

Yo fingía creerle. Tal era la delicadeza y tanta la buena voluntad con que se me brindaba, que yo aceptaba sus agapes sin ruborizarme de ser parásito de un hijo del trabajo. Me acordaba de Camoens y de su fiel Antonio.

Mucho era lo que por mí hacía el buen Juan, pero me faltaba saber algo más. Una tarde en que

yo, á la hora de costumbre, volvía de vagamundear, encontré á la señora Gregoria haciendo sus camas. Debajo de la de Juan vi un bulto que reconocí en seguida, el cajón de mis libros. Este descubrimiento, no hecho antes por mí, porque lo velaba la colcha, me conmovió. Juan no quiso que yo me desprendiese de mis libros, y simulando la venta habíame dado de su dinero más de lo que yo pedía por ellos. Mas como no podía restituirle las veinticinco pesetas, no le dije nada.

Aquella noche no dormí, pensando cómo zafarme de la generosa tutela de aquel hombre. Era imposible seguir así; había bastante con una semana y, además, el dinero de los libros se iba acabando. Un articulejo que había llevado á una Revista me lo publicarían sabe Dios cuándo, y hasta entonces no había que pensar en cobrarlo. Cerradas todas las puertas no me quedaba sino llamar á la de mi administrador y, revocando mi propósito, pedirle un puñado de duros á cuenta de la renta. ¡Adiós embarque; adiós América! Yo me conocía bien y sabía que descabalando una parte de lo que destinaba para el viaje, arramblaría con todo y se frustraban mis planes aventureros.

¡No había más remedio! Nobleza obliga, y sosobre todo ¿qué pensaría de mí la señora Gregoria, que sin duda estaba enterada de todo? Vergüenza me es decirlo; pero esta consideración, más que el desquite de Juan me botó de la cama al salir el sol. Iría á Telegrafos y pondría un parte á Barcelona, dando un arañazo á la poca renta.

En la Puerta del Sol me topé con un académico madrugador y, por de contado, amigo mío.

—Oiga—me dijo—, lo necesito á usted. Sé que lee bien la escritura antigua y que se dedica á esta clase de trabajos. ¿Quiere trasladarme en letra clara y corriente un pequeño códice manuscrito que he de dar á la imprenta? Le daré diez duros por la copia.

Híceme el remolón, y el académico pujó cinco duros más; serían quince duretes. Poco más pensaba sacar de Barcelona.

Ante mi afirmativa, dióme el académico la signatura del manuscrito, y con esto mudé de plan. Lo que había de gastar en el sello de telégrafos lo gasté en cuartillas y fuíme á la Biblioteca, dispuesto á empezar aquel mismo día la tarea.

El establecimiento estaba abierto de diez á dos de la tarde, y durante una semana, pasé las cuatro horas clavado á un sillón de la Sala de manuscritos, traduciendo el Códice. Digo traducir, porque no es otra cosa el traslado de uno de esos manuscritos del siglo XV, escritos con letra apretada, menuda y enredada con rasgos y ligación de unos caracteres con otros, lo que hace hoy bien difícil su lección. Los copistas de entonces escribían líneas enteras en una encadenada algarabía, sin levantar la pluma del papel. Con pocas palabras llenaban una llana y con poco trabajo crecía mucho lo escrito. En cambio, ahora es labor de benedictino desenredar esos garabatos, y por esto se paga bien á quien sabe hacerlo.

En esta infame letra procesada, estaba, pues, escrito mi códice; pero como yo tengo maña para leerla, en cosa de una semana terminé la copia. Presentéla al académico, le pareció bien y me pagó el precio estipulado, en billetes y moneda suelta.

Salí de donde el académico con el corazón henchido y los bolsillos repletos.

Camino de casa iba paloteando con los dedos, duros y pesetas, á derecha é izquierda.

—¿Quién dijo miedo?—parecían decirme, en el trayecto—. ¡Gózate en nosotros! *Carpe diem.*

—¡Silencio!, diablillos tentadores, les dije, apretándoles con los puños. Haréis lo que yo os mande; ya veréis lo que yo hago con vosotros.

Llegado al Paseo de San Vicente, hallé como de costumbre á Juan en su esquina.

—Señorito—díjome—, hoy como sábado, tenemos calamares en su tinta, por plato del día.

—Amigo Juan—contesté—. Para plato del día el que yo voy á darte ahora. Toma este billetejo de cinco duros.

—¿Qué me da usted?—dijo asombrado retirando la mano.

—El rescate de mis libros.—¡Ah, Juan! ¿crees que no lo sé todo?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—respondió medio confuso.

—Ellos, asomándose por debajo de la cama.

—La culpa la tiene la señora Gregoria en no estirar la colcha como yo le tenía advertido.

—A propósito de nuestra patrona—, ¿qué tal

cocina? Lo pregunto porque pienso encargarla un festín para los tres.

—No se meta usted en gastos, señorito; le agradecemos su buena voluntad.

—Nada, hoy me toca á mí; en cuanto acabes el reparto de la noche, te esperamos con la mesa puesta.

Llegué á casa, vi á la señora Gregoria y dila un duro con que nos aderezara una buena cena. Llegada la hora vi que la buena mujer había hecho prodigios con las cinco pesetas. Diónos tortilla de jamón y solomillo, aceitunas y buen vino de Valdepeñas.

A los postres, propuse un brindis al académico. La señora Gregoria, que no sabía de estas cosas, preguntó qué era un académico.

—Señora —contesté—, académico es un mirlo blanco: un señor que da quince duros por la copia de un Códice.

—¿Y qué es un Códice? —volvió á preguntar la mujer.

—Un Códice, señora Gregoria, es un surtido de jamones y chuletas empapeladas que en los estantes de los archivos dejaron los copistas antiguos á los copistas modernos.

Acabó la cena yéndonos los tres á tomar café ante unas mesas al aire libre de un establecimiento vecino. Después, cada uno á su camita.

II

LA INICIACION

Al acostarme, traté de consultar con la almohada lo que haría con los nueve mermados duros que me quedaban, pero no pudo ser, porque la buena digestión hízome dormir de un tirón toda la noche. ¡Oh tragaderas del pobre!; ¡oh elasticidad del estómago abstinente!; ¡oh, preciado desquite! Ved tres seres atenidos á un parvo condumio diario, que en una hora han comido por una semana, y lo que es más, duermen con digestión beatífica...

Al levantarme reanudé mis paseos matinales á la Moncloa y al Pardo.

No se comprende cómo tantos madrileños fastidiados del dinero y de los placeres no acuden á diario á estos parajes. En esos montes los prados están floridos y espléndidos como en Andalucía; en invierno, las enormes masas de nieve que cubren los picos del Guadarrama, dan al paisaje un carácter alpino, bello y sorprendente. Aquí y acullá y á cada momento, os recrea tan pronto una llanura, tan pronto una colina; ora un boscaje, ora un salto de agua; bien un horizonte velazqueño, bien la lejana silueta de Madrid; delec-

taciones y voluptuosidades más íntimas y de más valía que cuantas se proporcionan los paseantes en corte.

En estos parajes solitarios gózase, sobre todo, de lo más espléndido que tiene Madrid; la visión de un cielo azul intenso, inmaculado, que parece convidar á volar por él.

—¡Ah, si pudiera hacerlo—pensaba yo en este día, sentado en un pinar—! ¡Con qué gusto dejaría este Madrid de mis pecados! Y repetía *in mente* aquellos versos del catalán Bartrina:

> Yo quisiera hacer un viaje,
> rápidamente, de un vuelo,
> como las aves del cielo,
> sin billete ni equipaje.

—Será porque no quieres —me chillaba, con voz delgada y turbulenta, como de mujer anciana, una agorera picaza atalayada en una rama.

—¡Cámpatela como nosotros —me decían los gorriones—, hurgando en los restos de las meriendas campestres!

—Aprende de nosotras —chirriaban las cigarras—; vivimos al día y no nos va mal con el buen tiempo.

—¿Por que te acongojas? —parecían hablarme las florecillas entre la hierba—; mira cómo gallardeamos; ni aun Salomón con toda su gloria, fué vestido como una de nosotras, eso que no trabajamos ni hilamos.

—¡Ea!, levántate y mira lo que te conviene

—me soplaba al oído un gnomo invisible, huésped del nemoroso pinar.

Saturado de estas filosofías, tomé la vuelta de la ciudad con un plan resuelto. Sí, me lanzaría al campo, á vivir como los pájaros y las flores. Grande es Dios, fértil el verano, ancha es España. Treinta ó cincuenta pesetas son una semana de agonía en Madrid, pero son otros tantos días de despreocupación y de abandono en el campo.

Muchos son los inconvenientes del vagamundo. No importa, el peregrino los afrontará con resignación, con valor reflexivo. Se armará de filosofía, de buen humor, sobre todo, para soportar alegremente las chanzas de éste, las impertinencias de aquél, y otras cosas peores, como el hambre, la sed, el calor y el cansancio del camino. El peregrino tendrá necesidad de fatigar piernas y pulmones, siguiendo sendas tortuosas, saltando zarzas y arroyos, subiendo montes y altozanos, pero también descansará en mullidos prados, en umbrosos bosquecillos, en frescas majadas, mirando los trabajos agrícolas ó entretenido con animadas pláticas; y al fin de la jornada habrá visto muchas cosas nuevas.

. . . .

Así que vi á Juan le enteré de mi propósito de ir á pie á Barcelona.

—¿Se ha vuelto loco el señorito? —me dijo—; eso no es para usted. Se quedará á mitad del camino.

—Lo veremos, Juan —repliqué—; tengo salud y buenas piernas para ello.

—¡Ea, señorito, no nos abandone; no desespere usted! No faltará otro mirlo blanco que se ponga á tiro, y, sobre todo, ¿no me tiene usted á mí?

—Gracias, Juan; no me arguyas, porque es cosa resuelta. Al primer golfo que encuentres le preguntas qué se necesita para andar por los caminos.

Me refería á los trámites para poder cobrar en los pueblos la ración de etapa que se da á los caminantes pobres, pues ya se me alcanzaba que con las pesetas que poseía no podía llegar á Barcelona.

—Me informaré —respondió Juan.

Horas después volví á encontrarle y dióme su embajada.

—Por ahí andará uno que tengo citado, para que le informe de lo que desea. Es un hombre que ha dado la vuelta á España, á pie, muchas veces. Es conocido mío, y da la casualidad que está en vísperas de marcha.

En efecto: á los pocos pasos que dimos por la acera, vimos en una taberna al individuo á que se refería Juan. Era un hombre alto y robusto, de tez curtida como de gañán ó de segador. Vestía limpio traje de hombre de pueblo con ancho sombrero de fieltro. Era un tipo vulgar, pero simpático á primera vista. Juan hizo las presentaciones, nos dejó solos y los dos hombres tuvimos esta conversación ante la mesa de una taberna, mientras paladeábamos dos *medios chicos* de vino.

—Díjome Juan —empezó hablando él— que quiere usted informarse de las ayudas de una caravana á pie. Ello se reduce á bien poca cosa: sacar la carta de socorro aquí en Madrid.

—¿Y esto qué es?

—Pues un volante que dan en el Gobierno civil á la presentación de un papel sellado de diez céntimos y la cédula, solicitando ayuda de viaje para trasladarse de un punto á otro. Yo tengo dos á falta de uno, vea usted la muestra.

Y me alargó un papel con el sello del Gobierno, por el que el Gobernador civil recomendaba á los alcaldes de los pueblos del tránsito que ayudasen con ración de etapa al portador del documento.

—Bien —dije, devolviéndoselos—, pero supongo que no los cobrará usted á un tiempo.

—Sí los cobro, porque nunca falta algún vago indocumentado que se allane á llamarse otro nombre, con tal de cobrar el socorro y venir á la parte. Pero no le aconsejo que saque ese documento, á lo menos en Madrid, porque es papel mojado en todos los pueblos de la provincia. Son tantos y tantos los pobres caminantes, que los Ayuntamientos del tránsito agotan los fondos de socorro á los pocos meses; cuanto más, sirve de pasaporte de camino cuando la *pareja* pide *los papeles*.

—¿Qué remedio les queda entonces á los pobrecitos vagos? —pregunté.

—Comer hierba ó perder la vergüenza —respondió el otro—; robar ó pedir limosna.

—¿Cómo, sabiendo todo esto, escoge usted á

Madrid por punto de partida de sus correrías? Porque, según tengo entendido, es usted incansable peregrino.

—Lo soy, y lo seré hasta que las piernas digan bastante —repuso con pena el interpelado—. Casi, casi, es mi oficio, y crea que no me va mal con él.

—Entonces, ¿qué teclas toca usted en sus andanzas?

—Usted lo verá. ¿Cuándo piensa echar el pecho afuera? A mí lo mismo me da hoy que mañana. Saldremos juntos, quiero iniciarle en la vida de los caminos.

Después de hablar algo acerca del itinerario, convinimos en que la partida sería al otro día, temprano. Pagué otros dos *medios chicos,* y nos separamos.

A la noche volvimos á comer juntos la señora Gregoria, Juan y yo, pero esta vez un humilde estofado, y con menos alegría los tres. Era como la Cena pascual que yo les daba antes que padeciese.

Al acostarme metí todas mis cosas en el baúl, y encargando su custodia, así como el cajón de los libros á Juan, dejé preparados en la percha un traje de batalla y el morral con una muda de ropa blanca, que era todo mi equipaje de peregrino.

De madrugada vino á buscarme el compañero de viaje. Me vestí; me despedí de Juan y de la señora Gregoria, y terciando una manta y empuñando una cayada, me eché resueltamente afuera.



LIBRO SEGUNDO

POR ESOS TRIGOS

I

LA PRIMERA ESTACION

Mi compañero vestía como cuando le conocí; pero ahora cargaba á la espalda un abultado petate atravesado por un grueso palo.

A buen andar cruzamos Madrid, y en menos de una hora llegamos al Puente de Toledo. Lucía el sol, soplaba el viento con poca fuerza y la temperatura era suave, como del mes de Junio. El pobre Manzanares empezaba á vestir de verano sus éticas riberas. ¿Quién diría que sus orillas estuvieron pobladas tiempos atrás de frondosas alamedas, amenos sotos y praderas, plácidas huertas y misteriosos retiros donde el alegre pueblo de la villa celebraba romerías, verbenas y fiestas nocturnas, á las que acudían en tropel desde el último vasallo hasta el mismo Monarca, acompañado de los más encopetados señores y de las más hermosas damas de su corte en lujosas carrozas? De todos estos primorosos encantos de la vega

del exhausto Manzanares apenas queda algún ligero vestigio; dos ó tres ermitas, el soto de *Migas-Calientes,* hoy vivero municipal, la *Florida,* la *Fuente de la Teja,* y hacia este lado, la *Pradera del Corregidor.*

El contraste entre una ciudad y sus aledaños se dulcifica mucho andando á pie. El tren os lleva rápido de la estepa á la urbe; del último villorrio á la gran ciudad; las piernas permiten á la vista gradaciones, matices de perspectiva: de la carretera á la calle, de las casas lugareñas á las quintas, de las fábricas á los palacios. Y á la inversa. De esta suerte se atenúa, se difumina y desaparece ante mis ojos la visión de la capital de España.

Vamos á Getafe. El camino se despliega al través de un ancho sequeral, sin más relieves que un cerro aislado á lo lejos, el *de los Angeles,* el ombligo de España—así llamado enfáticamente, porque se le considera el centro geográfico de la Península—y una pequeña colina donde se levanta *Villaverde,* nombre que es una lástima aplicarlo á un caserío, cuya campiña está mermada y esquilmada por líneas de ferrocarril, carreteras, caminos vecinales, caleras y tejares, sin un árbol que los sombree.

Los tejares son la obsesión de estos orilleros de Madrid. Una noria y un montón de greda les entretiene, y aun muchos los prefieren á los afanes agrícolas; eso que la tierra de estos cam-

pos es apta para la labranza, como ninguna, tierra gredosa, *melosa*, como ellos dicen, que embebe el agua y desafía los solazos.

Como no nos apremia el tiempo y el sol empieza á estar alto, mi compañero propone desviarnos á mano izquierda hacia un sotillo del Manzanares, río que por allí no lejos se desliza hasta su encuentro con el Jarama. A campo traviesa llegamos á la ribera y nos sentamos al pie de un sauce. El calor y el cansancio emperezaron mi cuerpo y me dormí.

Cuando recordé, hube de frotarme los ojos, porque creí estar soñando: á mi vera estaba un bendito fraile, pero conocí en seguida era mi compañero de viaje.

—Es la primera sorpresa —dijo riéndose—. Míreme usted —añadió levantándose—, ¿verdad que estoy bien caracterizado?

Realmente parecía un lego capuchino, de estameña, frondosa barba y cabello intonso.

—Le explicaré el por qué de mi transformación —repuso, volviendo á sentarse junto á mí—. Usted se ha vestido de obrero para emprender sus andanzas: ahora va limpio y bien calzado, pero á las pocas jornadas parecerá un mendigo. Le ladrarán los perros y las mujeres le cerrarán las puertas.

—No pienso pedir limosna, compañero —repliqué picado de estas palabras.

—No lo dije por tanto —opuso él—; bien se

ve que es usted un lindo D. Diego, pero con la hidalguía á cuestas no hará usted camino. El poco dinero que lleve se lo comerán en ventas y posadas, y aun le será causa de no pocos sobresaltos. Hay que industriarse para viajar de gorra, y esto hago yo.

—También pienso industriarme yo, cuando se me acabe el dinero; espigaré, aventaré en las eras, ayudaré en las vendimias...

—Esto es fácil de decir, pero no de hacer. Estorbará usted más que ayudará, y será el hazme reir de los gañanes. Camarada —siguió diciendo mi interlocutor cambiando de tono—, yo te iniciaré en la vida vagamunda; eres un ciego caminante y yo seré tu lazarillo hasta Ocaña, pues voy á la Cruz de Caravaca, en la provincia de Murcia. A fuer de romero visito todos los santuarios célebres de España, y este año toca el turno á este lado. Desde Ocaña puedes seguir á Valencia ó adonde quieras. Y puesto que te has arrimado al hermano Pedro, que tal me hago llamar y así has de llamarme en adelante, el hermano Pedro te convida ahora á almorzar.

No venía mal un *piscolabis* á aquella hora y en tan alegre paraje, por lo que yo me refocilaba de antemano con lo que sacaría de las alforjas mi acompañante, pero no fué así, sino que levantándose y cruzando á la espalda el hato, que yo creía despensa de nuestro almuerzo, me dijo:

—Sigue y verás.

Salimos del soto, cruzamos rastrojos y olivares y en esto oímos el toque de *Angelus,* del mediodía. Miré á todos lados y no vi dónde estuviera la campana.

—¿Oíste?—me dijo el hermano Pedro, que así le llamaré en lo sucesivo—, es el toque de nuestro almuerzo.

Apretamos el paso y al término de un olivar descubrí un caserón, que por granja diputara á no ser por un pequeño campanario terminado en cruz.

—Es la *Trapa de Val de San José* —dijo el compañero, adelantándose á mi interrogación.

Entonces me di cuenta del por qué de los olivares, de las bien cuidadas vegas, alegres campos y viñedos de aquella zona, tan diferente de los sequerales comarcanos. Los Trapenses, en pleno siglo XX enseñaban á los madrileños cómo se funda una colonia agrícola á las puertas de la capital y en sitio que otros diputan por baldíos y de poco provecho.

En una plazoleta frente á la puerta del cenobio vi un grupo de gente pobre esperando la sopa. Cuando nos vieron acercar nos miraron con la ojeriza de perros que ven disputarse su comida.

—Anda atando cabos—díjome mi lazarillo—; si tú no fueras conmigo tendrías que formar en la rueda de estos infelices y esperar turno para comer. No harás tal y aún comerás mejor que ellos. Siéntate aparte y déjame hacer. Espérame.

Así lo hice, desviándome á poca distancia, al pie de un árbol, en tanto que el hermano Pedro se sentaba en un peldaño de la puerta. Al rato ésta se abrió y aparecieron dos legos asiendo de una marmita colmada de humeante rancho. Otro donado venía con un saco de pan.

Uno de los legos se santiguó y empezó un Padrenuestro en alta voz. Los pobres, puestos de pie, acabaron en coro la plegaria, y en seguida empezó el reparto de la menestra.

Pero como pudiera suceder, y así era, que alguien estuviera falto de plato ó de cuchara, los legos dejaron la marmita en el suelo y se retiraron.

Al llegar á la puerta tropezaron con el hermano Pedro. Mi hombre estaba descubierto, rezando fervorosamente y besando, á cada amén, un Cristo que del cordón del hábito colgaba.

—*Benedicamus Domino*—oí que decía á los legos, viendo que se iban.

—*Deo gratias*—contestó uno de ellos—. Entre usted, hermano.

Y la puerta se cerró tras los cuatro.

Entre tanto me distraje viendo comer á los pobres, muy extrañados de que no metiera baza con ellos.

Eran como una docena entre hombres, mujeres y niños.

Aquellos que se trajeron escudilla y cubierto comían plácidamente.

A la legua se conocía que era gente de los alrededores, abonada á la sopa de los Trapenses.

Los demás, caídos al acaso ó por primera vez, *golfos* madrileños por la pinta, estaban sentados en cuclillas alrededor de la marmita, y con una cuchara hecha con la corteza del pan, arrebañaban por turno. Quedaron todos ahitos y aún sobró comida.

A la media hora volvió á salir uno de los legos.

—Hermano Luis—dijo una voz—, ¿no compra hoy pájaros?

—¿Cuántos traes?—respondió el lego.

—Mírelos usted—dijo un golfillo mostrando una pajarera—, cuatro pardales muy lindos.

—Bien, te daré un requesón por ellos.

El lego volvió á entrar, volvió á salir y entregó el requesón envuelto en una hoja de col á cambio de la jaula. Antes de que se derritiera la nata el golfillo se apresuró á untar el pan que le quedaba y á engullir á bocados. El lego metió la mano en la jaula, y de una en una fué soltando las avecillas, como saboreando la libertad que les daba y cómo hendían los aires.

—Voy viendo que eres un robón—dijo al muchacho, que seguía *manducando*—; lo que haces es una herejía. ¿No son ellos tan criaturas de Dios como tú? Te tengo mal acostumbrado.

Y el lego levantó la marmita y fuese adentro con ella. Entonces oí al golfillo jactarse de cómo sonsacaba al hermano Luis, metido á redentor de avecillas cautivas.

Y fué que el golfillo era pajarero, y un día, merodeando por el Val de San José, se llegó á

comer la sopa del convento; el portero, el hermano Luis, compadecido de los pájaros enjaulados, propuso al cazador que los soltara, y, á trueque de ellos, le ofertó media docena de huevos. A partir de esta fecha el chico vió que había un filón por explotar y raro era el día que no sacaba al hermano Luis una golosina cualquiera á cambio de un mal gorrión que tuvo la desgracia de enredarse en la liga; porque los jilgueros, verderones y demás pájaros de calidad, éstos no los ponía al rescate, sino que los vendía por buenos dineros.

Una vez comidos se fueron los pobres cada uno por su lado; quien á su guarida, quien á sestear en los vecinos olivares, quedándome sólo hasta cuando el hermano Pedro quisiera.

Pero no tardó en venir. A distancia me guiñó el ojo, y con un movimiento de cabeza dióme á entender que le siguiera. A un tiro de piedra del convento paró en una umbría, y entonces nos reunimos.

—Estos Trapenses—me dijo— se dan muy mala vida. Ayunan perpetuamente y hacen una sola comida compuesta de una sopeja, patatas y legumbres cocidas, pan y agua. Pero á los forasteros los tratan á cuerpo de rey; así que, al despedirme, hanme regalado con esto para ayuda de viaje.

Y desenvolviendo un envoltorio de papel puso de manifiesto una oronda tortilla entre dos grandes rebanadas de pan, con dos lonjas de jamón.

—Ea, come, ó, por mejor decir, comamos, porque como yo no acostumbro á hacer estas cosas á medias quedéme con ganas con lo que me dieron ellos de lo suyo, y he de acompañarte en la bucólica. Póngase antes el vino á refrescar.

Desató el petate; sacó una bota enfundada y amorosamente la puso sobre la fresca hierba. Abrimos las navajas y empezamos á comer. Cuando llegó el turno á la bota ¡fué tan breve el tiento que la di, que mi adlátare hubo de decirme:

—Beba el compañero, no sea pacato. Procure en sus andanzas que no le falte nunca el divino néctar.

Tal me animó, que en los sucesivos tientos bebí hasta cansárseme el pulso.

—Cumplí mi palabra—díjome al final de la refacción, puesto que te di de almorzar. Ahora vamos á ganarnos la cena; pero prepárate á andar, porque esta noche hay que dormir en Ciempozuelos.

II

LA PRIMERA JORNADA

Cortando camino dejamos á un lado Villaverde y Getafe y á las pocas leguas estábamos entre Pinto y Valdemoro.

Es tan vulgar la frase de hallarse uno "entre Pinto y Valdemoro", que me veo obligado á decir su origen tal como le oí al paso:

Dícese que un día iba un borracho de Pinto á Valdemoro, y al encontrarse con el arroyo que hay entre ambos pueblos, le dió por entretenerse saltando de un lado á otro y diciendo cuando pasaba del lado de Pinto: *Ya estoy en Valdemoro,* y viceversa, cuando saltaba de este lado decía: *Ya estoy en Pinto.* Pero cátate que con el movimiento y los saltos se le fué la vista, y una de las veces cayó en medio del arroyo, exclamando al sentirse mojado: *Ahora estoy entre Pinto y Valdemoro.*

En una vieja torre, restos de un castillo feudal, que llaman *Torre del Homenaje,* estuvo presa por orden de Felipe II la Princesa de Eboli.

Valdemoro es el antiguo *Valle del Moro,* que se extiende hasta la ribera del Jarama. Como en alguna parte habíamos de sentarnos para descan-

sar, los dos viajeros lo hicimos en un banco de la iglesia parroquial, bastante buena por cierto. Mi acompañante, que se sabía de memoria estos lugares, me hizo ver el cuadro al fresco de San Felipe Neri, curioso ejemplar del desahogo de un pintor. Parece ser que el Apeles, para congraciarse con el cura de la Parroquia, quiso inmortalizarle haciendo su retrato. El buen párroco se encontró feo y exigió que lo retocara; entonces el pintor añadió el bigote y la perilla y colgó el muerto á San Felipe Neri.

Otro descanso hicimos en un caserío cuyo nombre no recuerdo. Aquí descubrí nuevas excelencias de mi camarada. Las madres le llamaban y se lo disputaban á porfía para que saludara á los pequeñuelos. *Saludar* quiere decir orear con el aliento á un párvulo para inmunizarle contra la rabia. Y era de ver cómo mi hombre actuaba de pontifical, aplicando el crisma de su hálito á los infantes y dando á besar el Cristo á las madres. Las cuales diéronle, quien una hogaza, quien una limosna en dinero, sobresaliendo entre todas una ventera, que colmó de morapio la exhausta bota por ciertos latines de ritual que de adehala le sirvió el hermano Pedro.

Aunque conocí que en este hombre había más malicia que ingenio y más camándulas que latín, al salir á la carretera le pregunté:

—¿Ha sido usted donado de algún convento?

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Como se mueve usted tan holgadamente con

estas faldas, que parecen hechas á su medida, y, además, reza usted en griego!

—De poca cosa te admiras. ¿No oíste decir que el hombre enseña al papagayo á dar los buenos días, y á hablar á las picazas y á los cuervos? La necesidad aviva el ingenio. ¿Estás viendo cómo este hábito me abre todas las puertas? Pues escucha ahora cómo me lo procuré. Ya sabrás la piadosa costumbre de nuestros paisanos de hacerse amortajar con un hábito religioso. Es la mortaja más cumplida y más barata. Por una pequeña limosna cualquier convento cede un hábito de la medida que se quiera. Con tal industria me he puesto el uniforme de todas las órdenes mendicantes, y ahora le toca el turno á la jerga franciscana, que yo prefiero á todas, por ser la más sufrida y por su matiz humilde de ceniza y polvo.

Este hombre, sin saberlo, parafraseaba aquello de Voltaire: "El traje capuchino se presta admirablemente á excitar la compasión de los hombres, la devoción de las mujeres y el miedo á los chiquillos."

—Además—siguió diciendo el camarada—, donde no llega la piel del león hay que añadir un poco de la de la zorra. Esto hago yo vistiendo este sayal, pues ya tendrás observado que el mundo es de los que visten faldas. Otra razón tengo para vestirme así, y es ponerme en carácter; de otro modo no luciría mi virtud de saludador.

—Y ¿usted cree en ella?—hube de preguntar candorosamente.

—No sé qué te diga, pero, á fuerza de atribuírmela los demás, casi estoy persuadido de que la tengo.

—Entonces, ¿no tendrá usted miedo á los perros?

—Los hay tan herejes que se burlan de cruces y exorcismos; á bien que á los tales los conjuro con este San Benito de Palermo.

Se refería á la formidable garrota que le servía de báculo.

***

Anochecido llegamos á Ciempozuelos, lugar rico y populoso sobre la vega del Jarama.

Creí que, para evitarse cuchufletas y comentarios, allí se quitaría el hábito mi compañero; pero no lo hizo. Y fué á gran fortuna, como se verá.

Estaba en sus planes presentarse y presentarme á los hermanos de San Juan de Dios, á cuyo cargo está el hospital provincial, para pedirles cena y asilo por aquella noche. Pero estaba escrito que aviniera mejor.

Al pasar por una calle notamos mucho revuelo entre los vecinos y nos paramos á curiosear. Algo grave ocurría cuando allí estaba el Juzgado y se veía muy intrigados al juez y á los ministriles. El plantón era ante una casa con la puerta cerrada, tras de la que ladraban furiosamente dos perros.

Lo que fuera no se sabía. Los vecinos estaban alarmados y el juez indeciso.

En esto se vió al alguacil hablar al juez señalando al hermano Pedro; asentir el magistrado á lo que decía y venir hacia nosotros el ministril.

—De orden del señor juez, que se acerce usted —dijo á mi camarada.

—¡Buena la hubisteis franceses!—pensé para mis adentros.— ¿Qué lío será éste? ¿Llamada del juez? Cárcel segura.

—Oiga, buen hombre—oí que decía el magistrado á mi compadre—. ¿Es usted saludador?

—Eso dice la gente, señor juez.

—Nada de decires de la gente—repuso con voz acre el magistrado—. ¿Si ó no?

—Señor juez—tartamudeó el hermano Pedro, no sabiendo por qué lado tirar.

—Pues va usted á ser mártir ó confesor—dijo categóricamente el juez—. Ahí dentro (señalando la puerta de una tienda cerrada) ladran dos perros rabiosos. Tome la llave, abra y pregúnteles qué ocurre, es decir, averigüe qué pasa dentro.

El hermano Pedro revistióse de valor y se dispuso á obedecer.

Diéronle la llave y una linterna y abrió, encomendándose enérgicamente á su San Benito de Palermo. El juzgado, los vecinos, y yo entre ellos, lo mirábamos desde la acera opuesta.

¡Oh mágico hechizo de mi compadre! En menos de dos segundos le vimos salir del antro, sano y salvo, entre dos perrazos que le lamían las manos y le brincaban alborozados. Ningún domador de fieras, al salir de la jaula, recibió más estruen-

dosos aplausos que los que él se ganó de los vecinos de Ciempozuelos.

El ruido de las palmas no me dejó oir lo que mi compadre diría al magistrado; pero sí vi que el juez se coló adentro con el hermano Pedro y los ministriles, y que, al poco rato, volvieron á salir, llevando atraillados los perros.

Quedóse á la puerta mi héroe, quien con una seña me llamó á su lado.

Ya dentro los dos, cerró la puerta y me lo contó todo. Dos días antes el Juzgado había declarado la quiebra de un salchichero dueño de un buen establecimiento, donde, además de embutidos de todas clases que constituían la parte principal de su surtido, se vendían artículos de salazón.

Como la cantidad que adeudaba era relativamente pequeña, y la salchichería estaba muy acreditada, confiaba el dueño en que llegaría á un acuerdo con los acreedores y conseguiría la revocación de la sentencia de quiebra.

Entre tanto, el Juzgado, según manda la ley, selló las puertas de la tienda.

Pero los curiales que practicaron la diligencia no repararon en que bajo el mostrador estaban acurrucados dos perrazos. Encerrados los animales, devoraron en los dos días cuantos embutidos pudieron alcanzar y se comieron todo el bacalao y todas las sardinas que vieron al descubierto.

Esta noche, hartos y sedientos, rompieron á ladrar ferozmente, alborotando la vecindad de tal suerte, que hubo de llamarse al Juzgado. O por si

había ladrones ó por si los perros estaban rabiosos, nadie se atrevía á poner el cascabel al gato. En tal coyuntura, el alguacil, que era sin duda el más comprometido, reparó en un hombre de hábito de los que el pueblo juzga en seguida como santero ó saludador y avisó al juez. De ahí la llamada y la subsiguiente comisión al hermano Pedro.

Visto por el magistrado el enorme destrozo que los perros habían hecho en la salchichería, mandó al alguacil que se los llevara, porque estaban á punto de rabiar. Y como de algún modo debía premiar el heroísmo de mi compadre, le hizo guarda y depositario de la tienda por aquella noche, hasta la mañana, en que se proveería.

Entonces el hermano Pedro pidió permiso para que le acompañara su compañero de viaje, y el juez se lo concedió.

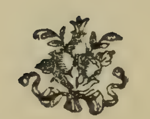
—Ya ves si la fortuna nos la deparó buena —concluyó mi hombre al final de su relación—. ¿Quién te había de decir que cuando saliste esta madrugada de la Corte, exhausto y alicaído, que á la noche dormirías en Ciempozuelos, compartiendo el usufructo de una salchichería?

La calificación fué muy apropiada, porque en seguida nos dimos á comer ricos embutidos, pero de los que colgaban y que no habían tocado los perros, ayudándonos á maravilla con el vino de la devota ventera. Y por si venían mal dadas, hicimos provisión en las alforjas.

Dormimos plácidamente en un colchón que hallamos en la trastienda; y como no era cosa de

tentar al diablo, con el nuevo día llevamos las llaves al Juzgado y nos relevamos del compromiso.

Ni vimos al dueño de la salchichería ni supimos de él. Lo más natural es que, al saber lo sucedido y darse cuenta de su definitiva ruina, se volviera loco y lo encerraran en el manicomio del pueblo.



LIBRO TERCERO

EN TIERRA MANCHEGA

I

LA RUTA DE DON QUIJOTE

De aquí seguimos para Aranjuez, distante unas tres leguas, sin que nos ocurriera nada digno de contarse.

Bien es verdad que no había por qué aguzar el ingenio para comer, pues íbamos bien provistos á costa del quebrado de Ciempozuelos.

Aranjuez es un delicioso oasis en medio del desierto que circunda á Madrid. Alabé sus sotos y alamedas, dehesas y fontanas, y saludé al padre Tajo, que por allí se desliza entre álamos blancos y negros, altos chopos, copudos fresnos, enredosos quejigos, vetustas encinas y seculares robles.

A los siete kilómetros, el *mar de Ontígola*, reducido á un charco de ranas. Cuarreaban atrozmente, y á mí se me antojó que lo hacían en alemán, repitiendo á coro la endecha que Schiller pone en labios de su *Don Carlos*:

Die *schœnen Tage in Aranjuez*
sind nun zu Ende (1).

Por fin llegamos á *Ocaña,* siendo lo primero que vimos su fuente monumental con 19 arcos de sillería, abundante en caños, pilas, bebederos y lavaderos, y tan próvida, que abastece de agua al vecindario y con el sobrante se riegan muchas huertas.

Hicimos noche en la población. Mi compañero llamó á la portería del convento de Dominicos, y el portero le recibió por fuero de hermandad.

—Hasta aquí te acompañé—díjome al despedirnos—. Supongo que no estarás quejoso de mi compaña. Adiós. ¡Buen viaje! ¡Buen camino!

Cuando me vi solo sentí una vaga sensación de tristeza. Pregunté por una posada, hice que me llevaran al pajar, y por un real dormí muy ricamente. Era el primer gasto que hacía al cabo de dos días de andanzas.

Con el alba me levanté de las pajas, sacudí la ropa, me lavé en la pila del patio, hice provisión de pan y vino y salí á la carretera. Esta se bifurca aquí en dos direcciones: á Andalucía y á Valencia, y como la cuestión era hacer tiempo y tenía por delante todo el verano, opté por el primer camino, resuelto valientemente á bajar á Córdoba y Sevilla.

Y digo valientemente, no por la minucia del di-

(1) Pasaron los hermosos días de Aranjuez.

nero, que bien sabía se me acabaría en una semana, sino porque en cuanto salí al campo vi ante mí la extensión del desierto.

No es que lo fuese en verdad, pues lo que veía era la *mesa de Ocaña,* así llamada por la topografía y la abundancia del terreno; pero la impresión es tremenda para el pobre caminante que ha de ganar á pie tan dilatada llanura.

Ausencia total de árboles que den verdor y sombra al caldeado suelo, de aguas que lo rieguen y fertilicen, de peñas y quebradas que varíen sus perspectivas; nubes de polvo en vez de húmedas nieblas, y en vez de frescas brisas, el abrasado soplo del desierto. De población á población, soledad completa, y á lo lejos la torre parroquial como el mástil de un buque en la inmensidad de los mares.

Así y todo, esa vasta extensión tiene su belleza, hasta diría sus encantos; son los efectos de luz de deslumbrante intensidad, las puestas de sol, que tan bien resaltan entre la inmensa planicie desnuda y el infinito del Cielo.

Hay puestas de sol mágicas. Generalmente se muestran á ras del horizonte en anchas fajas de rosa, de talco y ópalo, que lentamente se deshacen en nubecillas violáceas y plomizas, como si el cielo se desmoronase en ígneos peñascos. La visión es magnífica, cuando, exceptuando el límite poniente, en que ya el sol, no diré trasmonta, sino que realmente se hunde como un globo de fuego ó una roja bala de cañón, el resto del cielo apare-

ce renegrido por los nimbos precursores de una tormenta. No pocas veces relampaguea en la mancha negra, y los relámpagos tocados del reflejo del sol caído, se antojan cohetes voladores de color.

A la hora del crepúsculo es cuando más enamora la llanada. La luz es más cernida; el cielo sereno, iluminado por la luna blanca y enorme. Las sombras tienden, al fin, su manto sobre la tierra, y en la obscuridad, los pastos resecados exhalan grato y suavísimo olor.

Esta tierra es, además, para mí tierra de ensueño.

En ella doy, solo y errante, mis primeros pasos por la España vista á través del Romancero, del Teatro y de la Novela. ¿Por qué no vivir este ensueño? Precisamente por estos lugares anduvo el héroe de Cervantes, y ahora sigo su ruta.

Paso por Madridejos, Puerto Lápiche, el Toboso y Arenas de San Juan, y en todos estos pueblos se me representa al vivo la vuelta de Don Quijote á su aldea. Las eras, á la entrada del lugar; el cura y el bachiller, en un pradillo; Teresa y Sanchica, á la puerta de una casa; el ama y la sobrina, á la ventana de otra.

Pone el colmo á esta evocación escénica la vista de dos muchachos riñendo también en una pradera, así como los vió Don Quijote. Acércome á ellos y me entero de su pendencia. No es que riñeran por una jaula de grillos, sino que aquel día tocaba al mayor de ellos llevar unos condenados zapatos

que por ser de horma igual le hacían mucho daño. y á todo trance quería traspasarlos á su hermano. Este se oponía al endoso, y el otro le pegaba.

Porque es de advertir que en estos lugares siguen haciéndose los zapatos con horma igual, á pretexto de que duran más, y se castiga con pan duro y algunos azotes á los niños que, porque les duele ese bárbaro calzado, no quieren cambiárselo de pie de un día para otro.

Veo también los molinos de viento, tal como los mueve la pluma de Cervantes, y oigo los sonoros rebuznos del asno de Sancho.

Por divagar y no atender á la realidad, en poco estuvo que en uno de los villorrios saliera mal ferido.

Es el caso que en ellos van y vienen continuamente recuas de burros acarreando agua á las casas. Llevan los cántaros en un aparejo que por delante termina en dos afiladas puntas como testuz de toro, ó si se quiere, como horca en ristre; por donde acontece que en las calles más estrechas dan un encontronazo asesino al andante que viene distraído.

Llaman á este lance *cornada de burro*, la más infamante de todas, como puede suponerse. Menos mal que en la ocasión á que aludo pude evitarlo con un esguince que dió no poco que reir al aguador manchego.

Más abajo de Arenas de San Juan están los Ojos del Guadiana, sitio por donde vuelve á apa-

recer el río después de un hundimiento de siete leguas.

Todo por aquí son llanuras áridas, pantanos, charcos de agua verde que, en la obscuridad profunda, semejan luciérnagas inmensas; valles solitarios, campos sembrados de cardos... Ni un arbolillo seco, ni una choza pequeña destácase en el horizonte gris. Sólo los cuervos que aletean pesadamente sobre las ciénagas rompen con graznidos fúnebres la soledad de esta tierra abandonada.

El hombre rudo y osado que se aventura en ese desierto, anda legua tras legua con miedo de perder el camino real. Camina al través de la campiña siniestra sin esperanza de llegar á unas lejanías borrosas que huyen delante de él. Al detenerse, solo en medio de ese páramo, imagínase ser un gigante, una estatua de silex...

Aquellas lejanías son los perfiles de Sierra Morena, hacia la derecha, y enfrente las frondosas huertas y fértiles viñedos de *Manzanares*.

II

EL DELINCUENTE HONRADO

Satisfecho con la aparición de Manzanares, y por ser aún media tarde, sentéme á un borde del camino, á pocos pasos de una casilla de peones camineros. Lié un cigarro, lo encendí y, tras breve descanso, seguí andando.

Como el calor apretaba, apenas iba nadie por la carretera. Uno que otro armatoste arrastrado por un tiro de esas mulas manchegas que exceden en pujanza y hermosura á todas las de dentro y fuera de España, y algún labriego á pie ó montado á la cola de un asno, con los pies tocando casi en el suelo.

En esto me alcanzó un hombre jinete en su rucio y emparejó conmigo. La escarapela del chapeo y las vueltas de cuello y solapas de la chaqueta daban claras señales de que el individuo era peón caminero.

Me miró, le miré; y por aquello que el que va á pata, y más con el polvo de la carretera, es menos que quien va montado, díle yo el primero las buenas tardes.

—Muy buenas—respondió—. ¿Adónde se va, amigo?

—A la vista está—contesté—; á Manzanares

—¿A trabajar? ¿A quedarse allí?

—No, señor; soy ave de paso.

—De modo ¿que no conoce usted á nadie en el pueblo, ni sabe dónde irá á alojarse?

—Esta es la verdad.

—Pues anímese usted, que á su llegada saldrán á recibirle, y aun le darán alojamiento gratis. Conque, hasta luego.

Y picando con los talones en la cabalgadura pasó de largo. Sus últimas palabras, y más que todo la sorna con que las pronunció, diéronme mala espina. Pero como tenía la conciencia tranquila, no me preocupé gran cosa.

A la media hora, llegué al pueblo. Como tenía por costumbre, tomé por norte el campanario de la iglesia, y llegué á la plaza, parándome ante la hermosa iglesia parroquial de Manzanares.

Contemplando estaba la gótica fachada, cuando sentí tocarme en el hombro.

—Bien venido—díjome el caminero, pues era él—. ¿No dije que saldrían á recibirle? A mí ya me conoce; en cuanto á mi compañero, es un guardia municipal. Ea, véngase con nosotros, y le daremos alojamiento.

Como no tenía noticia de que en Manzanares se recibiera tan hidalgamente á los forasteros, extrañé grandemente la recepción que se me hacía. Seguí á los dos hombres por una calle á la derecha de la plaza, y á poco andar paramos ante una casa grande y de buen aspecto.

Llamaron al conserje y éste salió en mangas de camisa.

—Aquí le traemos un huésped—le dijo el municipal—con la boleta para alojarlo.

Y le entregó un papel. El portero lo leyó, me miró de pies á cabeza y dijo:

—Por la pinta no es pájaro de cuenta.

—Allá veremos—repuso el guardia—. Ya lo sabe usted, amigo—añadió encarándoseme—; ahí se queda preso.

Un rayo que cayera á mis pies con tiempo sereno no me habría producido tan tremenda sorpresa como estas palabras.

—¿Yo preso? ¿Por qué? ¿Por qué?—repetía en alta voz.

—Ya se lo dirán á usted mañana, si es que no lo sabe—respondió el peón—; ahora lo que más le conviene es descansar y no hablar.

Quedé anonadado. Aprovechando mi estupor, que en opinión de aquellos tres hombres sería confesión de mi delito, fuéronse el caminero y el municipal, dejándome con el conserje; el cual, tomando un manojo de llaves, me invitó á que le siguiera.

—Pero ¿es de veras que estoy preso?—le pregunté.

—Tan cierto como que está usted en la cárcel por orden gubernativa—me respondió blandiendo el papel alguacilesco.

—Al menos usted sabrá por qué me han traído aquí.

—No sé nada, compañero. No pregunto lo que me mandan. No hay que apurarse; por lo pronto aquí tendrá cena y posada gratis.

Me encogí de hombros y esperé resignado el desenlace de aquel error judicial, alcaldada ó lo que fuere. Embocamos un corredor que salía á un patio y paramos ante una verja de hierro. En un cartelón atado por alambres, leí:

Reglamento de Prisiones.

Queda prohibido á los reclusos la entrada en el establecimiento con armas y bebidas alcohólicas.

Como á la vista estaba que yo no traía unas ni otras, el celador se ahorró la requisa. Abrió la verja, pasamos un rastrillo, subimos una escalera, y allá en el fondo de un pasadizo metió llave en una puerta con cerrojo.

—¡Verá usted qué jaula tan alegre! —díjome al abrirla—. Le advierto que hay otro pájaro dentro.

Y vi una cuadra muy holgada, sin más ajuar que una ringlera de camastros en banquillos, una tinaja y un zambullo. Entraba la luz por dos ventanas grandes, reforzadas con barrotes de hierro.

—Eh, José —dijo el celador, cerrando la puerta desde adentro—; ahí te traigo un compañero.

En uno de los camastros se incorporó un hombre joven, en quien no me había fijado hasta entonces.

—¡Recontra, ya era hora! —exclamó—; cansado estoy de estar solo.

—Pues ya no lo estás —repuso el guardián, sentándose tranquilamente en el camastro de al lado sobre el que puso además el manojo de llaves—. Ea, en albricias convida á un trago.

—Está seca la botella —contestó el recluso—, pero se llenará.

Saltó del camastro y se puso en pie. Vi que era un mocetón fuerte y bien plantado. Cogió una botella, y acercándose á la ventana más próxima, dió una voz:

—¡Señor Paco, señor Paco!

El señor Paco sería el tabernero de enfrente, porque á seguida añadió el preso:

—Ahí descuelgo la botella. ¡Que esté fresco el vino!

José ató la botella en un cordel que estaba atado en uno de los barrotes y la fué bajando con tiento. Con mayor cuidado la izó después, y al término de la faena nos convidó á beber. Tocó la trompeta el primero el celador, luego yo y José el último, dejando la botella en el suelo.

—Acaba de convidar, hombre—dijo el guardián, limpiándose la boca con el revés de la mano—; echa un cigarro.

Creíme obligado á meter baza, y oferté mi petaca. El celador encendió un pitillo, tragó una bocanada de humo, volvió á dar otra chupandina á la botella y fuése, dejándonos encerrados.

Con menos angustia de lo que pudiera creerse, tratándose de uno que, por primera vez en su vida,

se ve encarcelado, me senté en el camastro, junto al de mi compañero. La verdad es que aquello no parecía calabozo, ni mucho menos, y sí, más bien, una cuadra de cuartel. Los rayos del sol poniente entraban de soslayo por las abiertas ventanas y subían hasta nosotros los ruidos de la calle.

— ¿Qué hazaña le ha traído á usted aquí—me preguntó el mozo.

—Ninguna, que yo sepa—contesté—. Acabo de llegar á pie por la carretera y me han detenido en la plaza.

—Por vago no será, porque si no esto estaría lleno—replico él, aludiendo á la estancia—. Como que este Manzanares es el punto de cita de todos los vagamundos de España que, como moscas á la miel, acuden al olor del buen morapio de la tierra, del legítimo Valdepeñas; por ser tan barato, aquí es de balde, sin peñas.

—Vaya no se haga el inocente. ¿Cree usted que voy á traicionarle declarando lo que me diga?

—Recontra, pues lo siento; porque si hacen justicia le soltarán en seguida y me volveré á quedar solo. Así llevo un mes, sin más compañía que este gato (un micifuz asomado en la ventana). Las pocas visitas que me traen duran veinticuatro horas.

—Esto quiere decir que habrá hecho usted veinticuatro veces más méritos para estar aquí.

—No lo crea. La veinticuatrena que aquí me trajo fué el haber sido demasiado generoso.

Me acordé de los galeotes cervantinos que hacían ejecutoria de sus culpas, y me sonreí.

—No se ría usted; óigame y verá cómo digo la verdad.

Y me contó su historia. Se llamaba José no sé cuántos, y era manchego. Cuando cayó quinto huyó del pueblo y lo declararon prófugo. En vez de expatriarse se dedicó á merodear por los contornos, ora como cazador furtivo, ora como contrabandista de tabaco y alcohol, porque andaba bebiendo los vientos por una campesina paisana suya.

Con su escopeta y su canana bien provistas, invernaba en las quinterías de los campos de Calatrava ó de Montiel, y veraneaba por los montes de Sierra Nevada ó de Alcaraz.

De cuando en cuando, hacía una escapada al pueblo natal para ver á la novia y traerla algún regalo, procurando que no se enterase nadie.

Si esto es difícil en los pueblos, donde hasta el paso de una rata se advierte, más difícil era al amador furtivo, espiado tenazmente por un lince en figura de guardabosque. Un tal Crispín, que odiaba á muerte á José, porque él también cortejaba á la muchacha.

Aunque el guardabosque veía prófugo y errante á su rival, sabía á qué atenerse y no ignoraba el por qué de sus idas y venidas y cuándo eran; por lo que juró prenderle y se lo llevaran á Ceuta, para él quedarse por amo del cotarro.

Pero como le veía armado y le sabía valiente, nunca se atrevió á echarle el alto.

Hasta que una mañana de invierno, en que había una niebla meona que no dejaba ver á dos pasos de distancia, José fué sorprendido por el guardabosque, quien, arrebatándole la escopeta y haciéndole la zancadilla, con lo que dió con él en tierra, le apuntó con su arma, diciéndole:

—Al fin caíste en mis manos; boca abajo y encomienda tu alma á Dios.

Esto quería, asesinarlo, pues que podía reducirse á atarle las manos.

Comprendió José que toda súplica era inútil; se quitó el sombrero, murmuró una pequeña oración y luego dijo serenamente á su enemigo:

—Estoy dispuesto á morir. Gózate en tu crimen. Apúntame bien y dispara; pero te advierto que con la humedad que hace va á fallarte la escopeta.

El guardabosque, viendo que se jugaba la vida con aquel joven hercúleo que, en lucha cuerpo á cuerpo, le vencería, se dispuso á matarlo como un conejo.

Y ocurrió lo que dijo José; Crispín apretó en vano los dos gatillos del arma y no salió ningún tiro. Entonces el otro se incorporó bravamente, saltó sobre el guardabosque, le arrebató la escopeta, tras una brevísima lucha, y, dándole con la culata tremendo golpe en la cabeza, le dejó medio muerto. Y no lo mató porque Dios no quiso.

Esto le perdió. Crispín fué recogido por unos leñadores y, cuando pudo hablar, se despachó á su gusto, acusando á José de haberle querido asesinar. El juzgado recomendó eficazmente la captura del prófugo, sobre el que ahora pesaba la agravante de atentado á la autoridad.

Tanto y tanto revolotear alrededor de la llama, la mariposa se quemó las alas. Siguiendo la pista que dió el rencoroso guardabosque, los civiles sorprendieron al palomo con la paloma y se lo llevaron apiolado.

—Y ¿hace tiempo de esto?—pregunté al final de la narración.

—Un mes escaso. El guardabosque está entre la vida y la muerte, y hame dicho mi abogado que el proceso no se substanciará hasta que el otro sane ó espiche, pues, según el desenlace, así ha de calificar el fiscal.

—Y usted, ¿qué le desea?

—¡Recontra! Que reviente de una vez. Le perdoné la vida entonces, pero ahora le quitaría cien que tuviera, por haber mentido en su declaración.

—Pues si cura puede estar tranquilo, porque la justicia pondrá el mar entre los dos.

—Eso dicen, que me mandarán á Ceuta. Esto está en tierra de moros, ¿verdad?

—Sí, en Africa.

—Pues se conoce estaba escrito que yo había de dar con mis huesos en esa tierra; porque al Africa pensaba escapar yo, á Argel, á establecerme

con algunos ahorros que tengo y llamar después á la novia.

—Esto se llama dejarle á uno compuesto y sin novia.

—Eso es lo que más siento, haber de perder la novia.

—Diga usted mejor, haberla perdido.

—Todavía no. La pobrecica me tiene más ley que nunca. Para estar más cerca de mí se vino á servir á este pueblo de Manzanares y todos los días nos vemos. Apostaría que no tarda cinco minutos en aparecer.

Se levantó José y me llevó á una de las ventanas. Aunque el sol se había puesto, quedaba aún bastante luz. El único ruido que subía de la calzada era el de una carreta cargada de heno y los gritos del boyero animando á la yunta.

Casi rozándonos hacían los murciélagos su ronda vespertina. José se entretenía en darles cañazo desde la ventana.

De pronto, vió colarse un buho por la otra, y con mucha maña lo hizo caer en el pavimento. entregándolo al gato, que lo zarandeó hasta matarlo.

—¡Qué bicho tan asqueroso—decía José—! Caza los pájaros como á mí el guardabosque, por sorpresa y en tinieblas. Cada avechucho de estos que mato se me figura matar á mi enemigo.

En esto se oyó una voz en la acera de enfrente.

—¡Joselín, Joselín!

Me asomé á la otra y vi plantada en la acera de enfrente una moza aldeana con un cántaro á los pies.

—¿Cómo tan tarde? —le dijo José—. Ya creí no verte hoy.

—Llevóme el ama á la huerta —contestó la moza— y hasta ahora no despachamos. Con el pretexto de la fuente hice esta escapada para verte y traerte tabaco. Baja con que lo ate.

El preso deslió la cuerda, la moza se acercó á atar el paquete, y á una voz preventiva de la de abajo, el de arriba izó el recado.

—Oye, Casilda —le gritó—, téngote dicho que no gastes dinero conmigo; no me hace falta nada; pero, digo mal —añadió dulcificando el tono de voz—, todo me falta, porque me faltas tú.

—Paciencia, Joselín, como yo la tengo... Ya te vi, y me voy, que es tarde, mañana será otro día.

Durante este diálogo estaba asomado á la puerta de su tienda el tabernero, testigo como yo de la entrevista de los amantes, el cual, ida la moza con el cántaro á la cabeza, llamó á José, que aún seguía en la ventana:

—Oye, José; ¿sabes en qué nos parecemos tú y yo mayormente cuando Casilda está aquí? En que los dos hemos de contentarnos con una ración de vista.

Empezaba á obscurecer y dejamos la ventana al tiempo que la campana del pueblo tocaba á oración.

Algo esperaría el gato á estas horas, cuando

no se apartaba de la puerta y daba repetidos maullidos. En efecto: por la puerta apareció el celador con la pequeña marmita del rancho. La dejó en el suelo, añadió aceite al farol de la cuadra, lo encendió y fuése, no sin darnos las buenas noches.

Los dos presos y el gato atacaron con fruición la pobre menestra, y acabada que fué, á dormir...

* * *

Muy de mañana, antes de la hora en que mi compañero esperaba al celador con el café, compareció el guardián, pero sin el brebaje.

—Recoja usted lo suyo y vámonos —me dijo de sopetón—. Está usted libre.

No esperaba tan pronto desenlace; así que sin preguntar nada, salí instintivamente del encierro como pájaro que ve abierta la jaula.

—Adiós, compañero —hube de decir á José, dándole la mano—; adiós, y no desespere de su suerte.

—Sea lo que Dios quiera —me respondió con tristeza—. Vaya usted con Dios.

En la portería encontré al guardia municipal de la víspera, que á la cuenta me estaba esperando.

—Amigo: de buena se ha librado usted —me dijo—; pudo ser mucho, pero no fué nada. Por esto queda usted en libertad.

—Déjese de medias palabras—repliqué en alta voz—, ¿por qué me trajeron aquí? Estoy cansado de preguntarlo.

—Ahora lo sabrá usted —me respondió el empleado municipal—: ayer tarde, al levantarse de junto la casilla del peón caminero de fumar un cigarro, soltó usted la colilla encendida y prendió fuego á un garbanzal. Siendo el plantío del alcalde, al ver tanto humo, el peón se creyó obligado á dar parte contra usted. Como esta clase de descuidos son punibles, por primera providencia vino usted á la cárcel. Luego se averiguó que fué nada entre dos platos: el viento corrió la llama hacia el camino y el incendio se cortó. Como la pérdida se redujo á un puñado de plantas que en suma hubieran dado un celemín de garbanzos, el señor alcalde, comprendiendo además, que el siniestro no fué intencionado, me envió á ponerle á usted en libertad y que le entregue esta peseta para ayuda de viaje.

Y dirá más de un lector: la inmediata sería rechazar indignado la vil moneda. Pues no, señor; la inmediata fué tomarla y guardármela bonitamente.



LIBRO CUARTO

MI ENTRADA EN ANDALUCÍA

I

EN SIERRA MORENA

Los pueblos de por aquí son prósperos. Sus producciones, muchas y variadas: cera y miel, criadillas de tierra, frutas y ricos caldos. *Valdepeñas,* que da nombre al borgoña español, es la última ciudad manchega que encuentra el viajero camino de Andalucía.

Para entrar en ésta hay que atravesar una barrera de montañas. La carretera va subiendo lentamente; el horizonte se estrecha y se llega al punto culminante de la ascensión en *Venta de Cárdenas.* Aquí se abre el puerto ó desfiladero de Despeñaperros, famoso por las pretéritas hazañas de los bandidos andaluces aquí apostados para la limpia de diligencias y sillas de posta. Es una sorprendente quebrada entre un conjunto de desnudos riscos, que forman montaña entera á un lado del camino, y un profundo barranco perpendicular al otro lado. La extraña forma que presentan

las rocas en una y otra falda de esta montaña les ha valido el nombre de *Organos de Despeñaperros*. La carretera recorre, á la mitad de la falda, la derecha del barranco, y está á una altura tal, que el espectador siente vértigos mirando por el sitio llamado *Salto del Fraile,* enorme quiebra vertical que hace el camino.

Estamos en el corazón de Sierra Morena. Aquí, en lo más fragoso de ella, se levantan *La Carolina* y *Santa Elena,* poblaciones nuevas que de orden del Rey Carlos III se fundaron con emigrantes alemanes, mudando así de aspecto este territorio, hasta entonces guarida de salteadores.

Con mucha fatiga, pero con buen ánimo, hice, en menos de dos días, los veintitantos kilómetros que van de la sierra á la llanada. Y eso que, para acortar camino, dejé la carretera y seguí la vía del tren.

En todos los túneles y puentes había un siniestro rótulo con esta inscripción: "Se prohibe el paso." Pero yo los pasé sin que nadie me lo prohibiera. De tarde en tarde cruzaban junto á mí los trenes, que yo veía pasar con cierta melancolía, porque, á la verdad, la jornada era ruda. Los pasajeros, asomados á las ventanillas, me tomaban por un mendigo errante, y más de una vez ocurrió que me arrojaban envoltorios de papel con pan y fiambres, ordinario *lunch* de los trenes.

Con lo que estuve admirablemente servido, porque me comía las tajadas y guardaba los periódicos en que venían envueltas para leerlos, plácida-

mente sentado, en los descansos de la marcha y enterarme de los sucesos del día. Era tan poco el dinero que me quedaba que temí no me alcanzara para llegar á Córdoba. En consecuencia, hube de apelar á no pocos expedientes. Uno de ellos, y el que mejor resultado me daba, era comprar pan en los pueblos ó en las cantinas de las estaciones y á los pocos kilómetros dárselo á las mujeres de los guarda-vías para que me hicieran *gazpacho,* manjar que refresca y alimenta mucho. Las buenas mujeres, poco acostumbradas á comer pan tierno, se prestaban gustosas á ello, y tan ventajoso les parecía el trato, que ponían de su parte los otros adminículos, amén del aliño.

¡Ríome de los gazpachos que antes y después comiera á manteles! ¡Qué sabrosidad, qué ricura las de los gazpachos de mis guardesas! Ellos fueron mi único alimento por estos caminos andaluces, y, sin embargo, me mantuve fuerte y animoso.

Animoso sobre todo. Es imposible dar una idea de la sensación de bienestar y de vida que en mí despertaba la vida nómada, ahora que el organismo se iba acostumbrando al medio ambiente. El espíritu se afinaba y adelgazaba tanto como el cuerpo. El cambio cotidiano de gentes y lugares, no menos que el latigazo dado á mi organismo por las duchas de sol y de aire, me hacían recorrer una gama de emociones sensitivas, algo así como cuando una sonata musical se transporta de un tono á otro.

La soledad es bien poca cosa para el hombre filósofo ú observador. Las montañas comparten con el mar el privilegio de no cansar nunca la atención. Tan pronto parecen acortarse las distancias poniéndose las cumbres á plan del terreno, tan pronto se alejan éstas y se agigantan en lontananza, llevándose á rastras los ojos y la imaginación. En una misma hora, según los efectos de luz y sombra, un mismo lugar cambia totalmente de aspecto; el paisaje más idílico se antoja terrible por un simple cambio atmosférico, y viceversa.

Uno de estos cambios atmosféricos, una tempestad de verano que descargó la sierra, me obligó á refugiarme en la caseta de un guarda-vía. Para colmo de desdichas empezaba á obscurecer.

Toda la tarde había estado oteando las amplias llanuras de Vilches y Las Navas, y cuando me prometía pasar buena noche, teniendo por yácija la pratense hierba en vez del pedregoso suelo serrano, ¡hete aquí que el adusto cielo ataja mis pasos y mi pensamiento, deteniéndome como Moisés á la vista de la tierra de Canaán.

Llegué á la caseta molido, mojado y hambriento, que son las tres cosas peores que pueden ocurrir á un caminante.

El guarda y su mujer me acogieron hospitalarios, y, como á los demás, les hallé propicios á mi martingala gazpachera. Como seguía lloviendo, dilataba el momento de irme, pues no había que pensar en quedarse á dormir en la caseta, por

tener prohibido los guardas dar alojamiento á ningún forastero.

Yo, que sabía esto muy bien, dije al guarda:

—Mala noche me espera. Tendré que andar quieras que no; pues, como no sea debajo de alguna alcantarilla, no hallaré un palmo de tierra seca donde tender la manta y dormir.

El guarda me miró y no dijo nada.

Estábamos en la cocina, donde la mujer limpiaba la vajilla al resplandor del farol reglamentario que sirve para avisar á los trenes, pero que ahora hacía veces de farol doméstico.

—¿Sabes á quién me ha parecido ver pasar? —oí que decía ella á él—. Al Guerra con su cuadrilla.

—Sí; también los vi yo en la parada de la estación—replicó el guarda.

—¿Hablan ustedes de *Guerrita?*—pregunté terciando en el diálogo.

—Sí, señor—repuso el hombre—; hablamos del rey de los toreros. ¿Le ha visto usted torear alguna vez?

Hay que advertir que por aquel entonces *Guerrita* aún no se había cortado la coleta y estaba en el apogeo de su fama.

—¿Se lo pregunta usted á un madrileño?—repliqué con cierto retintín—; lo he visto muchas veces.

—Y ¿cuál le parece mejor, *Gucrrita* ó Fuentes?

Entonces puse paño al púlpito, y como sabía

de antemano la opinión de mi huésped, le di por el gusto diciendo lo visto y no visto por mí y poniendo por las nubes el arte y la escuela del *Califa* de Córdoba. Hablé como un catedrático.

Tuve la suerte de no meter la pata, porque el guarda era un andaluz legítimo, gran aficionado á la tauromaquia, y pudiera cogerme en cualquier renuncio. Lo que hice fué encantarle y hacérmelo amigo.

Hablamos luego de Madrid y de sus grandezas; pero esto interesó más á la mujer que al guarda, porque éste había estado de guarnición en la coronada villa.

—¿Y viene usted á pata desde allí?—me preguntó él.

—Sí, señor—respondí—. ¡Qué remedio queda! Hasta Córdoba, donde me arreglaré.

Era mentira; pero tal era mi muletilla para evitarme explicaciones innecesarias, y más que todo la nota de vago.

—Pues como usted pasan muchos por aquí—repuso el guarda—, en su mayoría harapientos y piojosos que no valen el vaso de agua que piden. Bien se ve que usted no es de esa calaña. Y para que vea que sé distinguir, le voy á remediar por esta noche.

Vi el cielo abierto. Supuse que me iba á brindar con el refugio de su casa; pero el remedio fué otro.

—Mire usted—me dijo—, dentro de media hora, más ó menos, pasará por aquí el tren de car-

ga, el tren carreta, como lo llamamos, porque va muy despacio. Casi todos los vagones van abiertos y vacíos, porque fueron con ganado de Ubeda y vuelven á cargar mineral en Linares. Pues bien: se pone usted al acecho en el andén, y cuando llegue, se coge bien de un vagón, se sube al estribo y se mete dentro.

—Y ¿si me ven ó me encuentran allí?

—No le verán, porque de noche los centinelas no están en las garitas, y no le encontrarán porque tampoco hacen requisa. Lo que sí debe procurar es apearse antes de llegar á Linares, porque la expedición no sigue la línea de Baeza, sino la del otro ramal, en el empalme de Vadellano. Pero por todas partes se va á Roma, ¡digo! á Córdoba. En Linares tomará usted la carretera de Andújar, y á las doce leguas se pone en Córdoba. Dijo que se quedará en la capital; pues bien: la primera vez que vea á *Guerrita*, le tira usted el sombrero al redondel en mi nombre después de una de aquellas estocadas que quitan el sentido. Esta es toda la recompensa que le pido á cambio de las instrucciones que le di.

No es que á mí no se me hubiera ocurrido muchas veces el asalto de esos trenes que van á pequeña velocidad y parecen burlarse de los caminantes más que los otros que corren devorando el espacio; pero me guardé de hacerlo, primero por altivez de andarín, segundo para evitar responsabilidades. Por esta vez dejé escrúpulos á un lado y me preparé al asalto ferroviario.

Di gracias al guarda por sus buenos deseos, seguimos hablando un buen rato de cosas indiferentes, y al tiempo indicado se oyó el silbido de la locomotora.

—Ya viene—me dijo el guarda—. Póngase al otro lado de la vía, porque yo me quedo á éste con el farol. Al primer hueco que vea se cuela usted. Que le vaya bien.

Y no hubo más, sino que llegó el tren á paso perezoso, que yo trepé con vigor de asaltante y me escondí en el fondo de un vagón.

Olía á estiércol de ganado; pero esto era una ventaja, porque la boñiga seca servía de alfombra. En la obscuridad tropecé unas pajas, y las extendí para mayor limpieza. Envuelto en la manta dormí en aquella perrera como en un palacio encantado.

Nada turbó mi sueño, como no sea la parada en el empalme. Creí á cada instante verme descubierto por el farol registrador de algún vigilante; pero el guardavía estaba bien informado; el tren no cargaba hasta Linares y quedó abandonado en la estación. El frío de la madrugada entrando por las puertas laterales, y más que todo por entre las rendijas de los tablones del suelo, me despertó, á cuyo tiempo trepidó el tren y comenzó á andar.

Toda mi guía de viaje era una de ferrocarriles. Por ella me informé que de Vadellano á Linares hay solamente nueve kilómetros. Viendo que el trecho era tan corto, me apresté á dejar mi refu-

gio. Lié mi petate, asomé la cabeza con precaución, y no viendo á nadie atrás ni adelante, me apeé como si lo hiciera de un tranvía en marcha, no sin dar cumplidas gracias á la Compañía del Sur.

II

RECUERDOS DE BAILEN

Llegado á Linares me desayuné en una cantina de mineros que á la salida del pueblo hay junto á los hornos del camino real, que era el que llevaba á Córdoba por Andújar.

Crucé unos eriales, luego dehesas y quebradas, y al mediodía arribé á *Bailén,* pueblo tan famoso de nombre como pequeño de vecindario.

Vi las casas engalanadas y mucha animación en calles y balcones. Llegué á la plaza, y destacándose entre el concurso estaba una compañía de Infantería en correcta formación. El cornetín de órdenes, como si esperara mi llegada, dió un toque de atención y, á seguida, "¡Presenten armas!" A cuyo tiempo, la banda tocó la Marcha Real.

Hice bien en no envanecerme, porque tales honores se tributaban, no á mí, sino á la bandera, que á este momento sacaba el porta de la casa-Ayuntamiento. El Capitán dió una voz de mando, y al són de alegre pasodoble los soldadicos desfilaron por la plaza.

Pregunté cúya era la causa de todo aquello, y dijéronme que en celebración del aniversario de la batalla, y que todos los años venía una compa-

ñía de Jaén con bandera y música para hacer honores á la Virgen de la Zomeca, Capitana Generala del Ejército por obra y gracia del General Castaños cuando en su mano puso el bastón de mando.

Yo, que me sabía la batalla de Bailén con todos sus pelos y señales, había dado al olvido que ella fué un 19 de Julio. Lo cierto es que mi llegada á Bailén fué un día 20 y que la función había terminado. Aquel desfile de tropa era que la compañía regresaba á Andújar por la carretera, para tomar allí el tren de Jaén.

Descansé un buen rato en una taberna, y sin ver nada, porque el campo de batalla—*La noria*—estaba muy lejos y la iglesia cerrada, seguí mi camino.

A la media hora de andar oí que dábanme voces á retaguardia. Paré, y con esto me alcanzó un carro cubierto, que era de donde me llamaban. Sentados adentro iban un carrero de calañés, calzón corto y borceguíes con flecos, y un cabo furriel. En el toldo se veía pintado el escudo de España entre dos orlas con los colores nacionales, y en la banda amarilla este letrero: *Regimiento infantería de La Reina, número 2. Primer batallón.*

Era, pues, un carro de regimiento.

—Paisano —díjome el carrero sin parar las mulas—, ¿adónde bueno?

—A Andújar.

—Y ¿va usted solo? —repuso el cabo.

—Así parece...

—Quiero decir si no lleva usted alojados —siguió diciendo el de los galones, tocándose las uñas de los dos pulgares, como aquel que mata piojos.

—Nada de esto—repliqué—, estoy limpio como una patena.

Y era verdad. Procuraba ser tan pulcro, que hasta cepillo llevaba para quitarme el polvo, cuanto más peine y jabón para mi tocado. Me verían tostado del sol y polvoriento, pero sucio no.

—Pues suba usted con nosotros —siguió diciendo el cabo. Me da pena verle andando con este calor por la carretera.

Pararon las mulas y me senté en la trasera sobre un montón de mantas bien dobladas. En el doble fondo asomaban la marmita de la compañía y el bombo de la música. El carro se llevaba toda esta impedimenta á Andújar por la carretera para empalmar con el tren.

—Ea, eche usted un trago —díjome el carrero envidándome la bota.

—Amigo, gracias mil —dije devolviéndosela después de haber bebido.

—¿De dónde se viene, paisano? —me preguntó á su vez el cabo.

—De la capital de España —contesté con mucho énfasis.

—¿De Madrid, y á pie? Olé por los valientes —exclamó el cabo, que sería andaluz á juzgar por el acento y por el *olé*.

—¿Es usted de allí?—preguntó el carrero.

—Madrileño soy; soy castellano.

—Compañero, pues, somos paisanos. También yo soy castellano nuevo.

—¿De dónde?

—De Guadalajara, es decir, de Tendilla. ¿Ha oído usted mentar este pueblo?

Voy á ser franco. Tenía tan presente el recuerdo del Conde de Tendilla, el primer gobernador de Granada, que el apelativo se me antojaba título andaluz. Ahora sabía á ciencia cierta que ese pueblo era castellano, como antes que la batalla de Bailén se dió un 19 de Julio. ¡Vaya si enseñan los viajes!

Y como si del carrero se apoderase repentinamente la nostalgia de la terruca, dejó de hablar, dió un grito á las mulas y á seguida cantó esta seguidilla:

> Camino de Tendilla
> va una tendera,
> ella va pá Tendilla
> y yo á tendella...

Las cuatro leguas de Bailén á Andújar las hicimos tan despacio, con tantas estaciones en los contornos, que era ya anochecido cuando llegamos á la ciudad.

Cabo y carrero, con el arroz, las patatas y el tocino de la provisión que llevaban, aderezaron un rancho en la posada, convidándome á comer y á beber, y aun me hicieron acostar sobre las mantas del carro, después de dejar las mulas en

el pesebre. Antes de rayar el alba sacó el carrero los animales, y cabo, carro y carrero marcharon á la Estación á esperar el mixto.

Despedíme de tan buenos camaradas y eché á andar por la vía férrea. A los pocos kilómetros un guardavía me detuvo á la entrada de un túnel hasta que pasara el tren. No tardó éste en anunciarse, y cuando cruzó, tuve la suerte de ver asomados á una ventanilla al cabo andaluz y al carrero castellano que me saludaron alegremente remolineando las gorras cuarteleras.

III

BAJO EL PUENTE DE CORDOBA

En Andújar había saludado el sagrado Betis, el Guadalquivir, que volví á cruzar en Alcolea por otro magnífico puente de mármol negro.

Desde Alcolea hasta Córdoba es toda una llanada entre el río y las últimas estribaciones de Sierra Morena, y en ella casan admirablemente el rubio de los trigales con el verde tierno de las vides, y el verde sombrío de los olivos con el ocre de la tierra labrantía.

A los flancos se despliegan en apretujadas haces pitas y chumberas; aquéllas guardando las lindes con las puntas de sus rudas bayonetas, y las higueras de tierra sirviendo de bardas de huertos y viñedos por la defensa que hacen sus hojas espinosas, en forma de pala, por lo que los antiguos las llamaron escudos macedónicos (según nota Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana*).

De vez en cuando el aire trae una tufarada de fragante azahar de los naranjos y limoneros que se ven tras los tapiales.

De pronto, casi sin perspectiva, aparece un tablero de casas bajas, muy apiñadas, y señoreando el tendal de tejados y azoteas, un edificio inmen-

so, sin elevación, sobre el que se destaca la torre cuadrada de la Catedral.

Son Córdoba y su mezquita; la antigua sultana de la España árabe y la gran aljama de Occidente.

Un sol de fuego dora la vieja ciudad, remozando perennemente su vetustez, y tal contraste entre la historia y la naturaleza es el mayor atractivo de Córdoba, por el encanto profundo y melancólico que inspira.

Atravesé la ciudad, y al otro extremo di con la mezquita-catedral. La visité á mi sabor, y torciendo á la izquierda salí derecho al puente que allí está, á cuatro pasos, obra romana reedificada por los moros.

Es un puente venerable de 16 arcos voleados sobre robustos pilares, roído por los siglos, dorado por el sol, con matas de hierbas entre grietas, por las que se asoman los lagartos, y en el extremo, un torreón con almenas que llaman *la Carrahola.* Por abajo, la corriente mansa del río que hierve en espumas al tropezar con las represas de unos molinos viejos y destartalados.

De codos en el puente miré á Córdoba. Algún resentimiento tendría el Conde de Villamediana contra esta ciudad, cuando en su *Itinerario* la describe así:

Gran plaza, angostas calles, muchos callos;
obispo rico, pobres mercaderes;
buenos caballos para ser mujeres,
buenas mujeres para ser caballos.

En esto ni quito ni pongo rey, porque derrotado como iba no entré en averiguaciones. La única visita que hice en Córdoba fué á un alpargatero, que por seis reales me calzó, pues las botas que traía desde Madrid dijeron que había bastante con las sesenta y pico de leguas andadas, y que no me acompañaban más. Pero por lo que vi al paso de la ciudad y por lo que estaba viendo desde mi observatorio, entendí que en Córdoba hermanaban muy bien el arte y la naturaleza.

Aquellas sus callejas curvas y tortuosas, desiertas plazuelas, viejos caserones de amplias portaladas, calados ajimeces y frescos patios, cuyo ambiente embalsaman jazmines y azahares, tienen su natural complemento en los fértiles campos del Sur y Sudeste, y en las fragosas estribaciones del Norte y Noroeste que coronan las blancas casitas de las huertas y del *Desierto de Belén*, más conocido por "Las Ermitas".

Me acordé también haber visto en las calles mujeres de moreno rostro, de negros ojos, fina nariz y rojos y frescos labios; y ahora veía pasar otras por el puente con andar garboso. No dijo tan mal Villamediana. Hay, en efecto, cierta analogía plástica entre el andar acompasado de un caballo árabe y el *trapío* de una mujer andaluza.

Precisamente tengo otro término de comparación á la vista, pues baja á la ribera una manada de potros que llevan á abrevar. Los animales, de cabeza bien puesta, altos de brema ó de copete,

anchos parietales, cara plana de martillo, cuello de ciervo y estrecha nariz, capaz de beber en un vaso; de vientre de galgo, grupa cortante y cañilavados. Andan á buena vela, segando bien, picoteando á cada paso y con la cola en trompa.

Es clásica la descripción del caballo que hace el cordobés Céspedes, como son clásicos los corceles de Velázquez, sólo que ya no parecen españoles, por más que el maestro los tomara del natural.

Es indudable que hombres y caballos hemos degenerado desde entonces. Así como no hay hombre en nuestros días capaz de manejar los espadones del siglo XVI; tampoco hay caballos que, como dice Juan de Herrera en la *Agricultura,* aguantaban doce y catorce arrobas encima, que era lo que pesaba un jinete con armas de hierro y con la silla acerada. Y esos son los corceles que pintó D. Diego.

En este soliloquio bajé al río á llavarme los pies.

En las inmediaciones del puente hay ó había dos molinos ruinosos á disposición de todo el mundo, y fuí á verlos para preparar allí mi albergue nocturno. Iba á entrar en el primero que topé, cuando una mujer me gritó:

—Buen hombre, ¿qué se le ha perdido á usted? Esta casa está alquilada.

Volví la cabeza, y en uno de los rebalses del molino vi una vieja lavando en el río, y era la que me hablaba.

—¡Ah! ¿Dice usted que está alquilada? ¿Es usted la inquilina?

—A mucha honra; sí, señor—me contestó.

—¿Y la de enfrente?—repuse, señalando al molino de al lado.

—Esta no; puede usted disponer de ella.

—Está bien —repliqué—; sepa usted que por esta noche seré su vecino.

—Ni que se lo hubieran dicho —contestó ella levantándose, y entonces vi que era una gitana—, porque esta noche hasta el puente va á bailar. Se casó hoy mi sobrina y aquí será la fiesta de la boda.

—¿Pero esto será muy tarde?

—Casi, casi á la medianoche, porque la familia está en la ciudad divirtiéndose, y hasta esa hora no vendrán los novios con los amigos. Conque ya lo sabe usted, *si quiere acompañarnos,* se le convida.

—Ya me guardaré bien de esto —pensé—, y menos meterme entre gitanos pobres y borrachos; pero, por cumplimiento, hube de decir:

—Muchas gracias, señora.

No hablamos más. La gitana vieja volvió á su faena y yo me fuí á inspeccionar el nuevo domicilio. Parecióme bien, y elegí el rincón de un pesebre para pasar la noche. Como aún era temprano, salí afuera, y con mucha calma, á la sombra del puente, me descalcé, me arremangué los pantalones é hice mi lavatorio.

Acabado que fué volví á subir al puente y oí un campaneo de la vecina Catedral y me acordé de los versos de Heine á la Mezquita de Córdoba:

> Desde el alminar donde los muezines
> cantaban la oración,
> las campanas de Cristo ahora envían
> melancólico son (1).

Con esto pisé segunda vez la Mezquita, gasté luego mi última peseta en una taberna, y, finalmente, me retiré al molino.

Dormí mejor de lo que creí. Nadie me molestó, ni siquiera el ruido de la zambra gitana. Tengo, sí, una vaga idea de haber oído sonidos de panderetas, de guitarras y de voces; pero como el murmullo del río, al quebrar la corriente en el malecón, apagaba todos los ecos, pasé la noche á placer.

Muy temprano dejé el escondrijo y salí á lavarme al río. Junto al molino de los gitanos había algunos de éstos, quienes tendidos en el suelo, liados en mantas, durmiendo la borrachera, y quienes de pie, sirviéndoles de trípode la vara y hablando alto y pasándose una botella.

Viéronme y me llamaron.

—Venga osté, chavó —dijo uno de ellos—, y

---

(1) Auf der Thurme wo der Thürmer
zum Gebete aufgeruben,
tonet jetz die Christengloken
melancolisches Gesunnen.
(Romance *Almanzor.*)

eche un trago á la salud de los novios. Le convida el padrino.

Y me alargó la botella de aguardiente, á la que apliqué los labios; pero al devolvérsela, siguió diciéndome:

—Este fué por los novios, ahora otro traguito á la salud de la creatura.

—¿Tan pronto? —contesté inocentemente.

—Es un decir, camará; lo que ellos jisieron en esta noche. *Toítos, toos* estamos aquí esperando la *notisia.*

No entendí lo que quería decir, pero á fuer de discreto libé otro trago infernal.

En esto vino la noticia que esperaban los gitanos.

Se abrió un ventanuco del molino y la tía de la víspera colgó de ella una camisa de mujer, la de la desposada, con las pruebas de virginidad de la doncellez perdida.

Los gitanos de afuera prorrumpieron en olés y palmadas. Entonces apareció el novio en la puerta y todos le recibieron con los brazos abiertos, y el primero su padrino. El mozo tomó un trago de aguardiente en la misma botella que yo antes, avanzó unos pasos y de cara á la ventana cantó con mucho sentimiento, señalando la prenda nupcial:

En un prado verde
tendí mi pañuelo;
¡cómo salieron, madre, tres rositas
como tres luceros!

IV

SIGUIENDO EL GUADALQUIVIR

Aquí empieza la tragedia, me dije, cuando, pasada la Carrahola, eché á andar por la carretera de Sevilla. ¿Qué será de ti solo, errante y sin un cuarto para pan?

Pensé acortar camino y salir al reino de Murcia, pero al fin me encaré con la suerte. ¡Qué caracas! Como vi Córdoba veré Sevilla, veré Granada; tres nombres sonoros que despiertan en la imaginación tropel de visiones luminosas y alegres. El español que no ha visto la Mezquita, la Giralda y la Alhambra es un español á medias.

¡Adelante y buen ánimo! Y emprendí la conquista de Sevilla, no precisamente á paso de vencedor, pero sí al lento y filósofo de peregrino; casi, casi, con el fervor del creyente que por primera vez va á la Meca.

Las chumberas de unas bardas me obsequiaron con sus higos, y con esto me reanimé.

El paisaje es genuínamente andaluz. A la derecha mano, una larga línea de cercas que separan *suertes* ó cuarteles de dehesas, pero no tan altas aquéllas que no dejen ver las manadas de potros galopando con la crin al viento, y tal cual vaquero con amarillos zajones y pica muy larga, cuidando

el ganado circense. En el fondo, casi siempre en una altura, la casa del cortijo, siempre blanca por el revoque que le dan todos los años. Es la región de la pradera con pocos árboles, pero con peste de pastores, de perros y de langosta.

La dehesa señorial lo invade todo. Redujo á pasto alguna labor de pobres colonos cortijeros y hace del trayecto una carrera de obstáculos, con setos y vallas, cotos y vedados.

Cuando más descuidado anda uno, tropieza con *guardas del verde*, así llamados, porque guardan las dehesas en la época de los pastos. Los tales son los reyezuelos del campo. Mientras dura la temporada del verde, sacan lo que quieren, de colonos y aparceros, amenazándoles con multas y denuncias, y molestan á todo bicho viviente.

Para librarme de ellos no tuve más remedio que dejar el campo y tomar la carretera, alimentándome de pan y de higos chumbos.

A las seis leguas llegué á *Posadas*, en una llanura estrecha, pero agradable, entre las faldas meridionales de la sierra y la derecha orilla del Guadalquivir.

Lo que más sorprende en esta ruta es las pocas casas que se ven; tal cual cortijo, y gracias. ¡Quién diría que en estos parajes pusieron los poetas los Campos Elíseos, y que si el Betis fué bautizado con este nombre, fué á causa de los muchos caseríos que á un lado y otro de él resplandecían (1)!

(1) *Betis* y *Beth*, en hebreo, es lo mismo que casa.

Otro día crucé las soledades de Hornachuelos; pasé la junta del Genil con el Guadalquivir en *Palma del Río,* y á la caída de la tarde di vista á *Peñaflor,* población sita en un llano cuajado de palmiches y olivares.

Derrengado y hambriento, torcí á un lado del camino á descansar en un monte de olivos, lugar que, por la disposición de ánimo con que á él llegué, tengo apuntado en mi itinerario con el nombre de *monte Olivete.* Sentí triste mi alma y, como Jesús, pedí al Padre apartara el cáliz de amargura.

Entonces se apareció un ángel á consolarme; claro está que no de veras, sino un arcángel patudo, con rojo ceñidor, cuchillo al cinto y escopeta en bandolera. Yo me asusté creyendo habérmelas con un guardia del verde ú otro sayón de esa ralea de los que no dejan en paz á los pobrecitos vagos.

—Es usted el hombre que buscaba —díjome sin más preámbulos—. Véngase conmigo, que no le pesará.

Me parecieron tan bien la llaneza y el buen humor de aquel hombre, que me incorporé dispuesto á obedecerle. Sin embargo, por un resto de escama, hube de preguntarle:

—¿Puedo saber adónde me lleva usted?

—Cualquiera diría que yo soy el secuestrador y usted el príncipe secuestrado, que pregunta adónde le llevan. ¿Que adónde? Pues, á trabajar.

—Hombre, no sé si podré, porque estoy desfallecido y cansado de tantos días de camino.

—Pues sí podrá usted, porque es faena de niños y mujeres. En estos olivares están cogiendo la aceituna y hacen falta braceros. Trabajando de sol á sol le pagarán seis reales, ó si no, á realito por hora. Pero en poniéndose el sol, la olla se sale de madre; dos platos fuertes, una ensalada y vino y música al final con guitarras y panderetas.

Tan alegre programa me animó. No pensé en el trabajo preliminar de la bucólica, sino en las sabrosas ollas. Lo de menos eran los seis reales. En esto salimos á una plana sembrada de olivos. Una docena de personas, gente moza toda ella, estaban vareando los árboles, mientras unas pocas mujeres, con pantalones á lo hombruno, recogían las aceitunas en mantas. No se veía una cara triste; el que no cantaba, reía ó se divertía á costa del prójimo.

La presencia de un extraño alborotó el cotarro, y todos la tomaron conmigo, como se verá.

—A la buena de Dios —dijo el guarda saliendo al ruedo y presentándome—, *señó* Manuel, aquí le traigo un forastero que quiere trabajar.

—¡Jesús, Dios mío! —exclamó á esta sazón una de las mujeres embragadas—. Valiente ayuda nos trae usted. Pero si este hombre parece talmente un Cristo desclavado.

Rieron todos, y yo también tan donosa comparación. Tan donosa como gráfica; porque, vamos

á ver, ¿á quién había de parecerme yo, roto, mustio y alicaído más que á un Cristo desclavado?

—Pues, no, señor—añadió otra—; á quien se parece es á un maestro de escuela.

Otro mote muy oportuno, ya que mis greñas y los lentes ahumados que tenía puestos para defenderme del sol y del polvo harían de mí el trasunto vivo del dómine Cabra.

—Ea, urracas, cállense y al avío —repuso en alta voz el señor Manuel, que sería el capataz—. Buen hombre —siguió diciendo—, venga, que le daré trabajo.

Trabajo fácil y poco penoso: ir recogiendo la aceituna de las mantas y apilarla en montones; tarea que preferí á la otra, de apalear los árboles sin compasión, haciendo saltar hojas y fruto. Es una perezosa rutina que mata muchos olivares, pero me guardé bien de decirlo al capataz, no fuese que me hiciera encaramar á las ramas y *ordeñar* las olivas, como así se llama el cogerlas en el árbol.

En un par de horas me gané dos reales, é hice méritos para meter cuchara en las sabrosas ollas. Los jornaleros después de cenar armaron un baile al son de las guitarras. Como la alegría es contagiosa, yo jaleé un tantico á los bailadores, y aun faltó poco para que saliera por peteneras. Pero sentí sueño y me retiré á dormir á un cobertizo.

Al otro día tuve una ocupación más apropiada

á mi gusto. El capataz hubo de ir con los carros al molino y me encomendó la apuntación de cargas y jornales, pues por lo visto ninguno de mis compañeros sabía de números.

Pasé la jornada sentado como un patriarca del Betis, pesando y apuntando arrobas y oyendo los decires de los cargadores, que ya no se metían conmigo, ó porque se acostumbraran á mi pinta ó porque me veían ascendido en categoría. Ni faltaron de noche las regaladas ollas y el *lora* de la tierra, un vinillo endeble que alegra la pajarilla sin alborotarla.

A los dos días de un régimen así me sentí otro hombre. Cobré fuerzas, y más que todo, gran exaltación de ánimo, con ese goce de la vida que se respira en los pagos andaluces.

El tercer día fué el último. Se acabó la recolección y el capataz me ajustó la cuenta. Doce reales me correspondían por dos días de jornal y una parte por dos horas sueltas en la primera tarde; pero él me dió un duro en una pieza, que á mí me pareció un sol, ¡tanto era el tiempo que hacía que no veía ninguno!

* * *

Con este duro me lancé al asalto de Sevilla. Bien poco dinero era para tan gran ciudad, mas el cielo, que estaba en vena de ayudarme, lo arregló mejor. El lance fué en Mairena, pueblo pequeño, pero que suena mucho en Andalucía por

su gran feria de ganados que en su tablada se celebra, allá en el mes de Abril.

El mismo día que arribé á la población había hecho su entrada, en visita pastoral, el señor Arzobispo de Sevilla. Las calles estaban enarenadas y los balcones con percalinas y banderas. A cosa de media tarde vi las madres llevando sus críos á la iglesia, á que el Prelado les diera la cachetina de la Confirmación, y yo me fuí con ellas. Hallé al Arzobispo de mitra y báculo en un sillón del presbiterio, y tres ó cuatro acólitos que hacían desfilar los niños en orden. Como algunos de los infantes eran muy tiernos todavía, las madres cargaban con ellos y se los presentaban al Arzobispo. El buen señor, complaciente, administraba el Sacramento al uno y bendecía á la otra.

La ceremonia fué breve, por ser pocos los confirmados. El Arzobispo se desvistió al pie del altar, y á lo que comprendí por la gente que esperaba en la plaza, se disponía á ir á la casa del cura, donde había recepción de despedida.

Tuve una inspiración y fuí derecho al estanco. Pedí un pliego de papel y un sobre, y haciendo memoria de aquellas palabras de Cicerón que "En ninguna cosa se parecen más los hombres á los dioses, que en hacer bien á sus semejantes", escribí en letra grande que llenaba media página, y poniendo todos los pelos y señales: *Homines ad Deos nullá re propiis accedunt, quam salutem ho-*

minibus dando. Firmé: *Pauper viator,* y puse en la nema: *Venerabili Archiepiscopo Hispalensi.* Y feché *VIII idus Augusti,* porque estábamos á 6 de Agosto.

Como no había tiempo que perder, me eché afuera á tiempo que la comitiva cruzaba la plaza en dirección á la rectoral. Ni corto ni perezoso me acerqué al más joven de los familiares y le entregué mi misiva.

Esperando la contestación hice tiempo en una taberna vecina. A la hora ú hora y media, oí repique de campanas y una música precedida de un colegio de niños que iba á acompañar al Arzobispo á la estación. Eché otro trago para cobrar valor y fuí en derechura á la rectoral. Subí la escalera, y á la entrada vi entre otras personas de poco fuste á mi curita, el familiar.

—Buenas tardes —le dije sombrero en mano—: ¿hubo novedad?

—Y muy agradable —me contestó sonriendo—. Entre tantos memoriales que aquí llovieron, el único que mi señor se dignó abrir y proveer por sí mismo fué el de usted. A los demás recurrirá el cura con las limosnas que deja monseñor, pero al *pauper viator* quiso el *archiepiscopus hispalensis* distinguirle con este donativo que ahí le entrego.

Y me devolvió mi sobre, pero doblado y con más peso, como que al tacto conocí iban dentro dos monedas de cinco pesetas. No me pareció bien abrirlo allí; di las gracias al familiar y me retiré.

Ya en la puerta curioseé la entrega, y vi, efectivamente, dos relucientes duros envueltos en el mismo papel que escribí, manera muy delicada de contestar un memorial, y acompañando la dádiva este autógrafo del señor Arzobispo al pie de mis renglones: *Non mores, sed hominem, conmiseratus sum, † Marcellus.*

A fuer de hombre de ingenio y de buen latino, el señor Arzobispo me devolvía mi cita ciceroniana con otra de Laercio, que en buen romance viene á decir: "Haz bien y no mires á quién."

Haciendo votos por la salud del buen Arzobispo, dejé Mairena, pueblo del que bien puedo decir que, si no vi la feria, lo tengo apuntado en la feria de mis aventuras.

LIBRO QUINTO

MI SEMANA SANTA DE SEVILLA

I

AL PIE DE LA GIRALDA

Pasada *Itálica* famosa comienza á dibujarse en el fondo del paisaje el perfil de la Giralda, destacándose en la vacuidad del cielo como una torre de marfil.

Insensiblemente se va borrando la vaguedad de las líneas y la blanca torre se muestra rosada, con toda la esbeltez de su airosa fábrica que corona una Fama de bronce con el lábaro desplegado, á manera de *palladium* de la ciudad. La aparición de la Giralda, en una mañana de asombrosa luz plateada, es de inolvidable efecto para el peregrino que entra á pie en la ciudad.

Sevilla está ya muy cerca; pero la ocultan las arboledas del camino. Al fin se la descubre, como enorme mancha blanca, en la amplitud de la pradera.

Aquí, como en Córdoba, el sol, implacable, lo baña todo, y la vida se concentra en las casas con

patios, deliciosas moradas que uno ve con envidia desde la sartén de la calle. Sigue siendo árabe el plano de la ciudad; pero del compacto bloque de calles y callejas llega al extrarradio el flujo y reflujo de la vida de urbe rica y populosa.

No quise entrar en tan famosa ciudad de tan mala facha, y como quiera que á ella llegué por la *Puerta de Córdoba,* seguí el cinto murado hasta encontrar Las Delicias y el Guadalquivir. ¡Qué río! ¡Tan cambiado le vi, que no lo conocía! No era el Guadalquivir desierto, deslizándose bajo un fantasmón de puente, como en Córdoba; ni el olivífero Betis, guía de mi camino, de plateada banda y orillas esmaltadas de jaras y cañaverales; sino un río majestuoso, hinchado por la marea, lleno de buques anclados en la corriente ó amarrados á los muelles que señorea el poliedro almenado de la Torre del Oro. Siguiendo el andén de la izquierda orilla llegué al famoso puente de Triana, bajo cuya arcada aseé cuanto pude mi persona, y como, gracias á las pesetas arzobispales y á las ollas del olivar, venía rico y brioso, subí luego la rampa con varonil denuedo y me planté en Sevilla.

Casi en el arranque del puente, en el trozo de la orilla frontera á la Cartuja, vi unos tenderetes al aire libre, donde unos barberillos rapaban el pelo ó descañonaban las barbas á algunos prójimos pacientes. Me acerqué; pregunté cuánto cobraba por *servicio* y dijéronme que á diez céntimos cada uno.

—¿Quiere *osté* servirse, *cabayero?*—díjome uno de los fígaros que estaba ocioso.

¿Quién no se pela y escamonda por veinte céntimos, y más oyendo que le toman por *cabayero?*

Me senté en la silla de cara á la ciudad, y el barberillo trianero la tomó con mi cabeza. Me esquiló bonitamente y en seguida puso mis barbas en remojo.

Como yo, de natural, soy enteco de cara, y en aquella ocasión la tenía chupada por el ayuno y la intemperie, el barbero, que no veía sino huecos y hondonadas desde la frente á la jeta, se creyó en el caso de meterme una nuez en la boca antes de rasurarme. "Cada maestrito tiene su librito", me dije para mis adentros; ya que mi barberillo necesita de este requilorio para el éxito de su operación, pasaré por ello. Y me quedé espatarrado é inmóvil, con la cara enjabonada hasta las cejas y el buche inflado como un mono, esperando las caricias de la navaja.

La cual, lúcida y afilada, no tardó en ponerse en contacto con mi cutis. Si el corte del pelo fué una esquilada, la afeitada fué desolladura. No podía protestar, porque la nuez no me dejaba hablar; tampoco podía levantarme, porque con una mejilla afeitada y la otra no, me tomarían por un payaso.

Tragando quina y haciendo mil muecas y contorsiones, aguanté la operación, dándome por satisfecho con que el rapabarbas no me hubiese degollado ó cortado la yugular. Una rociada de

agua de la bacía, en la que escupí la nuez, y un pegote de polvos lo arreglaron todo, y con esto salí de las manos del trianero.

Le pregunté dónde se comía barato, y como me dijese que en las tabernas de Triana, atravesé el puente y en una cantina del mercado hice por la vida.

No me entretuve en el barrio porque toda mi obsesión era ver Sevilla. Ahora que estaba limpio, acicalado y ahito, bien podía hacerlo.

Volví á pasar el puente, viendo á la derecha los veleros y vapores, y á la izquerda las chimeneas de la fábrica de loza. Y al frente la Giralda. Por ella me guié y me colé en la ciudad.

El nombre de Sevilla, aun para los españoles que no son andaluces, va asociado al ritmo lánguido y cadencioso de guitarra y castañuelas, á la exhibición de tipos de hombres de cara limpia, sombrero ancho y capa terciada, ó de mujeres de saya corta y mantilla, con rosas ardientes en los negros cabellos y sonriendo maliciosamente al través del abanico. Algo de eso hay y se trasluce; pero no es el color único de Sevilla; lo que llama la atención es la suprema elegancia en cuanto allí se ve, el encanto de sus casas blancas ó pintadas con colores claros, las más deliciosas moradas que apetecerse pueden en un país del sol; el esplendor de sus monumentos, que en otro clima aparecerían vetustos y mohosos, como sombras heroicas, y aquí, al sol andaluz, aparecen más ricos de color y

más iluminados, como si no hubieran pasado siglos por ellos.

Esta aureola escultural, heroica y romancesca, que persiste triunfante y con energía plástica en medio de una cosmópolis moderna, es la impresión más honda que el peregrino lleva de Sevilla. Aquí no se sueña; se vive, se siente todo el *pathos* meridional. Sevilla es Córdoba, que evolucionó y ha seguido prosperando después de la partida de los moros. Los demás accidentes regionales son terrícolas; participan del sol de la tierra y del temperamento andaluz y son tan de Sevilla como de las otras capitales andaluzas.

En dos días me di maña para ver lo más saliente.

Pagué mi pesetilla, como un señor, por ver el Alcázar, y me senté en las gradas de la Lonja, esperando lo que ya pasó para no volver: los pregones de mercaderías, plata labrada y esclavos de las Indias, que en aquel lugar se vendían á grito herido en pública almoneda.

Pasé á la Catedral y di la razón á los señores prebendados que, al firmar el auto ó escritura para la erección de la fábrica, dijeron: *Fagamos una iglesia para que los de por venir nos tengan por locos.*

Luego trepé á la Giralda y no paré hasta donde estaban las campanas, que por cierto andaban locas tocando á vísperas de alguna fiesta. Allí vi al Cuasimodo dando volteretas colgado á la cuerda, volando una de aquéllas. Cuando acabó, nos

asomamos juntos á ver el admirable panorama que desde allí se descubre. A instancia mía el campanero me fué explicando la topografía de Sevilla, y cuando acabó díjome señalando al pie de la torre:

—Buen salto, ¿eh?

Lo dijo en tal tono, que yo me turbé pensando si aquel hombre quería precipitarme abajo en un arrebato de locura. Acordéme de aquello que cuenta Cervantes, de cómo el Emperador Carlos I estuvo en la *Rotonda,* en un tris de dar la voltereta á manos de un cortesano loco que le acompañaba.

—¡Sí, un salto mortal!—contesté al campanero, con risa de conejo.

—¡Noventa y cinco metros hay hasta abajo! —repuso con mucha flema—. Pues vea, amigo, lo que son las cosas: yo conozco uno que dió ese salto y no se mató.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Toda Sevilla lo sabe. Fué un chicuelo que, al voltear una de estas campanas, le faltaron los pies y salió al espacio despedido como una pelota. A este momento pasaba una procesión con música á la vera de la torre, y como el chico conservó el aliento, tuvo la suerte de caer sobre el bombo, sin más consecuencias que el batacazo y el susto de los portantes, que creyeron les había caído un bólido encima.

—Y como te lo contaron me lo cuentas—añadí yo á guisa de comentario.

—No, señor; porque aquel chico soy yo, que

aún vivo para contarlo; y la verdad es que en tal día hará un año se reza una Misa en la Catedral en acción de gracias.

Felicité á mi narrador y le deseé muchos años más de vida para que pudiera contar el milagro.

***

Estos tesoros arquitectónicos están tan juntos como dientes de una piña; pero se necesita mucho tiempo para verlos. De ahí que fueran mis visitas repetidas y tan minuciosas, que aunque he vuelto á Sevilla posteriormente con billete kilométrico y billetes de Banco en la cartera, ninguna estadía me fué más provechosa que aquélla.

Al pobre peregrino le pasa lo que al estudiante pobre, el cual estudia y aprende más que el rico. La lentitud de la marcha, la soledad del camino compenetran al peregrinante con el medio ambiente. Se detiene á fruir en paisajes clásicos; sorprende, al pie de los monumentos de piedra, el secreto maravilloso de la euritmia; se empapa de emanaciones apolíneas y dionisíacas. Cualquier otro modo de arribar un peregrino á una ciudad santa—y Sevilla lo es por sus monumentos, como Toledo, Burgos, Córdoba y Granada—es hacerlo sin consagración, pietista y poética. "Querer ir á Grecia—escribe Hauptmann, y yo lo aplico á mi cuento—, querer ir á ella en ferrocarril ó en vapor parece casi tan absurdo como pretender escalar el cielo de la propia fantasía con una escalera."

Atravesando la ciudad, admiré también sus espaciosas plazas y señoriales calles y entre todas la *calle de Sierpes,* la arteria aorta de Sevilla, y, sin embargo, la más silenciosa; no pasan coches por ella; la ola de peatones circula por las losas del pavimento sin hacer más ruido que el de una reunión mundana en un salón ú otro recinto cerrado; la gente se pasea ó se planta á conversar entre lujosas tiendas, espléndidos cafés y alegres centros de reunión, abiertos de par en par. De noche, á la luz mate de los focos eléctricos, parece aquello un salón al aire libre.

II

EL CICERONE DEL PEREGRINO

A todo esto, comía en las cocinas económicas, sesteaba en los parterres de Las Delicias y pernoctaba en los tinglados del muelle para ahorrarme el gasto de la cama. En estos parajes veía en las horas de bochorno mucha gente de mi calaña, astrosa y miserable; pero ningún *mangante,* como á lo andaluz se llaman los pordioseros.

Consecuente á mi táctica de hidalgo aislamiento, evitaba la compañía de los que en realidad eran mis cofrades, si bien una inclinación invencible me aproximaba á ellos. Me sentía menos miserable á su vera. Considerando la miseria ajena, toleraba con más resignación la mía.

Una de las veces vi sentado en un poyo, aparte como yo, de la reunión, un hombre joven, pobremente trajeado; un tipo entre cesante y pobre vergonzoso; pero con cierto sello de distinción. Así como quien no quiere, me senté á su lado y trabé conversación con él. De buenas á primeras comprendí que era sevillano hijo de la localidad. Empezamos por medias palabras, y, al fin, nos espontaneamos, y yo el primero, hablándole de mis impresiones de Sevilla y de mi viaje pedestre.

—Es usted más feliz que yo—me contestó—. Porque usted siquiera tiene salud y buenas piernas para campársela̲s, mientras que yo soy un inválido que ha de vivir amarrado al potro de una vida perra y miserable.

Y me enseñó una muleta, en la que no reparé antes por tenerla tendida en el poyo.

—Sí, soy un hombre baldado, un maestro sin título, un apóstol errante de la enseñanza primaria.

—¿Maestro de escuela?—repuse—; no extraño verle en este areópago.

—Lo he sido, pero ya no lo soy. Ya le he dicho que no tengo título. Por no tenerlo me quitaron una escuela que abrí en Brenes y con la que me defendía. Con ella hacía posible mi subsistencia y la de mi pobre madre, una viejecita claudicante y doliente que aún vive.

—¡Mala carrera escogió usted!...

—¿Qué remedio me quedaba? Como el mártir de que habla Froebel, no sé hacer otra cosa; sólo sé enseñar. Habrá oído usted hablar de nuestros barrios populares: la Macarena, Triana, San Bernardo... Pues bien: me los repartía por trimestre y ponía una escuela al aire libre en el sitio que me dejaban. Hablo en pasado, porque tampoco es ahora. La gente pobre que allí vive dábanme porque doctrinara sus hijos las exiguas cantidades que corresponden al haber del mísero obrero, privado muchos días de jornal. Quien diez céntimos diarios, quien dos reales al mes. Poco era,

porque pocos eran los alumnos; pero, en fin, con cinco ó seis duros que por ahí juntaba y otros tantos que añadía con el oficio de memorialista, iba tirando y sostenía á mi vieja.

—¿Y dice usted que tampoco es esto?

—Tampoco—repitió—. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Los maestros titulares alzaron el grito contra mí: que les quitaba los niños, que no pagaba patente, que no estaba capacitado para enseñar, ¡qué sé yo! La protesta se corrió por los cuatro barrios, y en todas partes la autoridad me prohibió enseñar el silabario y hacer palotes, que es á cuanto se reducía mi enseñanza callejera. ¡Ya ve usted! Permiten enseñar juegos de manos en la plaza pública y se prohibe la enseñanza al aire libre. Pues si vamos á ejercicio de industria, ¿no dejan á los sacamuelas despacharse á su gusto al aire libre?

—Y también los barberos—añadí, evocando el fígaro del puente de Triana.

—También es verdad. Se conoce que los ha probado usted. Esto tendré que hacer yo, pelar barbas al aire libre, si no quiero morirme de hambre.

—¿Y la gallarda letra que usted tiene?—repuse.

—No me sirve más que para arañar miserias ajenas, conocer nuevas lástimas y perjudicarme más.

—Hombre: ¿tan sensibles somos que no le alegra el mal de los demás?

—Me perjudica—replicó esquivando la respuesta á esta pregunta y saliéndose por la tan-

gente—; me perjudica porque, como á veces en un día hago diez solicitudes de socorro en el vecindario, cuando llega el turno á mi memorial conocen la letra los señores de la Beneficencia, lo toman á camaradería de pobretes y se escaman. Sucede que por ganarme diez ó quince céntimos que me dan por escribir una solicitud limosnera, pierdo un socorro de mucha más cuantía cuando me llega la vez.

—Se conoce que los pobres están ustedes muy bien servidos en Sevilla; ni un solo pordiosero he visto por las calles, esto que la ciudad tiene fama de ser corte y centro de la andante vagamundería.

—Y sigue siéndolo, aunque no lo parezca. ¿Ve usted este rodeo de vagos que nos acompaña? Pues es uno de tantos destacamentos que la Corte de los Milagros envía á recoger colillas y... lo que caiga. Sólo que se guardan muy bien de entrar en la ciudad, porque darían con ellos en San Cayetano.

—Y esto ¿qué es?—pregunté alarmado por la cuenta que me traía.

—Un vivero de piojos que los pobres temen más que el hambre y el frío; el espantajo con que la ciudad se libra de los pobres callejeros.

—Hombre, ¿tan crueles son los sevillanos?

—Mis paisanos pasarían por todo, porque á generosos no les gana nadie; pero han tenido que sentirse feroces, porque los extranjeros se quejaban de las macas y lacras de la miseria pública

y escaseaban sus visitas á la ciudad. Algo parecido aconteció en Málaga. Allí se disfruta un clima tan suave, tan templado, tan benigno, que los facultativos de la difunta Victoria de Inglaterra no hallaron otro igual en Europa para su Soberana; y á Málaga hubiera venido la Reina de aquel país á pasar los inviernos si la Comisión que estuvo en dicha ciudad no hubiese estimado que las condiciones de la misma, en punto á salubridad y limpieza, dejaban bastante que desear. De esto se convencieron los malagueños, y la ciudad gana de año en año, hasta ofrecer ya un aspecto de pulcritud bastante aceptable.

—Pues yo he oído decir que en Sevilla la Beneficencia está organizada admirablemente.

—Si lo estuviera otro gallo nos cantara á usted y á mí. Usted, pongo por caso, es un obrero en viaje. No quiere una limosna, sino que le den una ocupación. Pero en vano la pretenderá, porque los pícaros estragos del camino y de la miseria inspiran poca confianza y dan patente de sospechoso. Y como esto se repite en todas las localidades del tránsito, condenan al infeliz trashumante á una forzosa vagancia, á un continuo destierro, á ser el eterno réprobo sin esperanza de redención. Muchos de éstos habrá visto en el camino. En otras partes el obrero recibe alojamiento y manutención *en casas de trabajo,* hospicio, asilo y hospital á un tiempo, y al marchar se le entrega su hoja de ruta, que le sirve para ser asistido en todo su viaje. En otras partes también

el pobre honrado como yo que carece de recursos, el vergonzante que trata de ocultar su miseria, no tiene necesidad de exponerla públicamente para ser socorrido, porque hay una solícita tutela que le ayuda á vivir.

—Sí, vamos, socialismo puro...

—No, señor; no apunto tan alto: concepto más puro y humano de la vida; la caridad bien entendida y mejor ejercitada, y no lo que pasa entre nosotros, que el holgazán, el vago, el astuto simulador, arrebatan el haber del pobre. Tales son este atajo de hampones que nos rodea. A bien que en cuanto empiecen á venir los coches y el señorío, vendrán los municipales y los aventarán.

—Pues me pone usted en cuidado —repuse—, porque yo no les pareceré ningún milord.

—Ni yo tampoco; pero no pase cuidado, que aún es temprano para que se metan con nosotros. Es la hora de la siesta de los sevillanos y las cigarras podemos cantar al sol.

—Y ¿por qué se han de meter con usted... Una persona decente?...

—¿Decente? Cómo engañan las apariencias. Soy un pobre vergonzante, un vago sevillano. No se lo conté todo, precisamente en estos días me desahució el infame del casero y me plantó en la calle.

—Y ¿su madre de usted?

—La pobre está en el hospital. Eso me consuela en parte, que siquiera esté recogida y no sepa lo que paso yo. Sólo que hoy es día de visi-

ta y como hace tiempo que no cae ningún memorial no tengo tan siquiera para llevarle un limón con que le hagan refresco. ¡Ya ve usted, no he comido en todo el día y no me atormenta el hambre; lo que me atormenta es la sed de mi madre! No poderla convidar á un refresco...

Me conmovió la piedad filial de aquel hombre que olvidaba sus penas, acordándose de su madre. Pero ¿qué podía hacer, pobre de mí, en su ayuda?

Entonces me pareció que las pesetillas ungidas por manos arzobispales en Mairena, más sesudas que las otras del Académico de Madrid, me gritaban desde el bolsillo: *¡Memento! Homines ad Deos*... y lo demás.

—Decís bien, macuquinas—contesté para mi coleto—. Hay que ayudar á este hermano.

Y con igual franqueza que él me contó su infortunio yo le dije que fuera servido de aceptar una merienda tabernaria.

Esto me suponía una ó dos pesetas menos de caudal y también otros tantos días menos de descanso en Sevilla, mas no importaba.

El inválido pareció dudar un momento, pero acabó por coger la muleta y ponerse en pie. Y pasito á paso fuimos á parar á una bodega de las muchas que hay en la ronda, entre la Plaza de Toros y la Puerta de Triana.

—¿Qué va á ser, señores?—nos preguntó el tabernero.

—Por lo pronto dos cañitas—dijo el inválido adelantándose á mi respuesta.

E *in continenti* sirviéronnos el clarete con sendas aceitunas, como es de adehala en Andalucía.

—Mire usted —díjome entonces el inválido—, he pedido esta bicoca porque quiero evitarle mayor gasto. Es usted un pobre como yo y estaría mal explotarlo.

—No hay tal cosa —respondí—. Tengo mucho gusto en convidarle; fuera de que tampoco he comido yo y comeremos juntos.

—A eso iba, amigo mío —replicó él—. Cualquier bocado que pida, así sea un plato de callos, le costará una peseta, aparte del pan y del vino. ¿Tiene usted mucha hambre?

—¿Pues no la he de tener? Y usted también. ¿Qué es eso de mirar una peseta ni dos tratándose de llenar el bandullo?

—Es que esas dos pesetas pueden ahorrarse y podemos comer de balde en otra parte.

—¡Ah! Si usted sabe dónde sirven de balde, vamos andando.

—Hay que esperar. Por esto le pregunté si le apuraba mucho el hambre. Sí, hay que esperar á que se ponga el sol; á este momento se abrirán para usted un hotel, para mí un comedor.

—¿De balde, eh? Pero que no sea el hotel de San Cayetano. Y ¿dónde están estos sitios encantados? —repuse medio en chanza, medio en serio, en la duda de si aquel hombre fantaseaba ó me tendía algún lazo.

—Muy cerca de donde estamos —replicó él—.

Lo que me extraña es que no los conozca usted. ¿Cuántos días lleva en Sevilla?

—Hoy es el tercero.

—¿Dónde se recoge, quiero decir, dónde duerme usted?

—Pues ahí verá, amigo; con este tiempo tan hermoso, en cualquier parte, á manta de Dios.

—Pero ¿es que usted no sabe que por fuero de transeúnte la ciudad le otorga durante tres días cama, cena y comida al mediodía?

—¡Ola! ¿Esas tenemos? Debiera pregonarse en toda España para conocimiento de los hermanitos pobres.

—No hace falta, porque lo saben muy bien —replicó el inválido siguiéndome la corriente—. Por esto, porque acuden á pelotones, se establece el turno de los tres días. Si así no fuera no cabrían en el hotel.

—Y ¿sigue usted llamándole así?—repuse verdaderamente intrigado.

—Así le llamamos los sevillanos: "el hotel de los pobres"; pero su verdadero nombre es el *Refugio de la Caridad*.

Hice una mueca de repugnancia. Con este nombre habíanme brindado con otros *hoteles* gratuítos en otras poblaciones del tránsito y los rechacé. Prefería dormir al raso á dormir entre mendigos. Así hube de manifestárselo á mi interlocutor.

—Pues hará usted mal en hacer ascos á este asilo, por otro nombre la *Casa de Mañara*. ¿Ha oído usted hablar de este personaje? Parece ser el

"Burlador de Sevilla", el Don Juan Tenorio de la leyenda. La verdad es que D. Miguel de Mañara fué un caballero sevillano, un calavera que se arrepintió y fundó esta casa de la que fué Hermano mayor, y que en su capilla se hizo enterrar con este epitafio: *Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo.*

Ante esta explicación se desvanecieron mis escrúpulos. La caridad de Mañara purificaba el asilo que había de cobijarme. El peregrino aceptaría la cama y la sopa con que el contrito caballero me brindaba y aún deshojaría la flor del agradecimiento sobre su losa sepulcral.

—Bueno —le dije al fin—; ya veo que me deja usted arreglado con hotel para tres días; ahora dígame de su comedor.

—Mi comedor está junto por junto con su hotel: es la *Maestranza* á la hora del rancho —repuso el inválido con la misma imperturbabilidad—. Con que ya lo sabe usted, á la caída de la tarde se deja caer por estos alrededores y será ello; á menos que prefiera venirse conmigo, porque me voy á ver á mi vieja que está en el mismo Hospital de la Caridad.

—Y yo con usted —le dije.

Pagué y echamos á andar. Bajamos otra vez la Ronda, y casi enfrente á la *Torre del Oro* torcimos á la izquierda, hacia una plazoleta donde se levanta la *Caridad*. Como aún faltaban algunos minutos para la visita de los enfermos, nos sentamos en un banco de los jardinillos. Al frente se

destacaba el barrio de Triana sobre la barranca del río, y subían hasta nosotros los silbidos de los vapores en el sereno Guadalquivir, haciendo el tráfico de la rica exportación sevillana. Un muchacho naranjero cruzó por la plaza pregonando las mandarinas. Por cinco céntimos compré dos y di una al inválido, que se la guardó en el bolsillo.

Adiviné que lo hacía para llevársela á su madre, y con esto me acordé de la deuda en que estaba con aquel hombre.

—Paréceme, amigo mío—le dije—, que somos un tantico egoístas y desmemoriados.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque nosotros nos regalamos tomando cañitas y chupando naranjas y no nos acordamos de proveer á la enferma.

El me agradeció con una sonrisa tan delicado recuerdo.

—¿Qué pudiéramos llevarle que más le cumpliera?—pregunté.

Y aquel pobre hombre que tratándose de él se mostró cicatero y ahorrativo del dinero ajeno, ahora, al tratarse de su madre, en poco estuvo que no me pidiera empanadas de pollos y perdices; pero quedé en buen lugar dándole dos pesetas con que proveyera á su talante.

A este punto, la esquila de la Caridad tocó á visita, y los dos compañeros se separaron quedando en reunirse allí mismo á la caída de la tarde.

Hurgué en mi bolsillo y conté escasamente dos pesetas más en calderilla. Pero no me acongojé; doblé la frente, como si en aquel instante me bendijese la pobre vieja desde su cama, y con despreocupación, casi con ufanía, fuí á sentarme al pretil del río hasta tanto se abriera la puerta del *hotel*.

III

LA CASA DE MAÑARA

A la hora en que el vecindario de otras poblaciones se acuesta, el señorío sevillano se despereza para gozar de las delicias estivales.

El sol y el polvo no castigan ya, y lujosos trenes afluyen á la ría, al parque y á las alamedas. La cinta del Guadalquivir se tiñe con los arreboles del poniente y el aire se satura con las emanaciones de los pensiles de San Telmo y las Delicias. A pocos pasos, la Torre del Oro muestra limpios y bruñidos los azulejos que le sirven de montera, y escalando el cielo, la Giralda, eternamente nueva y eternamente hermosa, señorea el ámbito con su grácil cuerpo recortado en grecas y líneas de tradición clásica.

Allá, en la ciudad, van á empezar los visiteos en los patios; las citas al pie de las rejas, el oteo de los ojos negros desde las ventanas y las zambras de las guitarras callejeras; pero el peregrino no verá nada de eso por esa noche, porque le está esperando la casa de Mañara.

No sin cierta melancolía dejé la zona alegre del paseo del río y guié los pasos hacia la plazoleta donde estaría esperándome el inválido. Tra-

bajo me costó encontrar á éste, porque el sitio estaba convertido en un campamento de miserables; pero al fin le vi venir apoyado en su muleta.

—Creía que no venía usted —me dijo—. Llega en el preciso momento que van á dar la entrada.

—Pero, ¿y esta gente? —contesté desanimado al ver tanta pobretería.

—Vinieron como yo al rancho de los artilleros de la Maestranza, y están jugándose á la carteta el pan y las colillas de cigarro. El Refugio no reza con ellos ni ellos lo desean, porque necesitan la noche para pelechar. Otros son vergonzantes de la ciudad que acuden por si sobran camas y les dejan entrar; pero pierden el tiempo, porque los preferidos son los forasteros. Si así no fuese, yo también probaría. ¡Ea; vamos ya!

Dijo, y me llevó á un callejón junto á la iglesia, por donde se iba á la hospedería. En la puerta estaba el portero y un guardia municipal. Los asilados iban avanzando en hilera, y unos entraban y otros no. A éstos les faltaba la cédula ó el pasaporte de camino; otros habían cumplido los tres días reglamentarios; otros, en fin, eran conocidos por vagos profesionales de la localidad. Al fin me tocó á mí. Tan quemado venía del sol, que el portero comprendió en seguida que era un pobre caminante, y sin más requisitorias me franqueó la entrada.

A mi lado estaba el tullido, dispuesto á despedirme é irse. El municipal lo vió y dijo en voz alta al empleado:

—¡El maestrito de Triana! Déjele pasar. Le conozco; es un buen hombre.

—No puede ser—respondió el otro—; por esta noche está completo el número y no hay más camas.

Estuve para ceder mi plaza al tullido; pero no me dió tiempo á decírselo.

—Adiós—me dijo—; mañana nos veremos. Que pase buenas noches.

—Y usted ¿cómo se las va á arreglar?

—Sevilla es muy grande y no me faltará un hueco para dormir.

Y no hablamos más, porque se cerró la puerta. No me pesó haber entrado en la casa. Un local sencillo, amplio y aseado, con un dormitorio común, sin más arrequives que un reloj de pared y una capillita al fondo con una Virgen.

Dos señores, dos hermanos de la Cofradía, salieron á recibir á los pobres, á quienes estaban esperando sendas camas limpias, mullidas y recién hechas. Preliminar de la cena fué un lavatorio de pies, tradición apostólica que aquí resultaba higiénica, dada la calidad de los huéspedes.

Los dos hermanos, en competencia, nos enjugaban los pies con una toalla y luego nos los besaban. Yo les dejé hacer. Cerré los ojos, y con la mano en el pecho recibí el ósculo penitencial del hermano de Mañara.

Tras esto se encendieron las dos velas de la capillita y todos rezamos un Padrenuestro y una

Salve por las ánimas benditas de los hermanos fallecidos.

Luego fué la cena, una sopa con un par de huevos, lo bastante para calentar el estómago y acostarse.

Lo cual hicimos, no sin ceñirnos antes á la cabeza un birrete ó galocha para no manchar las almohadas. En tal guisa, encamado cada quisque, aquello parecía una sala de hospital.

Como quiera que fuese, por primera vez en mi viaje dormí reverenciado, bien cenado y bien aposentado, tomando la horizontal á mi sabor en mullida cama, después de dormir tantos días en el santo suelo.

Aquella noche soñé con mi cama de Madrid, y tengo el vago recuerdo de haber hablado con la señora Gregoria la papelèra y con Juan el mozo de cuerda, que seguían tan buenos amigos míos é interesándose por mi suerte. Soñé también con mi compañero de la tarde, con el pobre inválido, y más de una vez me despertó la negra idea de oir á deshoras de la noche el golpe de su muleta por las calles de Sevilla en busca de un rincón donde cobijarse...

Mucho antes que saliera el sol estábamos todos los recogidos despiertos y despavilados, esperando el toque de diana de la esquila. Parecíamos golondrinas hospedadas en un granero, que en la madrugada aletean impacientes ansiando salir afuera.

Tocó, al fin, la campana y los asilados hicieron

sus abluciones. Aquellos que habían de volver, dejaron su petate á la cabecera de la cama, y los que no, cargaron con sus líos. A todos se les despachó en ayunas; pero al mediodía los primeros volvieron á entrar y fueron obsequiados con un plato substancioso y un dedal de vino rancio muy exquisito. Hacía de Hebe una hermana de la Caridad, empuñando la clásica *venencia,* á copa por barba.

IV

LUZ EN LAS SOMBRAS

Este día y el siguiente, por más que estuve esperando, no vi al inválido; pero al tercero, en que se cumplía mi estancia en el asilo, me encontré al cojitranco donde la vez primera, en uno de los jardinillos frente á San Telmo.

—¿Qué tal le trató á usted Mañara?—me preguntó jovial.

—A cuerpo de rey—repuse en el mismo tono.

—Ya sabe usted que hoy es el último día.

—De veras que lo siento, más que todo por la cama, pues por lo demás...

—Sí; lo que mata al pobre es no tener donde pasar la noche.

—Y usted ¿cómo ha dormido? ¿Se agenció albergue?

—¿Albergue?—replicó con triste sonrisa—; un escondrijo en las afueras, que á dicha pude encontrar. Una pobre viuda cuyo hijo desasné ha tiempo en una de mis escuelas al aire libre, y que ahora me da cama y cena á condición de que siga enseñando al muchacho. Ahí tiene explicado por qué no me vió en esos dos días; porque los empleé en montar mi escuela. Hoy fué día de asueto y

vine á verle á usted. Con que ya lo sabe: caso que continúe en Sevilla, me permito ofrecerle mi nuevo domicilio.

Tenía resuelto en aquella tarde tomar el camino de Granada; pero no me acababa de resolver, porque el tiempo andaba revuelto, con ganas de llover, la peor cosa que más temía en mis andanzas, y si bien entendí que el albergue de mi cojitranco no sería un palacio encantado, allá me fuí con él á ganar la noche.

Empezó á llover menudo, y avivamos el paso.

Salimos á la Fábrica de Tabacos, al Matadero, y pasado el arroyo del Tagarete nos encontramos con la línea de circunvalación que une las vías de Córdoba y de Cádiz y da la vuelta á Sevilla.

En estos parajes, no lejos de la fundición de artillería, hay un sitio denominado *El Humero.* Le da ese nombre la chimenea de una fábrica por donde salen los humos. Es aquel uno de los sitios más desolados de Sevilla y contribuyen á aumentar su tristeza la vecindad del presidio y los paredones por donde van los caños de Carmona.

El Humero son las ruinas de otra fábrica de paredes agrietadas y vacilantes, convertidas en guarida de gente pobre. No se veía un ser viviente porque estaba lloviendo. Un aire húmedo traía la densa humareda de la fábrica y la extendía como un sudario de niebla sobre *El Humero.* Cruzamos el solar, con barro hasta los tobillos, y al llegar á un cuartel de tugurios con puertas de estera y techos de hojas de lata afianzadas con

piedras y ladrillos, paró mi guía ante una de las viviendas.

—Adelante, don Gaspar—dijo una mujer—. Buenas noches con la compañía.

Entramos y vi lo que suponía. Un cuartucho obscuro con una trébedes en medio y unos camastros en los rincones, y junto á la lumbre una mujer cocinando. Dos sillas viejas, un cajón para sentarse y una mesa sucia formaban todo el mobiliario.

—Le presento á mi patrona—dijo, sonriente, el inválido—; la madre del mejor alumno que he tenido. ¡Vaya un primor de chico! ¡Con qué facilidad aprende cuanto se le enseña! Vaya, que con el tiempo hemos de hacer de él un señor ingeniero ó cosa así... ¿Por dónde anda, señora Angustias?

La señora Angustias, muy satisfecha con las alabanzas del pedagogo á su hijo, respondió:

—Paco salió esta mañana, pero no ha de tardar en venir. Como hoy fué día de reparto de pan en el cortijo de Miura, lo envié allí temprano para que no le tomaran la delantera.

Esto merece una explicación. A dos ó tres leguas de la fundición, en el camino de Utrera, hay un cortijo del ganadero de aquel nombre. Entre las mandas piadosas que éste dejara al morir figura el reparto de un número de hogazas, un día sí otro no, á cuantos llegasen á pedirlas á la casa de labor. Las hogazas son tan grandes, que una familia tiene para más de un día; pero como se las disputan tantos pedigüeños, sucede que el que

llega tarde se vuelve con las manos vacías. Este era el temor de la señora Angustias; pero se tranquilizó cuando, á poco de nosotros, llegó el chico con la enorme hogaza en el sobaco.

—Buenas noches, madre—dijo, entregándola el pan—. Señor maestro—añadió, iniciando un saludo con la punta de los dedos en el ala del sombrero—, hoy hice novillos, pero fué porque me entretuve en la dehesa de Miura.

—Que Dios tenga en su santa gloria á don Antonio por el bien que hace á los pobres—dijo la señora Angustias, besando el pan, una hermosa hogaza de más de tres libras.

Don Antonio es el nombre de Miura, el fundador de la ganadería. Con esto, la pobre mujer empezó á cortar rebanadas de pan y á hacer una rica sopa de ajo.

En medio de tanta pobreza allí se respiraba cierta unción patriarcal. La pobre viuda, su hijo y el inválido traían á mis mientes el bíblico recuerdo de la Sunamita hospedando al profeta Elías. Cierto que mi compañero no le tendría que resucitar el hijo; pero lo sacaba del limbo de la ignorancia, y sí lo resucitaba espiritualmente.

Mientras se freían los ajos, don Gaspar—pues ya sabemos su nombre—me mostró los enseres de su escuela: la mesa donde escribía el muchacho y su encerado muy negro, adherido á una tabla, hecho con el hule alquitranado de esos que sirven para resguardar las mercaderías marítimas y que encontrarían tirado en los muelles. Con

una esponja humedecida, Paco se entretenía en sacarle lustre, y en seguida trazaba círculos y polígonos, porque ya estaba iniciándose en trigonometría. Su madre le dejaba hacer, y oía complacida las correcciones y advertencias del profesor al discípulo. Yo estaba sentado junto á la hornilla, secándome la ropa.

El simulacro de lección hubo de interrumpirse por falta de luz. Entonces la viuda encendió dos luminarias: un candil de garabato colgante del techo y una mariposa nadando en un vaso de aceite, la cual puso sobre la mesa, arrimada á la pared, en que lucían emparejadas una estampa del Cristo del Gran Poder y otra de la Virgen del Valle, tal como se les representa en los *Pasos*.

—Mala noche se presenta—dijo la viuda, despavilando la mecha del candil—; el pávilo hace moco y esto anuncia más agua.

—Señora Angustias—repuso el inválido—, quisiera pedirle un favor.

—Usted dirá, don Gaspar.

—Pues que dejara dormir conmigo á este señor; un forastero amigo mío; ya ve usted, con esta noche...

—Allá usted, que yo soy muy gustosa. Por mi parte le convido á cenar.

—Muchas gracias, señora—exclamé conmovido por aquel retruco de obsequios.

Doña Angustias apartó la cazuela de la trébedes, revolvió las brasas en las cenizas y, cuando se apagó la lumbre, cruzó dos tablas en forma de

aspa, por detrás de la estera que servía de cortina y puerta juntamente.

Sobre la mesa de la mariposilla de aceite humeaba la oronda cazuela, incensando con su apetitoso vaho los cromos de las venerandas imágenes.

Y á ella se sentaron silenciosos, con humildad de corazón, la viuda y el peregrino, el pedagogo y su discípulo; en tanto que afuera ladraban los perros á las sombras de la noche, y sobre el techo de cinc de la pobre vivienda sonaban con metálico son las gotas de agua que llovían del cielo.

Con esta música cogimos el sueño, acurrucado cada uno en su rincón.

V

UN CIRCULO DANTESCO

Al amanecer nos despertó un insólito ruido. Daban golpes á los tablones en equis que cruzaban la puerta y se oían voces de mando.

Nos incorporamos sobresaltados, y por habernos acostado medio vestidos, en un repente nos pusimos en pie. Cayeron las tablas y aparecieron dos guardias de Orden público.

—¿Quién vive aquí? —preguntó uno de ellos, malhumorado, y sin esperar respuesta, añadió:

—¡Afuera todos; á declarar!

Era la tercera vez que me las había con la autoridad y no saqué nada de bueno.

La señora Angustias se limitó á decir:

—¡Jesús me valga! ¿Qué habrá ocurrido?

Y santiguándose ante el Gran Poder, se echó afuera con nosotros obediente al mandato gubernativo.

Lo que ocurriera lo vimos en seguida. El *vecindario*, un montón de pobres, hombres, mujeres y niños estaba agrupado en derredor de un cadáver esperando la llegada del juez de guardia.

Y averigüé lo siguiente: allí en aquellos tabucos, en aquel barrio de las Injurias habitan veinte ó

treinta personas, casi todos mendigos de profesión: viejos los más, tullidos algunos; harapozos, hambrientos, desamparados todos del cielo y de la tierra. Hombres y mujeres viven revueltos; mezclan sus gemidos, sus horrores, sus ansias. Pasan el día rondando por las calles; impetrando piedad á las puertas de los cuarteles, aguardando el sórdido maná de la migaja sobrante que ha de engañar su hambre.

No es aquello la "Corte de los milagros"; los hampones desprecian aquel escondrijo de ruinas plebeyas, demasiado aireadas, demasiado ruinosas, visitadas en demasía por la Guardia de Seguridad montada que vigila los contornos.

Esta mañana, cuando empezaba á clarear, unos vecinos del *Humero* llamaron á la primera pareja que vieron. Tenían un muerto, cosa inaudita, porque no son ellos gente que busca asilo cuando se siente morir. Van quedándose desparramados por el arroyo, en el depósito del hospital, bajo las ruedas de un tren, si las últimas congojas les apuran demasiado; y, á lo sumo, caen en campo raso, bajo pleno cielo, donde la tierra es más dilatada...

Los guardias desmontaron, se internaron en el cuartel y vieron lo que todos veíamos ahora. Un hombre muerto, un viejo que estaba tendido boca abajo, sobre el lodo del solar, con los ojos muy abiertos. Apenas le cubrían las carnes unos trapos; tenía las manos crispadas y las piernas

contraídas, con los talones de sus desnudos pies hincados en el barro profundamente. Se conoce que al sentirse morir salió arrastrándose de su agujero, quiso erguirse y allí quedó.

A todo esto llegó el juez, avisado por los guardias. Los vecinos que contemplábamos el cadáver en silencio, abrimos paso respetuosamente.

A la primera indicación prestáronse varios á declarar lo que sabían, aunque sabían muy poco, porque estos muertos dejan historia muy escasa.

No sé por qué el juez hubo de fijarse en el maestro y en mí, y me preguntó el primero:

—¿Cómo se llama usted?

Se lo dije.

—¿Edad?

—Treinta y cinco años.

El juez se detuvo un momento para pedirme la profesión. A la vista estaba, un vago, un miserable, pero quiso cumplir todos los trámites rigorosamente.

—¿Su profesión?

—Abogado —contesté imperturbable.

El digno representante de la ley creyó haber oído mal, pero dejó que apuntara el actuario.

—Y usted —volvió á preguntar á mi compañero—, ¿cómo se llama?

—Gaspar Mira Bravo, de treinta y tres años.

—¿Su profesión?

—Maestro de instrucción primaria.

También creyó el juez haber oído mal, pero

en los ojos de los circunstantes leyó una ratificación enérgica. "Sí, ya ve usted —parecían decirle con aire de reproche—es maestro de instrucción primaria... y está aquí."

Compareció otro testigo, Antonio Borrajo López, de sesenta y cinco años y... presbítero.

—Sí, señor juez —repetía el pobre hombre, casi llorando—; presbítero, presbítero. Me retiraron las licencias, fuí perseguido, pero Dios sabe que he sido su sacerdote.

Y entonces se destacó del grupo una mujer vieja, semi desnuda, con la negra cara medio oculta por feroces greñas, que espontáneamente dijo:

—Y yo, Paula Benito Meco, de cincuenta y tres años, modista y profesora de labores.

El juez no quiso preguntar á los demás.

El cura y la modista, antiguos habitantes del barrio, que conocían al muerto, se mostraron acordes en la declaración.

—El mendigo muerto—dijeron—se llamaba Robustiano, y nada más que Robustiano, que ya es bastante para un mendigo. Tenía cincuenta y tantos años y vivía como los demás, del rancho y la limosna á hurtadillas.

Hace cinco días se sintió enfermo. No podía andar ni podía pedir. Como el huésped de las ruinas aquellas que no sale á la calle no come, porque no tiene la suerte del pájaro que halla para sí y para su nido, temió morir de hambre, y arrastrándose, marchó al hospital. Allí le admi-

tieron; pero como en realidad no estaba enfermo, porque no tenía más que hambre, le dieron el alta á los tres días.

Del hospital se dirigió al Refugio. Se había hecho á las camas calientes. En el Refugio le tuvieron una noche.

Ayer por la mañana llegó *á su domicilio.* No podía tenerse en pie y se tumbó en su lecho. Su lecho, es decir, el pedazo de tierra que le correspondía, había sido maltratado por la lluvia de la noche. Era una masa blanca de barro sucio.

Los otros mendigos compañeros de hospedaje observaron que se movía con inquietud, que se quejaba luego de hondos dolores que le partían las entrañas. Vieron después que se revolcaba bramando, que hundía la cara en el lodo y excarvaba, como si quisiera sepultarse y, por último, que daba media vuelta, que se quedaba quieto mirando á las nubes; que entre aquel cieno que le cubría la frente, las mejillas y las barbas sólo se veía del rostro las blancas córneas, vidriosas y fijas.

Pasaron angustias, y aun vertieron lágrimas, viéndole sufrir; pero no se les ocurrió avisar á nadie. ¡Tan hechos estaban á la idea de que para ellos no hay amparo!

Cuando le vieron muerto, sí. Entonces avisaron á la policía, porque saben que es un delito ocultar á un muerto...

—¡Adiós, señor letrado!, díjome el socarrón del juez, desde la ventana del coche en que se iba.

—Sin título, señor juez, sin título; pero me graduaré en Osuna, para donde salgo esta tarde, si usía no manda otra cosa—contesté, siguiéndole la guasa.

—Pues que le vaya bien—repuso sonriendo el magistrado—. Acepte usted esta pequeña ayuda de viaje.

Y dióme un duro en una pieza, que acepté, no como dádiva, sino como dieta de Código.

Con él almorzamos aquella mañana los cuatro huéspedes de la víspera, y á las pocas horas tomé la ruta de Granada, por Arahal y Osuna.

LIBRO SEXTO

POR TIERRA DE MALAGA

I

SEMI-ANACREONTICA

Llegué, efectivamente, á Osuna, villa ducal situada al pie de un alto cerro y al principio de una dilatada llanura de labrantíos y dehesas.

A partir de Sevilla, estos grandes campos andaluces tienen un aire de soledad que apena. Grandes latifundios se extienden leguas y leguas, y aumenta la despoblación la práctica de dividir los terrenos en tres porciones: para el cultivo, para el descanso ó barbecho y para pasto de animales.

Sevilla es una capital esplendorosa entre campos abandonados. El antiguo reino se lo repartieron en feudos el Duque de Arcos hacia la parte de Córdoba; el de Medinaceli hacia Cádiz, y el Duque de Osuna hacia la serranía de Ronda.

El nombre de Osuna va unido al recuerdo del alto magnate que con su rumbo deslumbró las cortes europeas, reavivando la tradición de los grandes señores castellanos. Marchitos los laure-

les de los Ureñas y gastados los doblones de los Osuna, la villa aparece como un astro apagado, en el que todavía aletean, frías y agónicas, las águilas de los heráldicos blasones, esperando la salida de un sol que no volverá á encenderse.

En tal guisa, la gótica colegiata se ha convertido en panteón de los Duques, y la Universidad, en caserón municipal. A esta Universidad de baratillo y á su antigua feria de grados me refería en mi conversación con el juez del *Humero.*

Pasada La Roda se cruza un trozo de la provincia de Málaga, metido como una cuña en tierras de Sevilla, Córdoba y Granada.

El terreno va haciéndose montañoso. La entrada por cualquiera parte es penosa é incómoda por los pedregosos montes que salen al paso; pero no hay pedazo de tierra que no esté plantado de viñas, porque, según parece, cuanto más áspero y montañoso es el terreno produce vinos de mejor calidad. A estos vidueños, por lo extendidos que están por montes y laderas hasta la marina, se les puede aplicar lo de la abundancia y ramificación de las vides de Judá, que extendían sus vástagos hasta la mar, cubriendo los montes con su sombra. (Salmo 80.)

Hago especial mención de estos viñedos porque ellos fueron las posadas de mi hambre en este trayecto.

¡Qué uvas las malagueñas! Las vi blancas y negras y de tantas clases, que yo, como Virgilio, protesto no poderlas numerar; desde las tem-

pranas, que nuestro Plinio llama *forenses,* porque madurando antes se venden mejor en las plazas, hasta las *moscateles,* cuyo olor y sabor es como almizcle ó mosqueta, de lo que les pudo venir el nombre castellano. *Apianas* las llama también Plinio, por ser las abejas muy golosas de ellas; son uvas gordas, perladas de forma y de color, hollejo muy recio, pero de comer muy dulce, con lo que dicho se está que ellas fueron mis predilectas.

Me pareció que los malagueños, á fuer de rumbosos, no guardaban sus viñas y dejaban que las aves del cielo y los pobres viandantes aliviasen las cepas de sus pesados racimos. Así, pues, con una buena panzada de uvas moscatel y un bocado de pan me dispuse al asalto de *Antequera,* ciudad famosa que á mi frente se mostraba asentada sobre tres colinas á la extremidad de la famosa vega de su nombre.

Y al asalto me disponía cuando casi en la linde del próvido vidueño, que á placer esquilmé porque creí que nadie me veía, un hombre con escopeta me sorprendió en la ridícula postura que los viñadores de La Champagne sorprendieron á un destacamento de prusianos que se había atracado de uvas en un viñedo.

—Levántese usted y vamos andando—me dijo el hombre de la escopeta.

Sentí la vergüenza de mi derrota, y atacándome las bragas, me rendí á discreción.

—¿De suerte que lo ha visto usted todo?—le dije.

Me refería al atracón de uvas que me diera.

—*Todo*—respondió él en toda la extensión de la palabra—. Le estuve espiando sin que usted lo viese, y si no le envié una perdigonada fué por temor de equivocarme de cara.

—Hombre, muchas gracias.

—Bien puede usted dármelas, porque se cebó en las mejores uvas de estos pagos. Se conoce que es usted persona de gusto.

Así era en verdad; con toda calma y sosiego me había comido libra y media ó dos libras de las que me parecieron mejores uvas por su mayor color y sabor.

—Sí, señor—siguió diciendo el hombre de la escopeta—. Me vendimió usted de aquellas uvas con que hacemos el famoso *lágrima,* un vinillo así llamado porque se desliza gota á gota como las lágrimas de los ojos, sin más presión que la que hacen unas uvas sobre otras, sin ayuda alguna extraña y sin aderezo ni composición, y tan estimado de los malagueños, que lo sacan por postre en sus mesas.

—Lágrimas vierto yo, señor mío—repuse humildemente—, por haberle ocasionado tal perjuicio. Bien dicen que la ocasión hace al ladrón...

—Acepto estas explicaciones—contestó el otro, mirándome de hito en hito—porque á la verdad no me parece usted hombre de mala catadura. ¿Qué le ha metido en estos trotes?

—El afán de correr tierras á pie y sin dinero. Ya ve usted, voy á Barcelona y quería llevar *als*

noys noticias de la ciudad famosa que dió nombre á don Fernando, el rey castellano del compromiso de Caspe.

—Hola, hola, veo que no es usted una persona vulgar—repuso asombrado mi interlocutor—. ¿De modo que sabe usted del Infante de Antequera?

—Y del húsar de Antequera—añadí, aludiendo á Romero Robledo, que entonces vivía y era el orgullo de los antequeranos.

—Vaya, vaya—replicó complacido—, está usted fuerte en historia antigua y contemporánea. Esto me place. Pues voy á ponerme á su diapasón. ¿Ha oído usted contar de aquellos prisioneros siracusanos á quien Metelo perdonó la vida porque les oyó recitar versos de la *Ilíada?* A este tenor, yo le perdono el estropicio de mi viña y le absuelvo de todo cargo. Más aún, le brindo á usted con hospedaje; pero con una condición: que vaya usted á herborizar por mí.

—Ya lo creo—repuse alegremente—; con muchísimo gusto, si bien le advierto que lo que me sobra de Historia me falta de Botánica.

—No importa; es suficiente con que conozca usted el lentisco y la pita, que sí conocerá. Son las únicas plantas que por ahora necesito para mis simples, porque ha de saber que soy herbolario.

El extrañado ahora fuí yo, pues cuanto más supuse fuera un labrador instruído.

—Sí, señor—añadió, comprendiendo mi extrañeza—; soy un modesto herbolario de la ciudad, que salió á ver su majuelo y de paso á matar go-

rriones. Con que ya lo sabe usted: en cuanto llegue á la *Plaza alta* se mete en la herbolería que allí encontrará. Es mi casa, y en ella me espera ó le espero yo, porque ahora he de pasarme por el Romeral á saludar á don Francisco (Romero Robledo), que, como buen paisano, nos visita todos los años.

Y no hubo más, sino que me dió su mano, que él torció á mano izquierda hacia el Romeral y yo tomé la cuesta que lleva á la ciudad.

II

ANACREONTICA ENTERA

Llegué á Antequera por la parte donde está su magnífico paseo, crucé calles, y al llegar al *Arco de los Gigantes* di con la *Plaza alta,* donde tenía su tienda el herbolario.

Pregunté á un mancebo que había á la puerta si había llegado el patrón; ante su negativa me senté á esperarlo en un poyo de la plaza. Aquí se me juntó un aguador, que arrendó á un árbol un borriquillo cargado con unos cántaros de agua que ceñían guirnaldas de una hierba de tallitos inclinados á rojo, con muchas flores pequeñas azules y blancas, desconocidas para mí, porque, según confesé al herbolario, soy peregrino en estas partes del reino vegetal.

—¿Qué tiene esta agua—pregunté al aguador—que va tan florida? ¿Es agua bendita?

—O poco menos—me respondió el antequerano—. Bien se conoce que es usted forastero. Esta agua es famosa entre todas las de España por la gran fuerza que tiene contra la terrible enfermedad de la piedra y también porque conforta mucho el estómago. Mana de una fuente que está á dos leguas de esta plaza, y pónese muy gran re-

caudo en que no se haga falsedad de dar otra por ella. Por esto los aguadores que vivimos de trajinarla nos poníamos antes unas guirnaldas de esta hierba *caníbaro* (1), de que la fuente está rodeada, y si llegaba la hierba fresca en la guirnalda es señal de haber llegado el aguador á la fuente y cogido el agua, por no darse aquella hierba sino allí en toda la comarca. Ahora nos contentamos con ponérsela á los cántaros. También he oído contar á mis abuelos que, cuando llevaban lejos esta agua, un escribano daba testimonio de la persona, día, mes y año en que se cogía, y después el cura de la iglesia sellaba los cántaros de manera que no se pudieran abrir sin sentirse... pero esto sucedía en tiempos del *Papa Bellotas*.

—¿Papa que?

—Del Papa Bellotas—recalcó el aguatero—. ¡Pues á fe que no se le oye!

En efecto: desde la torre del castillo romano que domina la población llovían las campanadas de un reloj de torre que á la sazón daba las siete.

—¡¡Ah! ¿Este es el Papa de Antequera?—repliqué, acordándome del otro de Burgos.

—¿Qué? ¿No había oído usted hablar de él—exclamó el antequerano con asombro—; ahí es nada, un reloj que pesa cien quintales. Ni el Rey de España lo tiene en su Palacio.

—Y ¿es de veras que pesa tanto?

—Hombre, así lo anuncia él mismo:

(1) La Saxifraga.

Papa Bellotas me llamo,
cien quintales peso;
quien no lo quiera creer
que me coja en peso
y me lleve á la playa
y de la playa á mi casa
y me llamo Salvador del Mundo...

En esto vi venir á mi herbolario y dejé á mi aguador con la palabra en la boca. Venía el hombre con su escopeta terciada y cubierto de polvo, como quien pasó la tarde en el campo. Era solterón, sin más compañía que un mancebo ó ayudante y una vieja ama de llaves y cocinera á un tiempo. Hízome pasar adentro y cenamos en seguida, porque ya la cena estaba dispuesta y él venía tan hambriento como yo, é hízome arreglar mi cama junto á la del ayudante, al cual vi muy extrañado de la calidad del huésped que recibía su patrón.

Aquella noche el herbolario estuvo parco de palabras; pero á la otra mañana, en cuanto salté del lecho, me tomó por su cuenta, diciéndome:

—Señor incógnito—porque ni siquiera trató de averiguar cómo me llamaba—; señor caminante, póngase usted estos zapatos y este chaquetón, que bien los necesita y que yo le oferto en nombre de Linneo. Desayúnese y dispóngase á herborizar. Para esto debe trasmontar el cerro del castillo y á la otra falda perderse donde vea manchas de pitas y lentiscos. Daréle un cuchillo de monte, un saco y provisión para el día, porque hasta media tarde no será la vuelta. Procure cortar lo más fresco y jugoso que encuentre.

—Amén—dije muy satisfecho.

Y salí de la botica vestido de nuevo y con mi talega al hombro. Bordeé la colina donde está la torre del Papa Bellotas y salí al tostadero del egido. Anduve y más anduve, y donde veía una tuna cortaba tal cual hoja, con más cuidado que pulquero sangra un nopal. Arrebañé con las matas de lentisco y en pocas horas colmé el saco. Pasé el día entre pastores y gañanes, oyendo cantar á las cigarras y balar los recentales, y lo pasé divinamente porque á la noche me esperaba buena cama y buena cena.

¡Cuán poco se necesita para hacer apetecibles los pormenores más elementales de la vida!

Volví, pues, á media tarde adonde el herbolario con mi talego á cuestas, atufando á lentisco y con las manos verdes del zumo de las pitas. Hallé al buen hombre en su laboratorio, entre retortas y alambiques. Vacié mi carga y le pareció bien.

—Ahora—me dijo—va usted á servirme de ayudante químico, porque el otro está en el mostrador. Vamos á empezar por sacar el acíbar de estas pencas. Esto le entretendrá algún tiempo; pero es facilísimo de hacer.

E hízome cortar las hojas, algunas retorcidas como cuernos de cabra; ponerlas en unas vasijas para que destilasen el jugo y purificarlas en unas calderas á fuego lento, hasta que haciéndose una especie de jalea queda condensada como la pez rubia.

En esto empleé bastante tiempo, y aún quedó la mitad por hacer para el día siguiente.

—Por hoy hay bastante—díjome á última hora el herbolario—. Mañana echaremos la jalea en cartuchos de papel y con esto tengo provisión de acíbar para vender á las boticas. Aunque son tres las clases de acíbar, éste que destila la pita, ó áloe á lo farmacéutico, es el verdadero hepático de muy singular virtud purgante, llamado así porque se asemeja al hígado en el amargor del gusto.

Al otro día trabajamos en el lentisco, de manipulación más limpia y agradable. Hervimos gran cantidad de hojas en un caldero de agua y recogimos la espuma que sobrenadaba. Dejándola secar, vendíale el herbolario con el nombre de *incienso macho*.

—Por este estilo—díjome, á modo de apotegma, el herbolario—tengo mucho cuidado y estudio en el conocimiento de otras hierbas, cuya noticia se ha perdido entre nosotros, pero que he leído en autores antiguos. ¡Gran lástima por cierto, que, si no, más remedios simples tuviéramos, en vez de tener que recurrir á drogas y hierbajos de los salvajes de las Indias. Mi arsenal es la *Historia Natural* de Plinio, donde se mencionan los famosos remedios que descubrieron los españoles en las hierbas de su país.

El tercer día me empleó en cosechar también tunas y lentisco, con lo que entretuve el cuarto al pie de los alambiques. Comprendí que más alambiqueo sería alambicar demasiado la hospitalidad

de aquel buen hombre, y antes que me despidiera él, me despedí yo, dándole las gracias por su bondad.

Dióme dos duros de adehala, y, al dejar su tienda, hízome brindar "á la salud de don Pedro Ximénez, noble caballero de Málaga", ó, lo que es lo mismo, me regaló con una copa del delicioso vino de esa marca.

Bajé la cuesta de la ciudad, orillé la finca del Romeral, y á medio camino de las dos leguas que van de Antequera á Archidona vi la *Peña de los enamorados,* ó media peña, á favor de los desmontes del ferrocarril, pero que de todos modos acredita el mal gusto de los amantes que para su refugio escogieron una roca árida y pelada.

Por fin, entré en el reino de Granada.

LIBRO SEPTIMO

GRANADINAS

I

EN LA ALHAMBRA

Pasados los *infiernos* de Loja, hondos desfiladeros por donde se precipitan cien arroyos y riachos, se entra en el paraíso de la vega granadina que fecundiza el Genil y aquí comienza. Es un vergel delicioso de ocho leguas de largo y cerca de quince de circunferencia, lleno de caseríos, quintas y casas de campo. Una campiña verde y fresca, un vasto parque en el regazo de una concha inmensa entre un marco de colinas exuberantes de vegetación; en lontananza un anfiteatro de montañas bañadas de una divina luz celeste, y por encima de todo, las nieves eternas de Sierra Nevada en el azul intenso del cielo. Casan allí admirablemente las dos bellezas más opuestas de la naturaleza: la nieve inmaculada del Norte y el sol de fuego del Mediodía.

En este cuadro, idealmente hermoso, la ciudad levanta sus rojos cubos y colorines torreones, es-

calonados en los declives de tres colinas abiertas como los cascos de una granada, nombre de una sabrosa fruta y de una encendida flor oriental, que sienta como anillo al dedo á la señora de la Alhambra y á su paisaje, el más riente de España.

Ante el encanto de esta ciudad magnífica, el viajero comprende muy bien el dolor que sintieron los moros al dejarla; dolor que será eterno y que diariamente se renovará en sus almas cuando en sentida plegaria pidan todavía al Profeta que se la devuelva, con igual fe que el más ferviente cristiano puede pedir á Dios el goce de la Jerusalén eterna.

Dispuesto á saborear sus encantos, me propuse parar en ella algunos días, y como no había que pensar en fondas ni hoteles, me di á husmear la manera de vivir.

Entré por la famosa puerta Elvira, y dando vueltas, tropecé con el mercado y la plaza Vivarrambla.

Aquí es la plaza tan mentada por los pasatiempos de otrora; galas, justas y torneos, juegos de sortija, músicas adornadas y zambras. Aquí donde lucieron las vistosas libreas de los Abencerrajes, las delicadas invenciones de los Gazules, las altas pruebas y ligerezas de los Alabeces, los costosos trajes de los Zegríes, Muzas y Gomeles.

Y acordándome de todo esto, sentado en un poyo, recité con los ojos entornados:

Afuera, afuera, afuera,
aparta, aparta, aparta,
que entra el valeroso Muza,
cuadrillero de unas cañas.
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
conformes en las libreas
de azul y tela de plata.
De listones y de cifras
travesadas las adargas:
yegua de color de cisne
con las colas encintadas.
Atraviesan cual el viento
la plaza de Vivarrambla,
dejando en cada balcón
mil damas amarteladas.
Los caballeros Zegríes
también entran en la plaza;
sus libreas eran verdes
y las medias encarnadas.
Al son de los añafiles
traban el juego de cañas,
el cual anda muy revuelto,
parece una gran batalla.

—Agua helada de la Alhambra!—oí gritarme casi á las orejas, sin duda para que despertara de mi ensueño.

Y vi un aguador como en Antequera, sólo que el granadino cargaba á la espalda una *garrafa* envuelta en corcho, de la que vertía el delicioso líquido sin más que ladear el recipiente por el hombro.

—¡Heladita de la Alhambra!—volvió á cantar. Sugestionado por este nombre le pedí un vaso. Quise pagarle y no quiso.

—¿Tan pobre me crees—hube de decirle—que te duele cobrarme una perra de agua?

—Pero tampoco será usted un Marqués—me contestó, descargando la garrafa, como quien se dispone á descansar. En seguida sacó la petaca, me convidó á hacer un cigarro y acabó diciendo—: ¿Es que no me quiere agradecer una sed de agua?

—¿Si habré tropezado con otro Juan de Dios? —pensé yo; pero me limité á responder:

—Bien, hombre, eres un barbián; te doy las gracias.

—Las gracias se dan después de comer—me respondió con gravedad.

—Esto pienso hacer yo, dar las gracias á Dios después que coma.

—Dios está más lejos y más alto que el "Picacho". ¿No le sería á usted igual dárselas á otro que esté más cerca?

—Acertaste—me dije—. Este hombre te va á resultar San Juan de Dios resucitado para servirte en Granada. Lo menos que va á hacer es convidarte á comer. Pero no fué así, porque á seguida añadió:

—Vea, hermano; aquí en Granada los forasteros están muy bien servidos.

—Será como en todas partes: pagando.

—Quiá, no señor; esto no tendría ninguna gracia; oiga usted, falta una hora para las doce (el

reloj vecino de la Catedral daba las once); en esta hora del mediodía le esperan con la mesa puesta los Canónigos del Sacro Monte y los Jesuítas de la Cartuja.

—Pero estos señores estarán muy lejos de aquí.

—Sí y no; yo le enseñaré las vueltas para dar pronto con ellos. De todos modos, están más á mano que Dios, que está en el cielo, y hasta allí hay que gritar pidiéndole el pan nuestro de cada día.

Pero yo me sentía con pocas ganas de echar un trote hasta aquellos lugares. Además, no quería entrar en Granada como mendicante, sino como un hidalgo: con la hidalguía de las pesetas antequeranas ganadas al herbolario.

—Agradezco tus indicaciones—dije al aguador—; pero acabo de llegar por la carretera, y dejo el bollo por el coscorrón. Ya sé dónde se come gratis. Ahora dime dónde sirven más barato.

—¿Piensa usted estar muchos días en Granada? —me preguntó, en vez de responder á mi interrogación.

—Dos ó tres, ¡qué sé yo! Lo que me dure el dinero, que no es mucho; cinco pesetas, sobre poco más ó menos.

—Pues entonces vamos á hacer un trato—díjome muy formal—. Yo me gano la vida vendiendo agua, pero soy guarda de un solar en el que tengo una casuca. A estas horas, que no se vende el agua, porque como no sea algún inglés chiflado

no anda nadie por las calles, voy á hacerme la comida. Si le conviene, comeremos juntos. Por dos reales le daré de comer al mediodía y á la noche sitio donde recogerse, porque vivo solo y me sobra local.

—¡Adios, caridad! ¡Adiós, San Juan de Dios! Este hombre iba á su negocio y lo que hizo fué tantearme por si podía hacerme su huésped. ¡El buen aguador se fijó en mí, caballero de la triste figura, como un *gancho* del *Washington Irving* sonsaca y atrae para su hotel á un príncipe ruso!

Pero el trato me pareció de perlas. ¿Bazofia y dormida por dos realitos diarios? ¡Ya lo creo! Aseguraba unos días y durante ellos me daría verde en Granada, estudiándola á mis anchas. Sin embargo, dábame mala espina lo del solar, acordándome del de marras sevillano, estercolero de miserias humanas.

Pero no fué así. El aguador me llevó á él y descubrí un hueco sin edificar en una manzana de la calle de la *Gran Vía,* que por aquella parte forma el ensanche de la población, calle que debiera llamarse de la *Gran Herejía,* por la grande que la han hecho los granadinos, destruyendo y arrasando el barrio árabe que allí estaba.

Así se perdieron la casa de la Inquisición, el colegio de Canónigos y gran cantidad de patios moros. Sin ir más lejos, en el solar á que hago referencia, vi un montón de materiales de derribo que hubieran hecho las delicias de un arqueólogo: columnas y capiteles árabes, pilas de azulejos, *zapa-*

tas mudejares y otras filigranas de los alarifes moros.

Y junto á los preciados escombros, un barracón, la vivienda del guarda, si que también aguador. El cual dió principio á mi hospedaje, aderezando un guiso con más patatas que carne.

Parecióme bonísimo albergue, y me apresuré á pagar por adelantado los dos realitos correspondientes á mi primer día de pupilaje.

Acabado de comer, mi huésped se echó á la calle con su garrafa, y yo, con las manos en el bolsillo, á ver la población.

Y, ante todo, la Alhambra........................

Por la ciudad de Granada
el rey moro se pasea;
por la calle el Zacatín
llegaba á la Plaza nueva;

Es decir, el aguador me guió á ella.

Aquí está la Chancillería y en frente se divisa un cerro verde y frondoso que sirve de pedestal á la acrópolis abandonada de los Reyes moros.

Entonces, á lo poético, hice á mi acompañante aquella pregunta que el Rey don Juan I hiciera al moro Abenamar estando en el río Genil, y que cantan las niñas en el corro:

—Yo te agradezco Abenamar,
aquesta tu cortesía,
¿qué castillos son aquéllos?
Altos son y relucían.

A lo que mi aguador, á fuer de buen granadino, contestó, envidando el resto del romance:

—El Alhambra es, gran señor,
y la otra la Mezquita,
los otros los Alijares
labrados á maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día;
el día que no labraba
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía;
el otro Torres Bermejas,
castillo de gran valía.

Tras esto echamos á andar. Pasada la *Cuesta de los Gomeles,* convertida en cuesta de pintores, por ser aquello una exposición al aire libre de acuarelas y fotografías de Granada, el aguador tomó por un camino para ir á llenar su garrafa en los aljibes, y yo por otro: una alameda por la que se tamiza el sol á través del claro follaje de las hayas.

Cuando mayor es la obsesión que á uno le embarga ansiando ver cuanto antes la maravilla mora, sorprende desagradablemente á mitad del camino la aparición de dos pegotes arquitectónicos: el *Washington Irving* y *Los Siete Suelos;* dos hoteles donde anidan las cucarachas que infestan la Alhambra.

Eso me parecieron los señores turistas, que allí vi entrando y saliendo á paso lento y correctamente vestidos de negro.

Gran hispanófilo y admirador de las glorias de Granada fué Washington Irving; pero es un nombre que en andaluz es una guasa, aparte que, colgárselo además á un hotel en plena Alhambra, es

una nota discordante. Cualquier otro nombre le hubiera estado mejor, así fuese el del Moro Muza. Y por añadidura *Los Siete Suelos*, es decir, gato por liebre, porque *Los Siete Suelos* auténticos, por cierto reducidos á cuatro, es la famosa torre por la que salió Boabdil cuando dejó la Alhambra y que más arriba se ve.

Los granadinos debían derribar á cañonazo limpio estas verrugas de piedra que afean las alamedas moras y ceder el sitio aunque fuera á un aduar marroquí; todo menos convertir aquello en viveros de levitas y levitones.

Bien es verdad que para visitar la Alhambra habría que ponerse el alquicel y el turbante.

La moderna indumentaria de la burguesía cosmopolita en aquella mansión de hadas es una blasfemia estética; es algo así como si en el coro de la Catedral de Toledo viéramos sentado un capítulo de mercaderes y maestros de taller. Si algún día expulsan á los frailes de España, habían de tolerarse los indispensables para *vestir* los monumentos arquitectónicos que ellos dejen, á la manera que El Escorial hubo de cederse á los escolapios y luego á los agustinos.

No vestido de moro y con babuchas, porque no podía ser, sino descalzo, colgando del brazo las alpargatas, me preparé á ascender al Alcázar, pareciéndome que con ellas profanaría las marmóreas losas de sus salas; y quien dice alpargatas dice charoladas botas.

Estas reflexiones hacía, tendido sultanamente

en un parterre frente de *Los Siete Suelos,* cuando reparé en un can que, por lo visto, pensaba como yo. Señorito que por allí asomaba, de tiros largos y lustrosas botas, había de tropezar necesariamente con el animalillo, el cual, levantando la patita, le pintaba las botas.

Indignábase el caballerango, y aun amagaba un puntapié ó varapalo, pero ya el animal se había zafado y, meneando la cola, saltaba y ladraba alborozado. A esta sazón acudía su amo, un limpiabotas, diciendo, gorra en mano:

—Caballero, ¿limpio?

De cada tres manchados, dos decían amén. El limpiabotas se arrodillaba á sus pies, sacaba el lustre, y á cada servicio regalaba á su acólito con un terrón de azúcar. Tan bien enseñado estaba el animal, que en los descansos alzaba la patita, meaba, y así hacía su provisión de barro. No pude menos de reir su destreza y regalarle con un trozo de caña dulce, que no desdeñó, pues sería tan goloso como hábil.

Di, por fin, con la Alhambra. Embalsamados jardines llenan todos sus rincones, y hiedras y arrayanes trepan por los rojizos muros. Es la vida de las plantas siempre joven y triunfal al través de las mutaciones del tiempo, sólo que aquí hay que olvidar la naturaleza y convertir la admiración al arte de los moros, que hicieron del Alcázar una mansión de hadas; y así lo piensa el viajero cuando entra en el recinto y, por una especie de sortilegio, se ve encerrado entre las

fantásticas decoraciones de patios, salas y galerías.

Desde el mirador de la *Torre de la Vela* parece tocarse Sierra Nevada; tan diáfano y sutil es el ambiente. A vista de pájaro vense el blanco caserío de la ciudad y los verdes macizos del Generalife y de la Alhambra; al fondo, la verde alfombra de la anchurosa vega, y arriba, en el cielo, una cúpula de purísimo azul: *la parte de Paraíso que corresponde á la tierra,* en opinión de los moros de Granada..................................

> Allí habló el Rey Don Juan,
> bien oiréis lo que decía:
> Si tú quisieres, Granada,
> contigo me casaría...

Mas como tardara la contestación, el Rey Don Juan dejó el alcázar árabe, bordeó el suntuoso palacio, no terminado aún, de Carlos V, y llegó á una alameda, á espaldas de la iglesia de Santa María. Bajó una rápida pendiente, hacia la izquierda, y vino á dar con el admirable palacete de Las Damas y con la Mezquita.

Después, con la soberbia Torre de los Picos, y bajando un cobertizo sobre el que descansa la torre, miró la cuesta del Rey Chico, hoy llamada de Los Muertos, que conduce al Darro.

Enfrente están la Colina del Sacro Monte y el Albaicín.

II

EN EL ALBAICIN

La visita á la Alhambra causó tanta merma á mi caudal que temí que el aguador se quedara sin huésped en menos de dos días, pero como tenía la suerte de cara, Granada fué mía por más tiempo.

Es el caso que al segundo día de mi estancia en la ciudad hube de perderme por los alrededores de mi hospedaje. Pasé el Zacatín y la Alcaicería, entré en la Catedral y salí al Mercado. Con ojos como puños miré los volátiles desplumados y los cuartos de reses que colgaban en pollerías y carnicerías; pero apartándome de las pecaminosas tentaciones, sorteé entre los puestos de las verduleras, con intención de comprar un puñado de patatas para refuerzo del guiso hospederil, que hallaba muy deficiente.

Parado estaba ante uno de aquellos, esperando mi vez, en tanto que la vendedora despachaba á otros parroquianos, cuando, de pronto, oí que me decía:

—¡Tome, hermano!

Tendí instintivamente la diestra y la buena mujer me alargó tres patatas y una monedita de dos céntimos.

—Muchas gracias, señora — contesté, y aun creo que añadí—: ¡Dios se lo pague!

¿Si será costumbre en Granada tratar así á los peregrinos—pensé—? Veámoslo.

Pasé al puesto inmediato, me quedé plantado, en actitud expectante y lo mismo; una patatita ó dos centimitos. Y así sucesivamente. La que no daba patatas daba un ajo ó una cebolla y, en último caso, la monedita de dos céntimos.

En menos de media hora, haciéndome el santito, llené el pañuelo de tubérculos y el bolsillo de céntimos.

¡Oh, santas mujeres de Granada! Vosotras reforzasteis mi agape en este día y dísteisme para pagar el alojamiento. ¡Yo os bendigo!

Aquella tarde la dediqué á visitar el *Albaicín*, famoso barrio de la gitanería en otra de las colinas que divide el Darro.

Tampoco es el Albaicín para conocido en un día; es un diorama de tipo charro y notas de color que hay que ver despacio, como lo vió Fortuny cuando lo reprodujo en sus acuarelas.

Los señorones que allí van lo hacen pensando entrar en una guarida de ladrones y no hay tal cosa. Los gitanos en sus casas son tan finos y caballeros como cualquier otro ciudadano en las suyas, y lo que de ellos desplace visto suelto y estemporáneo, resulta simpático y alegre en aquel jirón de Granada.

Más exóticos y más chocantes les parecerá á los gitanos esas parejas sueltas y caravanas de ex-

tranjeros que se quedan boquiabiertos y embobados mirando, aunque más no sea, el esquileo de un burro.

Como yo fuí con mi disfraz de peregrino, nadie se metió conmigo. Verdad es que llovieron sobre mí algunos cañís pidiéndome perras y tabaco, pero en cuanto se convencieron de lo inútil de su porfía, dejáronme en paz y se dedicaron á huéspedes de más calidad que por allí discurrían.

Cansado de corretear, vi el anuncio de un "aguaducho", y me senté á la parte de afuera á tomar un refresco.

El establecimiento hacía esquina á un callejón sin salida, donde á temporadas vivía Mariano, el rey de los gitanos, personaje que era la *great atraction* del Albaicín, pero que á mí me tenía sin cuidado.

Sin ir más lejos, allí, en la misma tienda, estaban impacientes una pareja de ingleses, hombre y mujer, porque querían ver á Mariano y no los dejaban.

Y quien no los dejaba era un *cañí* de calañés y faja, borracho perdido, que navaja en mano estaba plantado en la bocacalle proclamando, y á grito herido, que por allí no pasaba *naide*.

—¡Naide, ni María zanticima!

Nadie se atrevía á llevarle la contraria ni á pasar por allí. Algunos gitanillos lo tomaban á risa y aun le jaleaban, pero no así el inglés, con traje de cuadros y gorra de plato, y la inglesa, una es-

pátula vestida de blanco, con un cenacho de flores en la cabeza y enseñando unos pies muy grandes.

Milord temblaba de coraje y milady decía á intervalos:

—¡Oh! Schoking.

Hablaban con el tendero, un gitano pulido y ceremonioso, y le exhortaban á que les despejara la ruta, pero él se reía y hacíase el sueco, ó porque no se atrevía con el beodo ó porque á más parada más despacho.

Al fin vi al sajón levantarse, ceñirse al puño una llave inglesa é ir en derechura al cañí.

—¡Oh! ¡John!—gritó asustada su mujer.

Pero él no la hizo caso, antes bien, poniéndose en guardia se encaró valientemente al gitano.

—Yo darte dinero si dejarme pasar. Yo querer ver tu rey.

—Atrás el extranjero —fué la inmediata respuesta del otro—. Por aquí no pasa *naidito.*

—¡Querer ver tu rey! —repetía alborotado el inglés.

—Ni rey ni Faraón... Si pasas te pincho.

Y el gitano, tambaleándose, amagó un golpe. Entonces el inglés, que venía dispuesto á pelear, le asestó un trompis de llave en el pecho que dió con el cañí en tierra.

—¡Jezú! ¡Marecita de mi arma! que me traigan la Unción —gritó el gitano, como si de veras se estuviera muriendo.

El ruido de la contienda había llamado más gente que el famoso paso de Suero de Quiñones.

Los otros gitanos, en cuanto vieron revolcarse y gritar á su pariente, tomaron su defensa. El inglés vió el pleito mal parado y fué á refugiarse en el aguaducho, junto á su cara mitad.

Para mayor complicación corrió la noticia de que los dos extranjeros eran yanquis, y como por aquel entonces estaba muy fresco el recuerdo de Santiago y de Cavite, la tribu se alborotó.

Las mujeres, desde los portales, hacían tiros parabólicos muy certeros, sobre los sajones, con patatas y tronchos de lechuga.

La oportuna, más que oportuna, la providencial aparición de dos guardias urbanos, que rara vez pasean aquel barrio, pareció salvar el conflicto, pero no fué así. El acoso y la escandalera duraban más que una película de dos mil metros. Los guardias se veían y se deseaban para contener la avalancha de gente que pretendía linchar al supuesto yanqui.

Para mayor complicación, un barbero gitano se asomó á la ventana á ver lo que ocurría, sintió un arranque tribunicio, y con su arrebatada elocuencia profesional, arengó á las masas predicando el odio al extranjero.

Entonces los guardias desenvainaron los sables, y valientemente abrieron calle, escoltando á milord y milady. Lo apiñado del grupo que los rodeó al instante impedía ver en qué acabaría aquello. Y en lo que aquello acabó fué en que la gitanería comenzó á abuchear á los cuatro, á silbarlos y á perseguirlos camino abajo.

Cuando la doble bina llegó cerca de la puerta de Fajalanza, les seguían más de doscientos gitanos, y yo entre éstos. El escándalo era fenómenal. Del cuartelillo de la Guardia civil salieron cuatro números y un cabo, que se vieron forzados á adoptar una actitud resuelta.

Los civiles sacaron los sables, pero al fin sacaron el convencimiento de que el suceso debía concluirse sin violencias. A fuerza de retóricas convencieron á los gitanos para que despejaran, y abrieron plaza.

Entonces los ingleses entraron en el cuartelillo. Allí fueron amablemente consolados, ella sobre todo, por un oficial, quien, acompañándoles á la puerta, oí que les aseguraba podían salir sin peligro.

Milord daba las gracias; milady aún dudaba, y toda medrosica, como paloma que acaba de cruzar un túnel, se atrevió á decir:

—¿De veras? ¿No haber peligro?

—De veras—replicó el caballero oficial—; si lo duda usted, yo lo certifico.

Y así, con mucha chunga, los echó á la calle, donde tomaron un coche y se perdieron de vista.

III

EN LA PLAZA

El tercer día cayó en domingo.

A fuer de buen católico, fuí á la Catedral á oir misa; pero acordándome que allí mismo, en la Capilla Real, están enterrados los católicos Reyes Isabel y Fernando, quise pagarles mi tributo de peregrino, y en la capilla oí misa, aplicándola en sufragio de sus almas.

Dios quiso premiar tan piadosa intención, porque al asomarme á la plaza del Mercado, tuve abundantísima cosecha de hortalizas y monedas de dos céntimos. Hasta los carniceros y polleros echaban mano al cajón y dábanme, quién una perra chica, quién una grande.

Al ir á vaciar mi carga al solar hospitalario, hallé al aguador con la lumbre encendida, cocinando el condumio societario, al que añadió algunas de mis provisiones.

Comido que fué, me anunció que aquella tarde había toros lidiados por *Guerrita* y Reverte, y que él pensaba ir, pues así lo requerían la calidad de las reses y de los matadores. La entrada de sol costaba seis reales, que era, sobre poco más ó menos, lo que recaudé en el Mercado. Me pareció

era más digno de mí y de los granadinos destinar este dinero á divertidos ocios, que no en cosas de comer, porque así no era limosna, sino ayuda de huésped. En tal guisa, dije al aguador que yo iba también á los toros.

Y fuimos á la Plaza, que estaba muy cerca de nosotros, á inmediaciones de la plaza del Triunfo.

Ni soy fanático ni enemigo de las corridas de toros; había visto muchas, pero ninguna en los cosos andaluces.

La lidia de Granada me entusiasmó. El temperamento andaluz pone tal marco á la fiesta, que la hace aparecer nueva aun para un español. Una alegre concurrencia bajo el cielo azul y amante del color y del ruido del primero hasta el rojo de sangre; del segundo, hasta el frenesí. También los toros parecen tener más sangre y los toreros más arrestos.

Aquella tarde los bichos fueron bravucones; mataron muchos caballos y dieron muchos sustos á las cuadrillas, que es como debía ser, pues por algo la fiesta se llama lidia de reses bravas.

Guerrita y Reverte toreaban como toreros profesionales; uno, el cordobés, lucíase por su arte fino y clásico; el otro, el sevillano, mostrábase arrestado, quieto, sereno, tranquilo, pero decidido y atropellado de puro valiente.

—Y pensar—me decía el aguador—que los dos exponen así la piel teniendo la olla asegurada todos los días y el cajón de la mesa atestado de billetes!...

—Por esto son de *tronío*—le contesté—; á fuerza de anunciar sustos y coscorrones, y aun de percances, si no de gravedad, de dolor y de sangre. En esto de los toros, la leyenda hace más pronto su camino de fama y estrépito que en los demás órdenes de la vida.

Pero mi compañero no me oía, porque estaba embebido mirando al Guerra. El cual, muy parado, muy erguido, daba cada pase que era una sorpresa gratísima y una explosión de ¡olés! y de palmadas. Toreó luego de capa con los pies fijos, dejando llegar á la tela y largando los brazos según la cantidad de gas que traía el enemigo. Con la muleta estuvo aún más seguro y mejor; Tras de un pinchazo bajo en la suerte de recibir, lo tumbó de un volapié magnífico.

Esto fué en el último toro. El público aplaudió á rabiar y yo también. Mis vecinos los del tendido de sol exteriorizaron su entusiasmo lanzando al redondel una lluvia de sombreros. Entonces me acordé de la deuda que tenía con el guarda-agujas de Sierra Morena:

—"La primera vez que vea á *Guerrita,* después de una de aquellas suertes que quitan el sentido, le tira usted el sombrero al redondel en mi nombre."

Y así lo hice sin darme cuenta. Pero me avino bien, porque en el tropel de gente que se iba yendo y con la barahunda de brazos que pugnaban por recoger los sombreros que, al vuelo, devolvían los de la cuadrilla, ni corto ni perezoso,

cogí un sombrero nuevecito de la misma hechura que el que yo usé antes, y me lo puse.

Ajustaba á mi medida, y como nadie lo estorbó, salí de la Plaza mejor vestido que cuando en ella entré.

¡Tuve un día completo!

IV

LAS CUEVAS DE PURULLENA

Muy satisfecho de Granada y de los granadinos, hice rumbo á Almería.

Antes de construirse el ferrocarril que enlaza ambas ciudades, la posta corría este camino en tres días. Los traqueteados viajeros, al llegar á la *Cruz del Puerto,* se despedían de Granada y se santiguaban porque habían de pasar los desfiladeros de *Prado del Rey* y los *Dientes de la vieja,* famosos apostaderos de bandidos. Por fin, tras mucho frío, porque en estas alturas hace mucho, aun en verano; tras muchos sustos y muchas congojas, dormían en Guadix la primera noche, en Venta de Doña María la segunda y la tercera en Almería.

Yo, alegre y despreocupado, me puse en dos días á la vera de Guadix, parando, en la primera jornada, en la clásica Venta del Molinillo, que aún conserva este nombre y sigue siendo obligado paradero de muleteros y peatones.

El trayecto es á trechos montañoso, á trechos llano, salpicado de vigías ó atalayas ruinosas. Aún hoy se distinguen las torres moras de las romanas y también los socavones de las ruinas que

unos y otros allí abrieron. Los romanos hacían redondas las torres de sus fortalezas para eludir cuanto podían la fuerza del golpe de los arietes, y sus mineros, siguiendo la costumbre militar, hacían los socavones de las minas también redondos. Los moros, que tenían otro sistema de castrametación y de ataque, edificaban cuadradas sus torres y cuadrados los socavones de las minas.

Hago mención de estos detalles porque algunas de estas ruinas fueron mi reparo, y en sus agrietados muros hallé para mi consuelo viejas higueras, cuyo dulce fruto compartí con los pájaros muy golosos de él.

Entre Purullena y Guadix hay una llanada erizada de colinas de greda que sirven de albergue á gitanos y otra gente pobre. Llámanlas cuevas ó *covachas*, y en ellas viven divinamente sin pagar al casero, como conejos en madriguera. Algunas forman barriada y se escalonan en pisos, con gradas en espiral para subir á ellos. Debido á esta superposición de viviendas, resulta que muchas veces se ven asomados á las ventanas de arriba orejudos asnos, como cualqnier vecino, porque aquéllas corresponden á cuadras ó caballerizas.

En este plano visual estábamos mirándonos, pues, un burro desde su excelsa cuadra y yo sentado abajo en la cuneta de la carretera, cuando cruzó ante mí un hombre, que ni por la tez ni por la indumentaria, parecía labrador ni gitano.

Me miró, le miré, y como me traía cuenta, le saludé el primero, preguntándole:

—Muy buenas tardes. ¿Me hace usted el favor de decir qué tiempo tardaré en llegar á Guadix?

El viandante hizo alto y con mucha flema contestó:

—Vamos andando y se lo diré.

—No me da la gana—iba á responderle—. ¿No hay más sino arrear continuamente á los pobrecitos vagos y no dejarles descansar, como si fueran el judío errante?

Pero me contuve, y lo que le respondí fué:

—Hombre, estoy descansando. No creo que le quite tanto tiempo contestar á mi pregunta para que haya necesidad de hablar andando.

Me indignó la negativa de ese hombre á una demanda que no se niega al andante más ínfimo.

—Marqués excelentísimo, perdone que le haya entretenido—repuse con sorna.

—Sin excelentísimo—añadió campechanamente, sin darse por ofendido—. Acertó con mi nombre: me llamo Pedro Marqués, servidor de usted... Vamos á ver, buen hombre, ¿cómo quiere que le diga el tiempo que tardará en llegar á Guadix si no sé lo que anda usted? Yo de mí puedo asegurar que por este camino empleo dos horas; otro, según sea el paso, llegará antes ó después. Por esto le decía que echase á andar, porque así únicamente puedo contestar cumplidamente á su pregunta. Otra cosa es que me hubiera pedido las leguas que hay de este punto á la ciudad.

¡Qué hombre tan raro! Comprendí lo razonable del discurso y me deshice en excusas. Y aun

hube de decirle que supuesto él ponía dos horas hasta Guadix, yo necesitaría doble tiempo, porque andaba acansinado.

—Pues hará bien en pedir albergue en una de estas cuevas —me respondió. El sol va de caída, la distancia es larga, y no ha de encontrar posada donde pernoctar.

—¡Pero si estos agujeros parecen nichos de cementerio!—repuse—. Vamos á estar muy estrechos todos.

—Las apariencias engañan. Yo le llevaré á uno de esos agujeros, y verá cómo ni es nicho ni siquiera le parecerá cueva: á la mía.

—¡Ah! ¿De modo que es usted de la colonia? —dije, señalando á las cuevas.

—A temporadas. Mi cueva es mi oficina, porque ha de saber usted que soy herrador con honores de albéitar, y como ahí vive mucha gitanería, les hago falta para disimular algunas enfermedades de animales que pueden dar lugar á la redhibición.

—¿Disimular ó curar?—repuse yo, oyendo que aquel hombre se acusaba á sí mismo.

—Se hace lo que se puede, pero, le seré franco: como estos gitanos son tan pillos, yo he de hacerme su compadre, porque si no no me emplearían. A este tenor, soy cómplice ó encubridor suyo cuando adelantan ó retrasan la edad de un caballo, ya arrancando los incisivos de leche, ya burilando los de reemplazo cuando el animal ha cerrado. Y á esto llaman *contramarcar*. Y hago lo

mismo en el caso de muermo, á favor de medicamentos ó introduciendo una esponja cuando destila una sola nariz, como sucede generalmente, pues ayuda á esto el que el animal parece gozar de buena salud y aun está á veces en muy buen estado de carnes. Otras veces hay caballos cuyas articulaciones están ya fatigadas, que cojean en el trabajo por más ó menos tiempo, y el reposo hace desaparecer esta claudicación para que un nuevo ejercicio la desenvuelva: á veces basta un reposo de algunas horas y otras de algunos días. El chalán que quiere deshacerse de un animal que se encuentra en este caso, espera á que desaparezca el alifafe para poner el animal en venta.

—¿Y usted va á la parte?

—Sí, porque si me llaman, como me doy por albéitar, lo declaro sano, y el trato se cierra, y si no lo hago yo, lo hace un veterinario cualquiera.

—¿Y con tan socorrido oficio vive usted en una covacha?

—No vivo en ella. La tengo únicamente para los tapujos que le dije y para que, viéndome su vecino, los gitanos no me olviden.

—Y ¿es allí donde quiere usted llevarme?

—Sí, señor; pero no se asuste, que no le cobraré el hospedaje. En cambio me hará usted un gran favor.

—Usted dirá...

—Pues es el caso que, además de albéitar, soy curandero; pero de esto no tengo yo la culpa: me hicieron serlo á la fuerza.

—Como quien dice médico á palos.

—Casi, casi, porque una bofetada fué mi consagración médica. Tuve entre mis clientes chalanes uno con la manía más rara que puede usted figurarse: la de aventarse la nariz con la mano á cada instante, como quien caza moscas, porque le parecía ver venir á un moscardón. Era un hombre con todos sus cabales, pero que se iba quedando tullido del brazo derecho á fuerza de amagar moquetes. Y se me ocurrió curarlo. A este fin, un buen día que estaba él algo bebido en rueda con algunos de sus parientes, de golpe y porrazo le asesté un puñete en la nariz que si no se la aplasté, buena sangre le hice verter; y antes que se repusiese de la sorpresa, me incliné, hice que cogía algo del suelo, y abriendo el puño le mostré un moscardón muerto que en él tenía guardado.

—¡Vaya!—exclamé—. ¡Muerto está! Juan Cigarrón cayó en la percha.

Mi hombre miró el insecto, lo palpó y acabó por espachurrarlo con el pie. ¡Santo remedio! Tan convencido quedó que el bicho aquel era el que le atormentaba, que poco á poco se curó de la manía de aventarse la nariz.

La noticia cundió y los demás gitanos me pusieron por las nubes.

Como curé á uno quisieron que curara á los demás, y quieras que no, me vi convertido en curandero. Y sucedió lo que debía ser: en una de tantas se me ha ido un enfermo; se me murió. La familia está indignada conmigo porque dice que

lo maté, lo cual no es verdad, pues ya ve usted mi franqueza, y como dije lo otro diría esto.

—Lo creo—contesté. Y deseando acabara pronto y me dijera el favor que quería de mí, añadí—: ¿Qué más?

—Pues, como es costumbre en estos *pagos*, hoy le hacen el *velatorio*. Ya sabe usted lo que es esto: la guardia que se hace de noche á los difuntos, para la que convida la familia á toda la vecindad. En especial, la que se celebra por un niño muerto, va acompañada de baile y beberaje, porque el cielo tiene un angelito más. Y como mi muerto fué un niño, todo esto habrá esta noche aquí.

—¿Será usted de los convidados?

—Todo lo contrario. Lo que me temo es que en esta noche peligre mi oficina, esto es, que me la quemen. Como estos gitanos son tan bárbaros, y más cuando están borrachos, capaces son de romper la puerta ó una ventana é incendiar un pajar que allí tengo, y con el pajar algunos útiles de herrador.

—¿De modo que lo que usted quiere es que le acompañe á velar por sus intereses?—pregunté, adivinando á lo que iba.

—¡Ca, no, señor! Yo no voy allá, porque si me ven me abrasan vivo. Dejaré que pasen unos días y se amansen; en cambio, con usted no se meterán.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Además, viendo que allí entra un forastero, respetarán la cueva. El caso es salvar

esta noche. Le daré la llave y dormirá muy ricamente en el pajar.

—¿Ricamente dice usted? ¿Y si á los gitanos se les ocurre dar un asalto? Pues bien: para que vea que no soy cobarde, me avengo á hacer de centinela; pero á condición que al pajar añada algo más.

—Esto ni que decir tiene; mañana, cuando nos veamos donde le diré, le gratificaré como es debido. Favor con favor se paga.

—Pues no hay más que hablar—respondí—. Deme usted la llave y dígame cuál es la cueva.

—No se ve desde aquí; pero las señas son mortales. A espalda de estas covachas hay otras, en la linde del camino. Donde vea usted una con un rótulo que dice *Herrería* y un número 2 pintado en la pared, en ella se mete, porque es la mía.

—Está bien; y ¿dónde nos veremos mañana?

—En Guadix, para donde voy, pues ahora me dejé caer por aquí para ver si había novedad. Me encontrará usted en una *nevería* que hay en el callejón que va de la Plaza Mayor al mercado, y cuando nos veamos haremos el daca y toma de la llave y el dinero. No puedo darle más de dos pesetas, porque las cosas van muy mal. ¡Ah! Ya sabe usted cómo me llamo, Pedro Marqués. Si no me viese pregunta por mí en la nevería.

Pasé por las dos pesetas, y, despidiéndonos, me preparé á tomar posesión de la covacha antes que viniera la noche.

Di un rodeo á la colina del burro, el cual aún seguía olfateando desde su ventano el heno pradial, y en seguida topé con la herrería. Saludé á unas vecinas que por allí estaban cosiendo y charlando, díjelas que venía de parte del señor Marqués, abrí la puerta y me metí adentro.

Era un recinto casi cuadrado, con paredes de ladrillos hasta el techo, muy bajo y algo cóncavo, de suerte que la covachuela parecía como un santuario con bóveda. Todos los enseres se reducían á un banco de herrador, un yunque y una fragua. En la habitación inmediata estaba el pajar con un ventanillo. Lo abrí, y colgado de una escarpia toqué un saco de patatas. Ya tenía cena, porque como entre mis avíos llevaba siempre un canuto de sal, con una patatada asada tenía bastante.

Y dejé venir la noche á la tenue lumbrada del carbón de una hornilla, donde se asaban las patatas.

De vez en cuando me asomaba á la ventana y veía pasar gitanos y otra clase de gente que irían al velatorio, porque iban muy alegres. Algunos me miraban extrañados de ver una cara nueva; pero nadie me molestó.

Como en el campo no hay luz artificial que alargue el día, me había acostumbrado á acostarme temprano, y así lo hice en esa noche.

Dormido el primer sueño, oí los ruidos de la fiesta que armaban mis vecinos: guitarreo, palmadas, *olés* y *cante jondo*. A unos cantadores les daba por los *cantes de sentimiento*, á otros por

los *gachonales*. En una de las veces rasgó el aire una voz de tenor que cantaba:

> Si no me vengo en vida
> me vengaré en muerte;
> ¡cómo andaré todas las sepulturas
> hasta que te encuentre!

—¡Carape!—me dije—. ¿Si lo dirán por el albéitar? ¿Si lo dirán por mí? ¡Anda, y que te den morcilla!... Y me tendí en las pajas.

Como por lo mismo que uno se acuesta temprano es madrugador, al romper el alba salí de la covacha, cerré la puerta con llave y fuí á tomar la carretera camino de Guadix.

V

GUADIX

En efecto, hallé á Pedro Marqués en la *nevería* que me apuntó: establecimiento que es aguaducho y tupinamba á un tiempo; como que en él me desayuné con una tacita de café. Agua fresca y cristalina me la sirvieron después en una de esas *alcarrazas* guadacitanas, delgadas, porosas, lisas y medio cocidas, que, echándoles agua, mantienen siempre húmeda la superficie exterior. De la misma arcilla, que es roja, hácense aquellos vasos que llaman *búcaros,* que sirven para refrescar el agua, y despiden un olor muy agradable, como el de la tierra seca cuando llueve en el verano, cosa que gusta mucho á las damas.

En cuanto entregué las llaves cobré las dos pesetas convenidas.

—¿Con que no hubo novedad?—me preguntó el herrador.

—Ninguna, á Dios gracias—contesté—; mucho ruido alegre y nada más.

Satisfecho con la noticia, me convidó á almorzar, y esto más gané. Luego nos separamos.

Guadix es una ciudad pequeña pero bonita, y entre sus bellezas, el panorama de la vega desde la terraza de la Catedral.

Es, además, vistoso solar de hidalgos y prebendados. Unos y otros emparejan admirablemente, y es de verles cómo matan el ocio en el Pretil de la Alcazaba, en los pórticos de la plaza y en la puerta de las boticas.

Entre los racioneros catedralicios vense tipos acabados del *Don Basilio* de la ópera de Rossini, con amplio manteo y sombrero de teja muy abarquillado y muy grande. Ni es raro verles á ciertas horas infringir contra una pared un bando de policía urbana como el magistral de *El sombrero de tres picos.*



LIBRO OCTAVO

EN LA PLAYA Y POR LA SIERRA DE ALMERIA

I

¡THALASSA! ¡THALASSA!

¡Thalassa! ¡El Mar!, gritaban alegres los expedicionarios de Xenofonte á la vista de aquel, que, aurirrollante les traía saludos de la lejana Grecia. Con igual emoción saludé yo al Mediterráneo al transponer la sierra de Gador. Me pareció haber puesto una pica en Flandes, y que en llegando á la costa iría mejor servido, bien así como el combatiente se anima viendo el convoy marino que le protege y le raciona.

Es difícil sustraerse á la especie de atracción magnética que causa en nosotros esa inmensa móvil llanura deslumbrante de luz y de vida, aunque se la vea desierta. De igual manera que el alma se abisma en lo infinito del mar, parece que el cuerpo quiere lanzarse también en él para gozarse en aquella glorificación de la naturaleza.

Ya furibundo con las convulsiones del huracán, ya apacible y seductor, invitando con los oreos

de sus brisas y los murmullos de sus olas á la bienhechora calma, no parece sino que en el mar se calcan las transiciones de la vida humana. *Hay pesadumbre en el mar,* dice Jeremías; jamás está en reposo. En el eterno vaivén de las olas, Lamartine ve la inspiración de la libertad en el hombre.

Pero antes de llegar al mar hay que atravesar la vega almeriense, que se extiende hasta la ribera, donde la besan y acarician las espumas del Mediterráneo; una vega de un color típico no parecido á otra región alguna, mezcla de árabe y español, de andaluz y levantino. Chumberas, higueras, palmas esbeltas como las de Africa, parras y más parras que tejen la tierra con sus verdes pámpanos, y extensas plantaciones de naranjos y limoneros cuyos dorados frutos parece han de encenderse para alegrar de noche la espléndida fiesta del sol. E interpolados aquí y acullá pueblecitos y caseríos, como manchas deslumbrantes de blancura entre el tono más suave del paisaje, con azoteas morunas.

Paralelamente á la muralla árabe que une la *Alcazaba* con la Alta se extiende el puerto. Al extremo derecho, mirando al mar, el muelle de los minerales; al izquierdo, el de los lancheros. Como es de suponer, yo paré en el último.

Desde allí se extiende la playa libre, pisada únicamente por carabineros y pescadores. Dos filas de éstos, cantando la zaloma, tiraban de la red que iba empujando un bote desde el mar. En el relevo de uno de los gañanes le tomé el corcho y quise

probar á tirar; pero me engañaron las fuerzas. Y para tonificar mi humanidad me aparté á honesta distancia á bañarme.

¡Con qué deleite lo hice! Un baño tomado en el seno de ondas mansas y acariciadoras, bajo una cúpula de azur, como sucede en las rientes playas mediterráneas, comunica cierta sensación voluptuosa y difícil de experimentar bajo el cielo variable del Norte y en mar de ordinario ceñudo. En éste se baña uno por higiene, casi á la fuerza; en el otro, por recreo, casi sin querer. Me zambullí, nadé como un atún, lavé bien la piel, y siguiendo el arenoso fondo en declive, la resaca me devolvió á la playa. Apenas si el cuerpo se enfría en las templadas ondas levantinas. Se sale del agua sin tiritar, y la reacción viene en seguida á favor de una atmósfera tibia, casi ardorosa.

II

LORD STANHOPE

Así estaba echado desnudo en la playa, escarvando la arena, haciendo pozos ó cogiendo conchillas y caracolillos, que vi á pocas varas de donde yo estaba otro hombre con baticola—que así llamaré, para más decencia, á los taparrabos—, haciendo cabriolas y zapatetas al aire.

—¡Vaya!—pensé—, Dios los cría y ellos se juntan. ¡Algún cofrade de la Santa Hermandad de la vagancia!—Y no le hice caso—. El sí hizo caso de mí, porque tal como estaba vínose á mi lado. En cuanto se llegó me apresuré á tapar mis vergüenzas.

—Buenas tardes—me dijo.

—Muy buenas—le contesté.

—Le vi nadar y estoy encantado de lo bien que lo hace usted. Lo que más le envidio es la plancha horizontal, que yo nunca he podido hacer.

Todo esto me lo decía en un tono que á la legua transcendía á extranjero. Se podía apostar doble contra sencillo á que era un inglés; pero por el tipo no lo parecía, y sí más bien un moro del Rif, por la delgadez del cuerpo y por el color y lo avellanado de su cara. Como quiera que fuese, hablaba muy bien el castellano.

La *plancha horizontal* á que se refería consiste en tenderse boca arriba, sin hacer ningún movimiento ni esfuerzo, quedando completamente estirado en el agua. El cuerpo queda entonces sumergido, dejando ver únicamente los pies y parte de los brazos, manos y cara. En tal posición muchos están horas enteras en el agua, fumando y hasta leyendo (1).

—¿Es usted inglés?—le pregunté para salir de dudas.

—Sí, señor; marca *London*—repuso jovial—. Y ¿usted?

—Madrileño de Madrid, como dicen allá en los barrios bajos.

—¿Madrileño? ¿Y sabe usted nadar tan bien? Allí, según tengo entendido, la gente no recibe en toda su vida más agua que la del Bautismo.

Se refería, como es natural, á tantos conciudadanos nuestros hidrófobos, que se contentan buenamente con lavarse cara y manos, dejando el resto del cuerpo con una capa de mugre que buen año para el ladrillo con que Job se rascaba en el muladar. Sepulcros blanqueados, aparatosos por fuera y hediondos por dentro. Pero yo hube de salir en defensa de mis paisanos:

---

(1) El Licenciado D. Juan Revilla Oyuela en su curioso libro *La enseñanza de la gimnasia,* afirma que en esta posición ha echado algunas siestas en plena alta mar y que podría dormir así toda una noche mejor que en mullida cama.

—Estas son exageraciones; en Madrid hay gente limpia y gente sucia, como en todas partes.

—¡Oh! no; entre nosotros, entre los ingleses, la purificación por el agua está en el rango de una virtud: la virtud de la limpieza.

—Será como usted dice; pero aquí estamos un español de tierra adentro que sabe hacer la plancha en el agua, y un inglés que no sabe hacerla.

—A eso venía, á que me la enseñara usted.

Sí; para eso estaba, para dar lecciones de natación. Cabalmente por no tener fuerzas para nadar más hube de recurrir á la *plancha,* y ahora salía el inglés con que se la enseñara. Y ¿qué inglés sería? Algún pelagatos, un minero, un descargador del muelle ó cosa así.

—Es que se lo pagaré bien—añadió, comprendiendo que yo no quería ser maestro de balde—. Veo que no me conoce usted. Toda Almería sabe de mí; pero yo le diré quien soy.

En aquel instante vi cielos y mar de color de rosa. Comprendí que había topado con un inglés extravagante y que su chifladura haría provechoso mi paso por Almería. Hubo un momento que, olvidando que era un mortal como yo, se me antojó un dios marino. Neptuno, Pan, ¡qué sé yo!, surgido de las ondas para salvarme.

Púseme en pie para oirle mejor, y por poco no doy una zapateta de alegría. Pero entonces se sentó él, y al compás que jugaba con la arena fué diciéndome:

—Ante todo la presentación. Me llamo Jorge

de Stanhope. Excuso el título, es decir, si soy lord ó míster, porque así, en pelota, alardear de par del Reino Unido sería caricaturesco. Me limitaré, por consiguiente, con poner á la cabeza de mi genealogía á Adán de Stanhope y á Eva de Stanhope, y á decirle que soy hombre rico.

—¡Dichoso y vienaventurado!—exclamé sin poderlo remediar.

—Lo sería, si á la riqueza añadiera lo demás, esto es, buen rostro y buena salud, que con la mucha hacienda y bien ganada son las tres cosas que hacen feliz á un hombre, según la balada escocesa. Pero á mí me falta la segunda de aquéllas.

—¡Cómo, sir!—repuse, dándole tratamiento, pues entendí que era realmente un milord por su apellido y por su elocución—. ¿Usted enfermo y desafía en piruetas á estas horas el sol andaluz?

—Como que este sol es mi médico—repuso muy formal—. Padezco de una afección edematosa. Harto de apurar todos los recursos de la medicina, me trasladé á este litoral, y aquí, tumbado en la playa horas y horas, me empapo de los ardientes rayos del sol. No solamente voy curando de mi enfermedad, si que también mis órganos adquieren suma tonicidad. Casi estoy sano. ¿Tengo ó no tengo razón en decir que este sol de Almería es mi médico?

—Pues no se confíe mucho en él, sir, porque á lo mejor lo mata de un tabardillo.

—Para eso asocio la acción tónica del aire y del sol con la medicatriz de las aguas del mar; es de-

cir, que combino los tres agentes de la medicación marítima: el clima donde se toman los baños, el agua del mar, que por esto llamamos *salado,* y *amarga* la onda; y las brisas marinas á cuya acción me expongo sin cesar en la playa. Pero para entrar en el mar hay que saber nadar, y yo sé muy poco. De todos modos, nadando se cansa uno mucho, y como lo que yo quiero es estar más tiempo en el agua, de ahí mis deseos de aprender á hacer la plancha.

—Sir, estoy á sus órdenes. ¿Cuándo quiere usted que empecemos?

—Pues ahora mismo, si le es á usted igual.

El inglés se acercó al mar, tanteó el agua mojándose primero las rodillas, luego la cintura y después la espalda, y acabó por arrojarse con súbita inmersión, para no dar tiempo al cuerpo de notar el cambio brusco de temperatura. Y yo con él. ¡Al agua, patos!; y como los patos nadamos, chapoteamos y nos zambullimos para acelerar la circulación de la sangre. Después, en el seno tibio y mimoso de las ondas, enseñé á mi discípulo á tender el cuerpo boca arriba é inmóvil. Es cosa tan fácil, en perdiendo el miedo, que á la primera lección se aprende; pero como además milord me veía remar adelante y atrás, ora sólo con las piernas, ora con los brazos, quiso aprender esto también, con lo que hubo de aplazarse para otra sesión ó sesiones, porque sentíamos los primeros escalofríos.

Milord se corrió á un cañizo donde tenía su ropa

y su maletín de baño. Vile ensabanarse, secarse con una toalla y en un santiamén vestirse. Yo no pude hacerlo tan aprisa, porque toda mi sábana eran los rayos del sol, y así, á medio vestir, me encontró el inglés y me dijo:

—Estoy muy satisfecho de sus lecciones y de lo discreto de su conducta.

—¡Sir...—repuse, inclinándome, esperando el *maná.*

—Mientras ellas duren le pagaré á usted á duro por sesión. Me es indiferente por la mañana ó por la tarde, porque, estando bueno el día, aquí estoy desde que empieza á calentar el sol hasta que va apagándose. Usted escoja la hora que le convenga. Por lo que pudiera ocurrir, vivo en la *Fonda del Vapor.* ¡Ah! tome usted sus honorarios de esta tarde.

Y me largó un duro.

—Y, además, un trago de *brandy* para quitar el gusto del agua del mar.

—Muchas gracias, sir.

Y lord Stanhope, con su maletín, echó á andar, hollando la arena, y cuando pisó tierra firme, erguido y á paso largo, se internó en la población.

En dos días más aprendió milord lo que quería, pagándome á toca teja los honorarios, como él los llamaba. La tarde última me di tal maña en servirle un embuchado de Historia y de Literatura inglesas, que el hombre, encantado, en vez del duro, dióme un billete de cinco.

—Milord, no tengo suelto—repuse, dándome

tono; porque, á la verdad, nada le conté de mis aventuras.

—No importa—respondió—; íntegro para usted.

No solamente no le enteré de mi vagabundez, sino que me guardé de ir á su alojamiento, cuyas señas me diera el primer día, no fuese que al verme de tan mala facha se avergonzara de su maestro. Otra cosa era en la playa, donde nos veíamos en traje de baño y éramos pariguales. Lo que sí hice en estos dos días fué pedir al cielo por la noche, que amaneciera un sol de fuego para que no me faltara el maná.

Con tantas pesetas lo pasé hidalgamente en Almería; renové el calzado y la ropa interior, y ni que decir tiene, aún me sobró dinero para el camino.

III

LANCE SERRANO

El cual proseguí vía recta á Murcia, por Lorca.

En saliendo por la puerta de Purchena, á las pocas leguas, se anda por tierra pedregosa y empinada, por la que se pierden las últimas ramificaciones de las sierras de Alhamilla, de los Filabres, de las Estancias y de la tan famosa de Almagrera. Las poblaciones son ricas y florecientes, con abundantes aguas, muchas huertas y buenas cosechas de granos, aceite, hilazas y barrilla. La mayoría de los vecinos habitan en las caserías y haciendas de campo, por lo que aquella tierra aparece más poblada que ninguna otra de Andalucía.

En algunos distritos vi los cables aéreos por los que vienen solas las vagonetas con plomo argentífero de la Almagrera, que se exporta por Garrucha, Adra y Aguilas de Murcia.

Tropecé con algunas cantinas de mineros y en ellas comí y bebí á la salud de Lord Stanhope.

Centro y emporio de estas minas argentíferas son *Vera* y *Cuevas de Vera,* á unas quince leguas

de la capital, villas ambas casi limítrofes, ricas y populosas. Siguiendo el río Almanzora íbame acercando á *Huércal Overa,* cuando se me ocurrió sestear en un chamizo abandonado en la ladera de un monte.

Dormía con esa beatitud que dan el cansancio de la jornada y el estómago satisfecho, cuando me sobresaltó un fuego de fusilería no muy lejos de donde yo estaba. Tan repetidas eran las descargas, que me alarmé y miré afuera. Y vi á mi frente una guerrilla de guardias civiles, desplegada en ala, tiroteando por intervalos á una que parecía corraliza, desde la que tiraban también, aunque con menos insistencia.

De pronto, vi retirarse herido un guardia y replegarse los demás, como si pensaran variar de táctica. Eran cinco y los mandaba un oficial.

—¡Bravo!—me dije—; mira por dónde vas á presenciar una batalla campal.

En esto oí el silbido de una bala que vendría de la corraliza, dedicada á uno de los tricornios; pero que á mí me hizo muy poca gracia.

Y como medida de precaución me eché de bruces en el suelo, pero asomando la jeta por la puerta del cobertizo para no perder detalle.

La curiosidad es malsana en ocasiones, y eso me avino ahora, porque el oficial que mandaba la fuerza hubo de verme y me hizo señas que fuera á él. No había más remedio que obedecerle, y á él fuí corriendo de miedo que volviesen á tirar en frente.

A fuer de hombre precavido, el oficial estaba resguardado detrás de un árbol, y junto al tronco fué esta entrevista.

—¿Qué haces aquí?

—Descansando, mi teniente (que esta era su graduación).

—¿Quién eres?

—Un hombre que viaja á pie.

—A ver la cédula.

Se la enseñé; me miró de pies á cabeza, y meneando la suya añadió:

—No me basta.

Eso ya me lo figuraba yo, porque esa clase de papelito resulta siempre un papel mojado.

—Pues no puedo enseñarle más, mi teniente.

—¿De dónde vienes?

—De Almería, es decir, de Cuevas.

—Y ¿á qué hora saliste del pueblo?

—A la una, mi teniente.

El oficial miró su reloj; vió que eran las dos ó dos y media, y volviéndome á mirar de pies á cabeza, repuso:

—Está bien; ya me enteraré... ¿De modo que tú no sabes nada de Ramón? ¿No has hablado con él?

—Pero, mi teniente, yo no sé de quién me habla usted; yo no conozco á nadie de por aquí ni he hablado con ninguno.

—Es que si mientes te hago fusilar aquí mismo.

Aquello iba derivando de mal en peor; pero no

me intimidé; así que, con aplomo y sangre fría, repuse:

—Yo no miento, mi teniente; repito que entré á sestear en aquella choza y que no sé nada de lo que ocurre aquí.

—Pues ahora lo sabrás—me contestó el oficial en tono más amable—. Anda por estos contornos un bandido que nos trae locos y á quien estamos dando caza. Al fin topamos con él y allí está, en aquella corraliza. Es imposible que se nos escape, porque ahora mismo desplegaré la fuerza en orden envolvente. Yo quiero ahorrar sangre de los míos, que por avanzar á pecho descubierto se exponen en demasía. Pero esto no se lo has de decir así, sino hacerle ver que queremos perdonarle la vida, supuesto que ha de caer en manos de la Guardia civil.

—¿Dice usted, mi teniente, que se lo he de *decir?*—recalqué, creyendo haber oído mal.

—Claro está, porque yo me incauto de tu persona, te hago auxiliar de la *Benemérita*, y á él te envío en calidad de parlamentario.

Creerá cualquiera que se me puso la carne de gallina oyendo semejante encargo; pero no fué así; me plugo la aventura, y aun vi en perspectiva una cruz sencilla del Mérito militar.

—A la orden, mi teniente—contesté, cuadrándome y haciendo el saludo.

—Así me gustan los hombres, resueltos y decididos. Pues bien; ahora mismo vas á la corraliza y le dices: "Pedro Ramón (que así se llama el ban-

dido); el teniente de la Guardia civil me envía á decirte que estás cercado y no puedes escapar; pero que si te entregas, te da palabra de honor de perdonarte la vida.

En este mismo instante silbó cerca de nosotros una bala de la corraliza, y los civiles, que estaban replegados junto á nosotros, contestaron con una descarga.

—¡Alto el fuego!—gritó el oficial—. Dejad pasar á este hombre. ¡Ea! á ver si despachas pronto.

Esto iba por mí. No hubo de decírmelo dos veces, porque impávido y erguido me encaminé á la corraliza; y para más prosopopeya, levanté mi bastón con el pañuelo atado, á guisa de bandera de parlamento.

Anduve unos doscientos metros y llegué al antro. Una corraliza abandonada, con pequeño tapial y el esqueleto de una choza entre una maraña de árboles y matorrales, y entre la espesura un hombre joven, empuñando una carabina, que á distancia de pocos pasos me gritó:

—¿A qué vienes?

—A parlamentar de parte del teniente—respondí—. ¡No tires, ¿eh? ¡Que soy moro de paz!

Y abrí los brazos para que me viera desarmado y tuviera confianza.

—Acércate y habla.

Llegué á la tapia, entré por un portillo y el bandido me recibió en un reparo de maderos y cascotes, desde el que se atisbaban los aproches y muy particularmente el sitio donde estaban los seis

tricornios esperando. Era un apuesto joven, vestido como cualquier hombre del campo, pero con canana y escopeta.

—¿Qué quiere el tricornio?—me preguntó.

—Quiere salvarte la vida—contesté—. Mándame decirte que estás perdido, pero que si te entregas te llevará preso y nada más.

—Eso ya lo veremos—repuso el bandido, riéndose siniestramente—. Que pruebe acercarse.

—Pedro Ramón... ¿No es así como te llamas?

—Sí, me llamo Pedro Ramón.

—Pues bien, Ramón; creo que llevas la de perder, y te aconsejo que te vengas á razón.

—Nunca, jamás—me contestó con energía, acompañando una blasfemia—. Tú no conoces á los tricornios. Les debo muchas, para que me perdonen la vida. Donde me cojan, me matan.

—Te digo que no, Ramón—repuse, queriendo salvarlo, y, sobre todo, queriendo lucirme como parlamentario.

—Te digo que sí, rediós—añadió él, casi furioso.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Escapar á la sierra, que está á cuatro pasos.

—No sé cómo, porque van á cercarte.

—Pues ahora lo verás, porque no hay tiempo que perder. Dame tu chaqueta y tu sombrero.

—¡Pero, hombre!—exclamé atribulado, viendo que así me desnudaba—. Parece mentira que hagas esto con un pobre caminante que vino á verte

obligado. Porque has de saber que el teniente me amenazó con fusilarme.

—Sí, te creería mi espía. ¡Ea! Prontito—añadió el bandido con mímica expresiva—; dame lo que te pido. Mucho siento hacer daño á un pobre, pero no hay más remedio.

Me quité la chaqueta y el sombrero, exclamando: *¡Oh dulces prendas, por mí mal halladas!* porque me acordé de los benefactores de Antequera y de Granada, á quienes las debía.

—No puedo pagártelas, porque no llevo dinero, que si no, lo haría. Ando á salto de mata; los tricornios me siguen la pista y no puedo parar en ninguna parte.

—Pero ¿cómo escogiste oficio tan arriesgado?

—¿Cuál? ¿El de bandido? No lo soy; ni mato, ni robo á nadie; pido de comer, nada más. Me lancé á esta vida por vengarme de un cabo de civiles que me maltrató cierto día que me arrestaron por un juicio de faltas. Después, las cosas se enredaron como cerezas; maté un guardia, herí malamente á otro...

—Y á otro ahora—le interrumpí.

—Me alegro, ¡recontra!... En fin, que ya no hay más remedio para mí que Dios y esta escopeta.

En tanto así hablaba, cambió sus prendas por las mías. Creí que iba á darme las suyas, pero pronto me convencí de lo contrario.

—Vete ya—me dijo—, porque va pasando mucho tiempo y los tricornios pueden armarme

una celada; y vete así, en mangas de camisa y sin sombrero, porque me hace falta lo mío.

Comprendí era irrevocable la resolución de aquel hombre, y me dispuse á dejarlo.

—En resumen: ¿qué le digo al teniente?

—Que se vaya á la mierda y que yo no me entrego.

Estas mismas palabras repetí al oficial cuando llegué á su vera con mi banderín blanco y con la doble vergüenza de mi despojo y de mi fracaso parlamentario. Oído que hubo el teniente cuanto me pasó con Ramón, empezó á dar órdenes, y los guardias se escamparon para converger valientemente en la cobertiza.

Desde mi observatorio, porque no me creí en el caso de acompañarlos, veía la temeridad de Pedro Ramón, cuyo bulto se mostraba inmóvil en la corraliza, esperando, sin duda, la aproximación de los guardias, para aprovechar bien cada tiro.

Conforme los civiles avanzaban, como veían al bandido lo mismo que yo, le enviaban tal cual tiro, pero sin acertarle nunca, porque el otro seguía siempre en su puesto. Al fin, resueltos y denodados, los cinco, con el teniente á la cabeza, se lanzaron al asalto de la guarida. Debían habérsele acabado las municiones al bandido, porque no disparaba y seguía viéndose quieto. ¿Habría cambiado de resolución y pensaba entregarse?

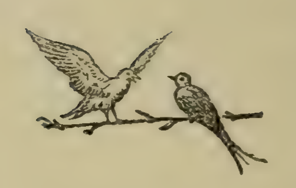
Curioso de ver el desenlace, y sin miedo á las balas, porque nadie tiraba, fuí acercándome al

lugar de la escena, y entonces me percaté de todo. El supuesto Pedro Ramón era un estafermo, un palo vestido con la chaqueta y el sombrero del bandido, quien, para esto, se puso mis prendas. Engañados con esta estratagema los civiles, se habían ido acercando á la corraliza, en tanto que Ramón ganaba á rastras la vecina sierra, luciendo la chaqueta del herbolario antequerano y el chambergo del aficionado granadino.

Y menos mal si hubiera podido canjear estas prendas por las del bandido; pero ni aun esto, porque estaban acribilladas á balazos por los primeros disparos de los guardias cuando fueron avanzando.

—No te apures—me dijo el teniente, viéndome condolido—; vente con nosotros á Huércal, y te vestiré.

El caballero oficial cumplió su palabra. En cuanto llegamos á Huércal-Overa, dióme chaqueta y sombrero nuevos, y satisfecho de mi proceder, me dejó pasar la noche en el cuartelillo, y recabó del alcalde una pesetilla para ayuda de tránsito.



LIBRO NOVENO

A TRAVÉS DE MURCIA

I

MIGNON

Este pueblo de Huércal-Overa confina con la provincia de Murcia, cuya localidad más importante hacia este lado es la ciudad de *Lorca,* con una fértil y hermosa huerta regada con las aguas del Sangonera, que cruza la ciudad.

Equidistante de Lorca y Murcia está *Totana,* partida por gala en dos barrios, el de Sevilla y el de Triana, y situada al Norte de una sierra cubierta de nieve la mayor parte del año, de cuyo artículo provee á la capital, distante unas ocho leguas. El vecindario de Triana está compuesto casi por mitad de labradores y gitanos, á juzgar por la clase de gentío que, por ser domingo, vi en el mercado. Y entre la concurrencia un cirineo con el palo de un anuncio en el que estaba escrito con almazarrón: *Compañía cómico-lírica-acróbata nacional. Función, á las seis de la tarde, en la Posada del Laurel.*

Como por estos días iba boyante, habíame dado á la buena vida, y entre mis tentaciones fué una la de albergarme en la posada.

Por dos pesetas ajusté comida, cena y cuchitril. Como era ya más de la una, hallé el comedor casi desierto. Los únicos que allí estaban eran un hombre y una mujer, padre é hija, como se verá, que hablaban en esta guisa:

—¿Te encuentras con ánimo para trabajar, Antonina?

—Haré un esfuerzo, papá.

—Ya ves, hija, hoy es domingo y convendrá aprovecharlo, porque si no, otra semana de espera.

—Yo bien quisiera—respondió ella, una joven pálida y ojerosa, de ojos muy negros y cutis de camelia—, pero no sé si podré. El ataque de esta mañana me dejó aniquilada.

—¿Quién se acuerda de eso? Ya pasó, Antonina. Además, no se debe hablar de cosas tristes en la mesa—añadió con tierno reproche—. Vamos á indigestarle la comida al vecino.

Referíase á mí, que por estar en la mesa del lado era su vecino en verdad.

—Nada de eso—repuse aprovechando la alusión—. Pueden ustedes hablar con la mayor libertad. Estoy hecho á todo. Lo que siento es que la señorita esté enferma. ¿Son ustedes forasteros?

—Somos comediantes—respondió el padre—, cómicos de la legua ó faranduleros, como se quiera llamarnos. Llegamos á Totana y aquí posamos para dar unas representaciones al *partido;* pero nos vemos partidos.

—No le entiendo á usted.

—Eso quiere decir que trabajamos por nuestra cuenta y riesgo, sin empresarios de por medio, á pérdidas ó ganancias, y que las primeras superan á las segundas.

—El resultado era de prever—contesté—. ¿Quién les mete á ustedes en estos andurriales? Labradores y gitanos no están por el arte escénico, sino por espectáculos de feria.

—Pues este es nuestro repertorio.

—¿Y tampoco les gusta?

—¡Ya lo creo que les gusta! Sólò que no podemos servírselo, porque nos ha faltado lo mejor de la compañía; esta hija mía, que desde que vinimos á Totana no tiene día bueno.

La joven estaba tomando un menjurje negro, el café posaderil, y parecía tenerla sin cuidado lo que hablábamos.

—Y el resto de la compañía, ¿dónde está? —pregunté—, porque habló usted de una compañía.

—Los demás están en el coche-cama, un barracón con dos ruedas, en el que viajamos como zíngaros trashumantes y que nos sirve de casa y guardarropía.

—Según esto, el personal será poco numeroso.

—Pues ésta, mi hija Antonina; su hermano; otro asalariado, que así hace de gracioso de sainete como de payaso de pantomima, un perro sabio y un servidor de usted, que asume el triple cargo

de director de la farándula, de barba y de nigromántico, según se tercia.

—Lo que equivale á decir que el repertorio es muy variado.

—¡ Figúrese usted! con la enumeración basta.

—Entonces no será lisonja decir que la señorita Antonina es un estuche de habilidades.

La joven pálida me miró y se sonrió.

—Acertó usted—repuso el cómico viejo—. Antonina tanto sirve para dama joven como para cupletista, funámbula y demás habilidades de circo, no siendo la menor entre éstas la exhibición de *Sultán,* el perro sabio de que hablé.

—Y ¿dónde son las representaciones?

—En el corral de las posadas, en patios ó salas de casas desalquiladas, donde buenamente quepa la gente y se pueda armar el tablado. Hoy, verbi gracia, tenemos anunciada la función en el patio de esta posada. El posadero, que nos conoce de Alhama, nos ofrece diez duros porque trabajemos esta tarde en su casa, y él se gane el doble ó el triple con la concurrencia. Y aquí de lo que le decía á usted: la pobre de mi hija se ha puesto mala y habrá que suspender la función. Llevo una semana mortal, porque me encuentro clavado con los gastos de este hospedaje, á que hube de recurrir para atender mejor á Antonina. Con los diez duros me salvaba y estiraba otra semana.

—No te apures, papá—dijo la joven—; habrá función, porque ahora me acostaré y haré fuerzas para trabajar.

Y como anticipada prueba, daba pasos por el comedor, como si pisara las tablas de un teatro.

En esto, hicieron su presentación dos nuevos personajes, muy limpios de cara y con cabellos á la romana, que á la legua trascendían á comiquillos. Los dos eran muy jóvenes; uno, de tipo arrogante, casi atlético; otro, un bizco, de cabeza gorda y patas largas. De su peso se caía, eran el hermano de Antonina y el payaso.

Quienes, por toda ceremonia, se dirigieron á la joven, preguntándole á dúo:

—¿Cómo estás, Nina?

—Algo mejor, muchachos—contestó ella.

—¿Es que nosotros no somos gente?—dijo risueño el cómico viejo.

—Primero las damas, después los caballeros—contestó el bizco—. ¡Buenas tardes, señores!—añadió contoneándose bufamente, sombrero en mano.

—Muy buenas —repliqué—. ¿Quieren ustedes acompañarme?

Los recién entrados fueron tan comedidos que se contentaron con darme las gracias; pero yo me sentí espléndido y dije á la criada, al tiempo de traerme el café, que nos sirviera una copita de anís á todos.

—Di, Nina—oí que preguntaba el hermano á la hermana—, ¿habrá bolo?

—De esto hablábamos papá y yo cuando llegasteis—contestó la joven volviéndose á sentar.

—No te sientes, hija—repuso el padre—, acués-

tate cuanto antes, que yo te llamaré con tiempo. La siesta te sentará bien.

Obediente la joven se retiró, no sin saludar á todos con una reverencia algo teatral, pero graciosa.

—Me parece que las fuerzas le engañan—añadió el cómico viejo—. ¡Pobre hija mía! Muchachos, me dice el corazón que pasaremos el domingo en blanco.

—Pues hay que hacer algo D. Rafael—repuso el bizco—, porque los caballos del carro comen, nosotros comemos y ustedes han de pagar la posada.

—Basta de *gori gori*—interrumpió D. Rafael mal humorado—que me lo sé de memoria. Pero por si acaso ganemos tiempo, porque son las dos y hasta las seis, que será la función, van cuatro horas que se van en un suspiro. Entre ustedes dos se reparten la tarea. Pepe (su hijo) llevará á Sultán los mendrugos sobrantes en la cocina; usted (el bizco) llevará al Alcalde el parte de la función y luego reúnase con Pepe y traigan los trajes, que en la posada nos vestiremos todos.

A seguida D. Rafael pidió recado de escribir y á grandes rasgos escribió:

Programa de la función que, á las seis en punto de la tarde, dará comienzo en la Posada del Laurel. Primera parte: *El prestidigitador Doctor Raf.* Segunda parte: *Exhibición de la bella Nini con su perro amaestrado y de Toni, el rey de los payasos. —Rafael Encina, Director de la Compañía cómico-lírico-acróbata nacional.*

Y tras dirigir el sobre á nombre del Alcalde mayor, dió la misiva al bizco y éste se fué.

El cómico viejo y yo quedamos solos, porque el otro mancebo se había ido antes de todo esto.

Como don Rafael tuvo la atención de leerme el parte antes de entregarlo, no pude menos de decirle:

—Muchos títulos lleva la Compañía; apenas caben en una línea.

—¿Y á mí que me parecen pocos? Aún caben: *músico-fantástico bailable;* y en vez de nacional *internacional.*

—¿Y si los espectadores se llaman á engaño?

—El caso es que entren, que una vez adentro apencan con todo. Además, ¿le parece á usted poco ver por un real: una mujer en traje de mallas, las habilidades de un perro sabio y las payasadas de un tonto? A lo que hay que añadir que como estos pueblanos acostumbran á exprimir el jugo al dinero, pedirán repetición y más repetición, y Nina se verá obligada á darse un jaleíto ó cantar unas seguidillas.

—Mucho trabajo es éste para su hija de usted, y más estando delicada. ¿Qué es lo que tiene?

—Esto es lo que todos nos preguntamos y nadie lo sabe. Estaba sana y fuerte, y en menos de dos meses se ha quedado consumida.

—La anemia, ¿la tisis quizá?

—Vaya usted á saber. Mi opinión es que está enferma de mal de ojo, y que hasta tanto no se conjure la influencia, la pobre irá de mal en peor.

—¿Cree usted en esas antiguallas?

—No lo son y se lo demostraré. Muchos han dudado si hay este achaque, por otro nombre *fascinación;* y no son pocos también quienes, como usted, tienen esto del aojar por cosa ridícula. Pero con licencia de los doctos que así opinan, digo que no sé cómo pueden negar lo que se ve tan palpablemente y se experimenta en personas y animales.

—¿También en animales?

—Sí, señor. Es opinión de la gente del campo que hasta los pájaros conocen serles nocivo el mal de ojo y se previenen poniendo en los nidos ciertas hierbas y hojas de árbol que resistan y defiendan este daño.

Tal hacen las torcazas, cogujadas y abubillas contra los cuervos y halcones.

Comúnmente se atribuye este maleficio en las personas á aquellos que tienen dos niñas en cada ojo ó en uno solo (1), y yo certifico esa verdad. ¿No se fijó usted en el compañero de mi hijo?

—Sólo noté que era bizco.

—Pues en el ojo derecho tiene las dos niñas del maleficio, aunque no siempre las muestra, porque, como los gatos, tiene una retina muy variable.

—¿Entonces éste es quien dió mal de ojo á Nina?

—Así parece, porque la enfermedad de Nina

---

(1) Así lo dice Ovidio, en su *Arte de amar*, libro I.

fué á raíz del día en que él se vino á vivir con nosotros.

—Si tal cree usted, ¿cómo no pone pronto remedio? ¿Por qué no despide al bizco fascinador?

—Primero, porque me hace mucha falta. A decir verdad, no encontraré otro como él, ni como actor ni como gracioso; porque dice muy bien el verso y es, además, un bufón como hay pocos. Segundo, porque no estoy seguro que sea el causante de la enfermedad de mi hija, y si le despido pudiera arrepentirme. A bien que ya estoy harto de pruebas, y aquí, en Totana, le daré el pasaporte.

—¿Á qué pruebas se refiere usted?

—Desde las más sencillas á las más costosas. Entre las primeras, clavar una cabeza de lobo en la puerta del coche ambulante y colgar del cuello de Nina un cuernecito de coral, cosas ambas muy eficaces para defensa del aojado, porque en ellas parece quebrarse la virtud del maleficio. Entre las segundas, andar á tumbos de terma en terma para que Nina tome aguas minerales.

—Le compadezco, don Rafael, porque eso le saldrá por un ojo de la cara.

—No tanto como parece á primera vista, porque yo me doy buena maña en bailar la chacona al son del miserere, quiero decir en acampar a inmediaciones de los balnearios, y con la farándula sacar para los gastos. A esto se debe mi paso por Totana, pues vengo de Alhama, que está á cuatro pasos de aquí.

—¿Tiene usted fe en las aguas, don Rafael?

—Mucha; sepa usted que soy catalán, hijo de Barcelona. En esta provincia hay unas aguas, las de Argentona, tan famosas por su virtud fecundante que antiguamente los menestrales acostumbraban estipular antes de la boda, que sus mujeres no irían sino una vez en toda su vida á estas aguas, para no cargarse de hijos. Tenían razón, porque al cabo de los años que mi mujer era estéril, fuímos á Argentona y allí concibió su primer hijo, que fué Nina.

—Perfectamente, don Rafael; peŕo las aguas, como todos los remedios, son armas de dos filos, que lo mismo pueden matar una enfermedad como la vida. Y, si no, lo que dice la copla de Archena:

Hay á orillas del Segura
un manantial que es de plata;
á pocos son los que cura,
á muchos son los que mata.

—A lo que contestaré con el orgulloso lema de los antiguos baños de Fitero:

Este agua todo lo cura
menos gálico y locura.

Y es que los médicos no se entienden. En tanto unos opinan que cada estación, según la composición química de sus aguas, sirve para determinada enfermedad, dicen otros que todas las aguas termales, salvo contadas excepciones, obran de una misma manera; ó sea, que sirven igualmente para cada una y todas las enfermedades crónicas.

—Y de Alhama, ¿dónde piensa usted llevar á Nina?

—A la provincia de Almería, tan rica de aguas como la de Murcia, y después á Málaga á unos baños cuyo solo nombre da ganas de bailar.

—¿Cuáles?

—Los de Carratraca. Los descubrió un perro enfermo, que se metió en uno de los estanques y quedó sano. De aquí empezaron los pastores á bañarse y á tomar crédito las aguas. Con este motivo acudió un contrabandista que logró salud en ellas; vistióse de ermitaño, y con las limosnas que recogía hizo una ermita. Acudieron más bañistas, y como los andaluces son tan alegres, se armaron tantos bailes y tal era el ruido de las castañuelas, que suenan *carratrá, carratrá,* que de ahí vino llamarse el sitio Carratraca. Hasta allí pienso llegar con mi farándula, á ver si Nina se alegra y sana de una vez.

—Pero librándola antes de la fascinación del bizco...

—Se sobreentiende.

—Bien, don Rafael, es usted un hombre de recursos. Ya tendremos ocasión de hablar más, porque yo también paro en esta posada.

—¿Qué número es el de su cuarto?

—El número dos.

—¡Qué casualidad! Yo tengo el tres y Nina el cuatro. Somos vecinos en toda regla.

—Pues, mándenme ustedes—acabé diciendo.

Y fuime á dormir la siesta.

II

EL PUÑAL DEL GODO

El tiempo reglamentario de una siestecita es media hora; pero como yo estaba tan olvidado de los colchones, en cuanto cogía una buena cama, en ella me eternizaba. ¡Quién sabe hasta cuándo dormiría en otra!, porque el dinero se iba acabando.

Dos horas buenas habría dormido, cuando me despertó una llamada á la puerta de mi habitación. Salté del lecho, abrí, y me encontré con don Rafael, quien, muy demudado y cariacontecido, me dijo:

—Sucedió como esperaba. A Nina le dió otro patatús, y estamos perdidos.

—¿Por qué dice usted esto, don Rafael?

—Porque no pudiendo dar la función de esta tarde, el posadero, á quien ya debo una semana, cansado de aguantarnos y de esperar, nos echará á la calle.

—¿Tan necesaria es Nina?

—¿No lo ha de ser? ¿No ve usted que á estos brutos lo que más les interesa es ver una mujer medio desnuda?

—¿Pues tan grave está que no puede salir?

—Venga usted á verla.

Y, cogiéndome del brazo, me llevó al cuarto número cuatro. Nina estaba acostada, y al vernos entrar nos miró con ojos extraviados. Su padre, al oir el grito que lanzara, precursor del accidente, solícito había acudido á socorrerla. En los espasmos de la epilepsia se le había desenredado el cabello á la pobrecita y ahora se mostraba inerte y lívida, doblada la cabeza, como azucena tronchada.

El bueno de su padre me llevó á la cabecera, y en tanto pasaba un pañuelo por los labios de Nina, me miraba como queriéndome decir:

—¡Ya la ve usted!

Yo estaba cohibido, sin saber qué hacer; sin embargo, dije lo que á cualquiera se le ocurriría en parecida situación:

—Don Rafael, si necesita usted algo, mándeme.

—Pues bien—me contestó—, le voy á molestar. A espaldas de la posada verá usted un solar donde está el coche ambulante. Hágame el bien de acercarse allí y decir á los chicos que vengan.

Me apresuré á cumplir el encargo. Allá donde me dijo hallé el coche, y subiendo unos escalones penetré en él. Me recibió un perro ladrando.

—¡Quieto, Sultán!—le dijo alguien.

Y salieron á recibirme mis conocidos, el hermano de Nina y el bizco.

—¿Viene usted á visitarnos?—me preguntó el primero.

—Vengo de parte de su padre á que vayan ustedes junto á Nina, porque se ha puesto mala.

—¡Se estropeó el asunto!—exclamó el bizco, displicente—. ¡Ea, vamos!

Colgaron de unas perchas los trajes que estaban amontonados en el suelo, cerraron un ventanillo que en la trasera daba luz á los cajones de los dormitorios, y echando agua á una hornilla encendida junto al vestíbulo, que sería la cocina del hogar, no echamos los cuatro afuera (porque el perro se vino también con nosotros), dejando atrancada la puerta.

Cuando llegamos á la habitación de Nina, salió don Rafael.

—No hagan ustedes ruido—nos dijo—; se ha dormido y así se quede. Vénganse á mi cuarto.

Pero Sultán, que no entendió estas palabras, se puso á ladrar, queriendo á todo trance ver á su ama.

—Sultán, Sultán—oímos gritar á Nina.

Y no hubo más remedio que dejar al perro que saltara al lecho de su amita.

—Mejor—dijo don Rafael—, así estará acompañada.

Cerró la puerta y nos llevó á su habitación. Entraron primero los dos jóvenes, y en un momento que pudo, díjome don Rafael en el umbral de la puerta:

—Fíjese usted en las dos niñas de este hombre. No he querido que viera á mi hija, porque si no, me la mata. Hoy es su último día con nosotros. No la verá más.

Traté de averiguar lo que me dijo don Rafael.

Y fuese por prevención ó porque así era, reparé, en efecto, que la retina del bizco brillaba de un modo extraño. No es que tuviese dos niñas en un ojo, sino que la retina se desdoblaba en dos puntitos oblongos y grises como de gato. Quise desafiar su fascinación y le miré de hito en hito. Sin duda que mi mirada tendría más influencia que la suya, porque el bizco parpadeó su ojo derecho, y cuando volvió á mirarme le vi borrado el maleficio: los dos puntitos formaban uno solo. Advertiré, no obstante, que, curándome en salud, hice este experimento apuntándole con el meñique y el pulgar de la mano derecha.

—Ya lo ven ustedes—dijo á todo esto don Rafael—. No hay más remedio que suspender la función. Usted (al bizco) encárguese de ponerlo en conocimiento del señor Alacalde, que yo haré lo mismo con el posadero. ¡Bonita cara va á ponerme el hombre cuando le dé la noticia!

—Pero, papá—replicó Pepe—, no lo lleves tan á punta de lanza. Creo que cabe un arreglo.

—No sé cuál.

—Pues variar el programa y anunciar que es á causa de haberse indispuesto Nina.

—Esto no lo cree la gente. Además, ¿qué función cabe con tres hombres solos?

—¿Y con cuatro?—repuse yo con súbita inspiración, condolido de los apuros del cómico viejo.

—Hombre, con cuatro sería otra cosa—respondió don Rafael, sin comprender por qué lo decía—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Vamos á ver—repliqué—. Me dijo usted que su compañía hace á pelo y á pluma, es decir, que da comedias y hace trabajos de circo. ¿No podríamos combinar un espectáculo con una pieza en verso y luego lo otro?

Este *podríamos* intrigó al cómico viejo, porque le pareció que yo era el *Deux ex machina* que había de sacarle del atolladero.

—Explíquese, explíquese usted—dijo impaciente.

—Pues, muy sencillo: que su salvación en esta tarde depende de la respuesta que dé á esta pregunta: ¿Sabe usted *El puñal del godo?*

—Ya lo creo; con él me desteté, como quien dice.

—Y ¿ustedes?—seguí preguntando á los dos jóvenes.

—También. ¿Quién no lo sabe?—contestó el bizco por él y por Pepe—. Me lo sé íntegro, desde el principio hasta el fin. Lo mismo hago de ermitaño, que de don Rodrigo, de Teudia ó de Conde don Julián.

—Bien está, hombre—repuse—; con un papel basta. ¡Se salvó la patria, señores!—dije alegremente—. Daremos *El puñal del Godo*. El hermano de Nina hará de *Teudia;* don Rafael, ¿de que hará don Rafael?

—A la verdad, hace tanto tiempo...

—Ya le repasaremos el papel de *Romano,* el monje eremita.

—Entonces, ¿quién hace de *don Rodrigo?*—preguntó el bizco.

—Yo, caballero—respondí con énfasis—, y usted, de *Conde don Julián.*

—¿Qué? ¿Es usted de los nuestros y se lo tenía callado?—dijo con asombro don Rafael.

—No, señor; no soy cómico; pero de colegial he representado este papel y de él me acuerdo como del Catecismo.

Esta es la verdad, porque en el colegio donde me eduqué los Padres Escolapios, á los más talluditos, nos hacían representar *El puñal del Godo* á troche y moche.

—Con que al avío—añadí—; á preparar de cualquier modo la escena, á ensayar los papeles aquí mismo y á dar parte de la variación del programa.

—¡Me salvó usted, amigo mío—dijo don Rafael, estrechándome la mano—, me salvó usted, porque tras *El Puñal* vendrá lo otro. Es verdad que no hay Nina, pero en cambio hay drama, y muchos preferirán el cambio. El resto del programa puede seguir con pequeñas variantes. El doctor Raf hará sus escamoteos; Pepe se lucirá con Sultán, que también le obedece, y usted (al bizco) tendrá que echar el resto de sus habilidades.

—¡Magnífico! ¡Aprobado!—gritaron uno tras otro los dos jóvenes, satisfechos de la solución del problema.

—Y ahora voy á participárselo á Nina para que se alegre y tranquilice.

Como urgía el tiempo, nos dimos prisa á ensa-

yar. Recitamos los papeles en la barraca, porque en mi cuarto no se cabía, y haciendo memoria y ayudándonos mutuamente, dimos el visto bueno.

Lo de menos eran los trajes, porque en los baúles del carro los había de toda clase. Yo me probé mi ropilla y no me venía mal. Aunque en la noche con que empieza el drama de Zorrilla es fría y "está lloviznando hielo", don Rodrigo habría de enseñar unas medias arrugadas, porque botas no había. Y Teudia y el Conde lo mismo. Capas y sombreros estaban muy averiados; pero con arrojarlos al suelo en gentil desplante al presentarse en escena, no habría nada que tachar. Lo más arduo era la decoración; pero el posadero, á guisa de empresario, facilitó lo más indispensable, aunque prescindiendo de relámpagos y truenos.

Momentos antes de las seis, hora en que iba á empezar la función, fuimos al teatro, un corral de la posada, al aire libre, sirviendo de patio el limpio suelo apisonado con greda y arena, y de escenario un pequeño terraplén al fondo, que había servido de granero ó de pajar.

El posadero se puso á la puerta, ante una mesa, mientras á la parte de afuera un tambor alquilado llamaba á la gente. Esta fué acudiendo á remesones, quien suelto, quienes en parejas y en grupo; pero todos aflojando el realito de la entrada. Las mujeres, las tenderas especialmente, traían consigo silleta y alfombra, como en misa, para estar con más comodidad. Estas se sentaban en primer término, y detrás el resto del público, de pie ó

sentados en el suelo. Entre todos sumarían unas doscientas personas.

La función gustó mucho. Las frases gordas que se cruzaron entre yo y el bizco, es decir, entre don Rodrigo y el Conde, promovieron muchos aplausos.

Caldeado así el ambiente, los sucesivos números merecieron también la aprobación del *ilustre senado*.

Don Rafael, que había gustado de ermitaño, se metamorfoseó en doctor Raf y lucióse como prestidigitador. Pepe, vestido de atleta, hizo algunos ejercicios de fuerza, dirigió las maniobras de Sultán; y el bizco, disfrazado de clown, hizo muchas tonterías, dijo muchas burradas y dióse grandes batacazos, siendo el hazme-reir de la concurrencia.

¡Razón tuvo don Rafael cuando me dijo que este hombre era sin par! Y porque así lo seguía creyendo, concluída la función, hubo de decirme que consultaría con la almohada si le daría el pasaporte ó no.

Resultado final: que aquella noche cenamos alegremente en el comedor de la posada todos, incluso Nina, más aliviada ya, la cual, por cierto, me felicitó y me dió las gracias más efusivas; y que don Rafael cobró las cincuenta pesetas del posadero.

Algo quiso darme, pero yo no lo consentí, contentándome con el regalo de la cena, que, por te-

nerla pagada ya, me descontó el patrón. Y esta fué toda mi paga.

Digo mal; lo que me satisfizo y dió por bien pagado, fueron las sonrisas de la doliente Nina y pensar que había hecho un bien á mis hermanos de vida errante.

Por cierto que no volví á verlos, porque al otro día me eché á la carretera, camino de Murcia. Supongo que con el remiendo de esa noche, el posadero, engolosinado, daría treguas á otra semana, y, entre tanto, el cómico viejo suspendería también la sentencia contra el bizco. ¿Y la pobre Nina? Es de creer que el maleficio de las dos niñas juntas habrían perdido mucho de su influencia, porque en mi diálogo con don Julián, cuando nos decíamos:

—Nos hallamos al fin.
—Sí, nos hallamos.
Y ambos á dos, execración del mundo,
la última vez mirándonos estamos,

fueron tales las miradas que di al fascinador, que le anonadé y neutralicé su conjuro antes que Teudia lo matara.

III

HABLANDO CON LAS MONJAS

Más allá de *Lebrilla*, pasado el Sangonera, empieza una dilatada llanura, viéndose á lo lejos la alta torre de la Catedral de Murcia.

La ciudad está rodeada por su famosa *huerta*, rival de las vegas de Granada y de Valencia; un magnífico verjel de vegetación espléndida, regado por el Segura y miles de acequias y canales. La complicada red, así como las ordenanzas del riego, no menos que el traje de los huertanos y los ojos negros de las huertanas, son legados y trasunto vivo de los árabes.

Cabe añadir que estos murcianos son más moros que los andaluces, en cuerpo y en alma. El andaluz viene á ser el castellano aclimatado en la tierra del sol, con las características de la raza y del medio ambiente. De ahí la noble actitud, rayana en fachendoso énfasis; el limpio decir, que llega á los límites de la hipérbole. Algo así como pasó con aquellas vides alemanas que, al ser trasplantadas á España, con la bondad del clima y calidad del terreno, perdió el vino toda la aspereza de su país natal y mejoró mucho sus calidades en delicadeza y gusto.

El murciano es el moro arraigado en España; es moreno de tez, serio, casi taciturno, de pasiones reconcentradas, que estallan tardías, pero fulminantes. El vengador de su honra, verbi gracia, es tipo tan castellano como andaluz; pero trasplantado á Murcia, es Otelo.

Ni los murcianos pueden negar ese abolengo; pues consultando la Historia, se ve que Murcia no fué nada hasta que los moros la amaron como suya. Después de la invasión agarena, Murcia, antes obscurecida, crece como por encanto y llega á ser capital de un reino. Calles y callejas que van desapareciendo, aunque lentamente; los cimientos de las murallas y aun algunos trozos de ellas que quedan en pie dan la razón, unido á lo demás, á aquello que escribe el cronista Martínez Tornel: que Murcia es árabe por *esencia,* por *presencia* y por *potencia.*

Mi paso por las calles de la ciudad se señaló por un gracioso sucedido.

Junto al convento de Santa Clara hay un solar cercado, adyacente al huerto de la finca, donde las monjas tienen, en alegre promiscuidad, rico plantel de conejos y gallinas. Una mujer y dos chicos entraron en el solar y agarraron cuatro hermosas gallinas y un magnífico gallo.

Salieron tranquilamente á la calle con la preciada carga; pero alguien que advirtió la maniobra la emprendió á gritos de "¡A esos!", y los chicos y la del gallo pusieron pies en polvorosa. Los chicos lograron desaparecer con sus respecti-

vas gallinas; pero la mujer, falta de fuerzas, soltó el gallo con la buena idea de invitar al publiquito que se aglomeró, á un linchamiento del ave.

El público se dividió en dos bandos: uno persiguió á la mujer y la capturó fácilmente; el otro, calle arriba y despues calle abajo, corría tras el gallo, que, cansado de tantas carreras se erguía y de vez en cuando embestía, dando algún que otro picotazo. En esto topó conmigo, que allí estaba de espectador. Fuí á cogerlo, y el animalito, en vez de correr, aleteó bravamente y en dos vuelos se plantó primero en mi brazo y luego en mi cabeza. A riesgo de que me clavara uno de los espolones, alcé las manos y lo cogí por las patas.

—¡Es del convento! ¡Es del convento!—me gritaron algunos, creyendo que el gallo sería conmigo.

—Pues al convento voy á entregarlo—contesté con aplomo.

Y con el gallo estirado llegué á la portería de Santa Clara, á pocos pasos de donde fué la captura. Siguióme un grupo de curiosos para ver si era verdad lo que decía, y en cuanto vieron que tocaba la campanilla, que se abrió la puerta y que yo solté el gallo, se retiraron convencidos de mi probidad.

Y me acordé de la máxima de Sebastopol: "Aquí estoy y aquí me quedo." Es decir, me senté en el banco del locutorio á descansar, porque había trotado mucho las calles y el sol picaba más de lo regular.

Al poco rato la campana del convento, lenta y pausadamente, tocó el *Angelus* del mediodía, y yo, como buen cristiano, y, sobre todo, por respeto al lugar donde estaba, me santigüé.

Pongo á Dios por testigo que no lo hice para congraciarme con las monjas, porque las celosías estaban cerradas con las maderas, y bien sabía yo que tras ellas no me miraba nadie.

Poco á poco fueron entrando donde yo estaba hasta media docena, entre niños y mujeres, con sendas ollas y pucheretes, señal inequívoca de que venían á las sobras de la comida monjil. Su espera no fué larga.

A eso de media hora la tornera dió una palmada, y los pobres se acercaron al torno.

El torno lo constituyen dos círculos planos con listones verticales de madera, que giran sobre un mismo eje, y sirve para recibir los recados del convento. Así, pues, un pobre ponía su olla en el primer hueco, y conforme el aparato iba girando, los demás hacían lo mismo con las suyas. Adentro se las llenaban, y luego, por el mismo procedimiento, se las devolvían.

Los socorridos serían abonados al rancho conventual, porque oí que la tornera, que al través de una rejilla podía ver sin ser vista, los llamaba por sus nombres y les hacía tal cual pregunta. Fuéronse todos y volví á quedar solo.

El reparto de la comida dejó en la estancia un olorcillo tan agradable, que el apetito se me despertó.

—¡Qué bien te sentaría—pensaba yo—, aquí en la paz del locutorio, la sopa boba de las clarisas, servida por manos blancas de mujer!

Y como respondiendo á mi deseo, oí una voz, la de la tornera, que me decía:

—Hermano, ¿quería usted algo?

—Hermanita—contesté—, yo bien quisiera, pero no tengo con qué.

—No hace falta—repuso ella—; espérese. ¡Ah! ¿No fué usted quien trajo el gallo?

—Sí, hermana.

—Bien; lo tendré en cuenta.

Con estas últimas palabras se me afilaron los dientes, pues supuse que la tornera me regalaría con un buen plato. Y no me equivoqué, porque muy en breve giró el torno y se puso al alcance de mi mano un plato colmado de arroz hecho á la paella, con su correspondiente tenedor.

En un momento lo despaché, quedando agradecido al gallo, que tan buena me la deparó.

Sólo faltaba para completar el festín un trago de buen vino, porque el arroz es muy pegajoso al paladar y excita la sed. Pero esto era pedir lo excusado, porque las clarisas son señoras pobres y no habían de tener bodega.

No sé por qué se me vino á las mientes lo que en el reino de Galicia llaman *los perdones de Rivadeneyra*. Y es que dicen que un caballero de este apellido, viendo que los gallegos eran descuidados y remisos en dar gracias á Dios después de comer, alcanzó del Sumo Pontífice que, cual-

quiera que eso hiciere, diérasele de beber y ganase cien días de perdón.

Y como con probar nada se pierde, al llamar al torno para devolver el plato, lo hice soltando una á una, con religiosa pausa, á manera de acción de gracias:

Sante Francisce, pater amabilis;
Sante Francisce, pater admirabilis;
Sante Francisce, pater venerabilis.

Como las clarisas son franciscanas y siguen la regla del Patriarca de Asís, esa letanía, que es la de San Francisco, estaba en su lugar. Tanto es así, que á la tercera invocación la tornera contestó:

—*Ora pro nobis!*... Que me place, hermanito; veo que es usted un devoto de nuestro santo Padre.

Sin duda, al eco de su voz, otras monjas que adentro estarían, abrieron los postigos de las celosías para ver quién era yo. Advertí su presencia por cierto bisbiseo y por las manchas blancas de los petos, únicas cosas que yo veía.

Entre ellas estaría una monja de respeto, porque al volver la cara para saludarlas, una voz grave, melíflua y reposada, me dijo:

—Hermano, ¿es usted terciario de la Orden?

—Todavía no, madre; pero espero en Dios que algún día diré con el Dante: *Io aveva una corda intorno cinta*. Soy, sí, un admirador de San Francisco de Asís, del *Patriarcha pauperum*, como se reza en la letanía.

—Entonces lo será usted también de nuestra madre Santa Clara!

—¡Ya lo creo! ¡Santa Clara, la estrella matutina del firmamento franciscano; la primera tórtola que acudió al reclamo del Serafín de Asís!

—Pero, hermano; qué bien enterado está de nuestras cosas. ¿Quién es usted?

—Madre — respondí con la mayor compunción—; soy un *fraticelo.*

—¿Qué es esto?

—Un hermanito de la vida pobre que, como los Apóstoles, calza sandalias, y como Cristo, duerme en establos.

—¡Vaya por Dios, hermano! ¿Y está usted contento con su estado?

—Madre, dígalo por mí el poeta lego Jacopone:

Povertade poverina,
ma del cielo citadina.

—Sí, hermano; la pobreza es hija del cielo. Llévela usted con paciencia, y ofrézcasela á Dios.

—En El confío, madre:

AL VER POVERO PROFESSO
L'ALTO REGNO VEN PROMESSO.
QUESTO DICE CRISTO STESSO.

—Sí, hermano; así lo dice Cristo, Nuestro Señor, y lo que El dice lo cumple... ¿Diéronle de comer?

—Sí, madre; un arroz muy bueno, que por cierto me dió mucha sed.

—Se proveerá, hermano. Mucho nos ha placido su santa conversación. Por ello, y por su religiosidad, prepárese á recibir por el torno una distinción que á nadie de fuera se hace... ¡Que Dios sea con usted, hermano!

—Y usted, madre, á El me encomiende.

Y tras las celosías volvieron á plegarse, lenta y silenciosamente, los dos postigos, como alas desplegadas de gigantesco vampiro.

No se hizo esperar la distinción con que quiso honrarme la que supuse sería madre abadesa, ó siquier clavera: un platillo con una copa de vino ajerezado entre un montón de acaramelados bizcochos; obsequio digno del señor Obispo cada cuando visitare el monasterio.

Devolví los cacharros á la tornera, le di las gracias y salí del santo lugar.

LIBRO DÉCIMO

EL PAÍS DE LAS PALMERAS

I

LA PESCA DE ELCHE

La vega de Orihuela es continuación de la de Murcia, y su recinto uno de los más vistosos jardines de España por su amenidad y ricas producciones. La riega también el *Segura,* río que no entiende de jurisdicciones ni de patrias chicas, y lo mismo fecundiza Murcia que esta parte de la provincia alicantina.

Dominando la población hay un cerro en que se ve el blanco Seminario Conciliar de San Miguel, porque Orihuela es Sede episcopal, á despecho de Alicante, que se la disputa. El Concordato de 1851 dió la razón á la capital, pero como si no. La verdad es que los orihuelanos se merecen esa distinción, porque son muy buenos cristianos, hasta el punto que, entre otros anuncios del comercio, leí éste: *Guano católico.* Será un guano que olerá á incienso quemado. A la salida de la población la carretera sigue las tapias de la

casa noviciado de los jesuítas, y pasado el *Cerro de Oro,* atraviesa *Callosa de Segura,* pueblo pequeño, con una iglesia que no se la merece, del siglo XVI.

En seguida el viejo castillo de *Cox,* y más allá el pueblo de este nombre, entre palmeras, naranjos y otros árboles frutales. Sigue después Albatera, y en este punto el viajero puede escoger dos caminos para ir á Alicante: el de *Novelda* por Crevillente y Aspe, y el de *Elche* por Dolores. Yo escogí el último por ser el más corto.

Todos estos pueblos están, como quien dice, tocándose unos con otros, pues entre Orihuela y Alicante habrá unas nueve leguas.

Su vecindario es muy laborioso. Las mujeres, á las puertas de sus casas, no dan paz á la mano meneando los bolillos de hacer encaje; los hombres, en mitad de la calle, hacen alpargatas, esteras y demás con el esparto que el país da en abundancia. Algunos labradores vigilan desde sus casas los rojos tendales de pimientos y *ñoras* puestos á secar en los altozanos del egido.

El airoso traje alicantino tiende á desaparecer. Las mujeres siguen ciñéndose el pañizuelo, que, cruzado al pecho, atan por la cintura; pero es rara la montera entre los hombres, sobre todo entre los obreros, quienes han dado en vestir de gorra y blusa negra, color que es una blasfemia al sol de Alicante.

Elche, *la ciudad de las palmeras,* tiene marcado aspecto árabe. Es un precioso pueblo con las ca-

sas descabezadas, que ese efecto producen los blancos terrados, y que está en realidad sitiado por ejército inmenso de palmeras y de granados.

Para que la ilusión sea más completa no falta ni el calor sofocante de la tierra africana.

Si no es, aparte de la suntuosidad, igual á Menfis, tal como Teófilo Gautier la describe, Elche se le parece mucho.

Las casas, de arquitectura extraña y pintoresca; las palmeras, solitarias unas, como el orgullo, porque creen que sólo aislándose se ha de apreciar mejor su gentileza; en corros, otras, más humildes y comunicativas; los huertos que han tomado la ciudad por asalto y campan pacíficamente dentro de ella; la atmósfera impregnada de aroma; la tez morena de sus mujeres; el calor, en fin, hacen de Elche un pueblo verdaderamente oriental, que tiene por capricho juez de primera instancia, comités electorales y administración de Consumos.

Precisamente, á causa de ese calor, hube de acogerme á la sombra del puente, por parecerme el sitio más barato y cómodo para descansar y limpiarme el polvo del camino. En la otra orilla una mujer estaba lavando, y á pocas varas de distancia, un hombre bañaba un par de yeguas sujetas por un ronzal. Y estos éramos los únicos seres vivientes que por allí estábamos desafiando el bochorno á la hora del mediodía.

Cuando más distraído estaba con los pies en el agua, noté que la lavandera, muy nerviosa, se arremangaba las faldas hasta las corvas y entraba

en la corriente. Supuse que lo hacía porque el agua se le llevaba alguna prenda; pero no era por esto, sino porque río abajo venía flotando muy lento y muy estirado, un papel que, como la mujer antes, vi yo ahora ser un billete de Banco de cincuenta pesetas.

Las señas eran mortales: el color, las dimensiones y, sobre todo, la efigie, de cara muy conocida de los españoles, hasta que vino á sustituirla la del ilustre Echegaray.

En cuanto lo vi traté de echarle la garra, en competencia con la mujer. La cual, como una loca, rato hacía que saltaba sobre las piedras, maniobrando en persecución de aquella fortuna que se escapaba de las manos, cuantas veces trataba de darle alcance.

Su maniobra y la mía llamaron la atención, no sólo del yegüero, si que también la de tal cual transeúnte de arriba, que nos creyeron locos de atar. La mujer, entre tanto, con muy poca prudencia por cierto, mostraba con el dedo el objeto de nuestras ansias.

Desde este momento, estas fueron también las del yegüero, quien, soltando el ronzal, se lanzó á la pesca del billete. Eramos tres los pescadores, pero ninguno lo conseguía, porque la cuestión era cogerlo con mucho tiento, á fin de que no se hundiera en el agua ó se hiciera trizas. Los curiosos de arriba nos jaleaban á los tres; pero no les hacíamos caso. ¡Ahí es nada, cincuenta pesetas!

Por fin, el más afortunado cogió el billete en

el crítico momento que éste, por meterse en un canalillo, iba á sumergirse ó perderse río abajo; y ese fuí yo. La lavandera, que me seguía los alcances, gritaba en su lengua hasta enronquecer.

—¡*Dónamel!* ¡dámelo! Te daré tres pesetas.

Antes que ella me alcanzó el yegüero, lanzándose como un lobo sobre mí para arrebatarme el *pápiro*.

Entonces, con gran decepción, vieron mis competidores de regata lo que yo, cuando cogí el papel. ¡Era una cartulina con el anuncio de una turronería, imitando muy bien un billete de diez duros!

El suceso fué tan sonado, que hasta el diario de Elche dió cuenta de él...

Pocos días antes de mi llegada á la ciudad se había celebrado la fiesta de la Asunción, que es el orgullo de los elchanos.

Por Mayo de 1266, según unos; por Diciembre de 1370, según otros, discurriendo por la costa del Mediterráneo hacia la playa y puerto de Santa Pola algunos vecinos de Elche, cuéntase que vieron flotando en las aguas un arca que rápidamente se acercaba á la orilla impulsada por el movimiento de las olas y por otra fuerza maravillosa que, sin la intervención de un milagro, no se explicaban. Extrajeron el arca, asentáronla sobre la arena, y abierta que fué, encontraron dentro una preciosa imagen de Nuestra Señora y un cartelito que decía: "Para Elche".

También hallaron, para que no faltase nada,

unos libros manuales escritos en lemosino, explicando cómo habían de celebrarse los misterios de la dichosa muerte de la Virgen y su Asunción triunfante á los Cielos.

Desde entonces hasta hoy, sus fiestas se han celebrado sin interrupción. Y no entro en más pormenores porque, no habiéndolas visto entonces, cuanto de ellas dijera sería hablar por boca de ganso.

II

SESION INFANTIL

Alicante, por sus condiciones climatológicas, es un magnífico invernadero que pudiera rivalizar con Niza y Cannes. Sólo que los alicantinos no apelan al bombo para llamar á los extranjeros y dicen: "El que quiera venir que venga."

Por este sistema tardará en convertirse su deliciosa ribera en otra cornisa del Mediterráneo, porque á los pueblos hermosos les pasa lo que á muchos hombres de talento, que se quedan en su casa y esperan los vayan á buscar; con lo que se quedan á las buenas noches. Por algo dice el refrán: "Más hace perro ladrador que león dormido."

En estos últimos tiempos, la moda, al servicio de la higiene, ha aclimatado la costumbre de veranear en las playas, y Alicante se ha convertido en la estación veraniega de la burguesía madrileña.

¡Quién lo diría! El *tren botijo,* con todos sus inconvenientes, es una conquista democrática de utilidad más práctica que tantas franquicias políticas de las que apenas si se percatan las muchedumbres. Y ahí van burgueses y covachuelistas,

horteras y menestrales, todos revueltos y embanastados como sardinas, á remojarse en las salobres ondas é impregnar de yoduro sus pulmones.

De suerte que, alambicando el tema, pudiera decirse, que, por el mero hecho de devolverse toda esa gente á sus hogares con el alma alegre y la piel limpia, el tren botijo contribuye como el que más á la sanidad de las grandes urbes de tierra adentro.

Uno de estos trenes botijos fué causa de que yo pasara de largo por Alicante, porque viniendo, como vine, del lado de Santa Pola—que con el otro cabo de Santa Bárbara forman los dos puntos del arco en cuyo centro está la bahía de Alicante—, entré en la ciudad por el paseo de San Francisco, donde presencié el largo desfile de una caravana botijil que salía de la estación. Vi entre los forasteros algunas caras conocidas de los Madriles, y ante el temor de volvérmelas á encontrar en las calles, que me vieran hecho una facha y luego me quitaran el pellejo, diciendo que me habían visto pidiendo limosna en Alicante, salí al muelle, y tras un breve descanso en una taberna frente á la *playa del Postiguet,* donde están los baños, eché camino adelante.

Paralela á la playa del *Postiguet* corre la carretera de la Marina.

Hasta la *Cruz de piedra* el paisaje es árido y tristón; pero una vez allí, el viajero atisba un panorama que es un encanto.

Esa aparición escondida, arrinconada detrás de

las sinuosidades de un terreno montuoso y estéril, es la pintoresca *Huerta de Alicante,* delicioso oasis de unos ocho kilómetros de extensión con profusión de palmeras.

Síguese andando, y á poca distancia entré en poblado.

—¿Cómo se llama este pueblo?—pregunto á un hombre en la carretera.

—*Muchamiel*—me contesta.

¡Qué nombre tan dulce y tan sonoro! Da ganas de chuparse el dedo. ¡Qué lindo título para el turrón del fabricante aquel que en el Vinalopó nos diera el camelo con el fingido billete de cincuenta pesetas!

No parece sino que el turrón se me había de indigestar en Alicante, porque en cuanto solté la palabra, un perrazo que estaba á la puerta de una quinta, junto al pueblo, se tiró á mí, ladrando furioso y buscándome las pantorrillas. Como estaba acostumbrado á esas caricias, pues los perros están á reñir con los pobrecitos vagos, llevaba á prevención, por báculo y defensa, un garrote émulo de aquel Benito de Palermo del hermano Pedro.

Pero esta vez no me valió. El perro me buscó las vueltas, y antes que pudiera evitarlo se llevó una tira de mis frágiles pantalones. A mis gritos y á los ladridos del animal salió su amo, cuando ya el mal no tenía remedio.

—Vea usted cómo me ha puesto—clamé indignado.

—Pero no le mordió...

—Hombre, ¡eso faltaba! ¿Le parece á usted poco dejarme en pernetas?

—Eso tiene remedio—repuso el quintero—; venga á mi casa, que mi mujer dará un cosido.

Y acompañado del colono traspasé los umbrales de la casa, una quinta muy alegre con arbolado, huerta y pabellones de vivienda. De uno de éstos salió á recibirme una mujer con tres niños: la familia del quintero.

Este me hizo quitar los calzones y me prestó otros suyos en tanto la mujer los remendaría.

—¿Tiene usted mucha prisa?—me preguntó ella antes que todo.

—Ninguna—contesté.

—Lo pregunto—añadió la mujer—porque como la comida está acabándose de hacer, usted puede acompañarnos á la mesa, y así, con más despacio, le haré el cosido. ¿Qué te parece, *che?*

Al *che,* su marido, le pareció bien, y á mí mejor.

Y me senté en un banco del jardín. Los niños me miraban recelosos y no se atrevían á acercarse á mí; pero como al santo hay que adorarle por la peana, yo, para congraciarme con sus padres, los hice míos pidiéndoles cómo se llamaban, cuántos años tenían, si sabían leer y escribir, y demás preguntas que se hacen á la gente menuda para que suelte la lengua.

Los tres hermanos iban escalonados de dos en dos años de edad, y el mayor tendría unas diez primaveras, siendo la niña la más pequeña. Eran sus nombres Pepe, Juanito y María.

Poco á poco fueron perdiéndome el miedo, y hasta el perro condenado se me hizo amigo.

Al poco rato nos llamaron á la mesa, y aquí desembuché mi rollo de aventuras, á instancias del marido, que hubo de preguntarme quién era y de dónde venía. La mujer escuchaba y callaba, pero los niños me oían extasiados, y á cada paso hacían preguntas y más preguntas, á mí ó á su padre, acerca de algo que no entendían.

El caso es que, al levantarnos de la mesa, los rapaces no me soltaron, y á todo trance querían que les contara más novedades. Y así quedé solo con ellos, en tanto sus padres andaban por otra parte.

Como, entre otras cosas, los chicos me habían oído hablar de Madrid y de la Corte, la primera pregunta fué esta, que hizo Pepe:

—¿Conoces á los Reyes? Son muy amigos míos. Todos los años me dan un juguete. La última vez me regalaron un sable.

—Pues cuando tengas veinte años—le contesté—te regalarán, sin pedírselo, otro sable, un fusil y acaso un caballo.

—¿Y á mí?—preguntó Juanito.

—A ti también; y quién sabe si además un cañón muy grande.

—¡Ay, qué bien!—replicó la inocente criatura—; haré *pum! pum!*, como los artilleros del castillo.

Aludía al de Santa Bárbara, de Alicante.

—A mí me trajeron los Reyes—dijo á esta sa-

zón la niña—un nacimiento con unas casitas que encima tenían unos copetes de mantecados.

—Serían de nieve, chiquilla. ¿Viste los almendros en Abril, cuando van derramando sus florecitas blancas? pues eso es la nieve; unos capullitos blancos que caen del cielo.

La niña se quedó pensativa; pero en seguida repuso:

—Ea; cuéntanos un cuento bonito.

Como no se me ocurría ninguno, y, además, eso requería mucho tiempo, me escurrí por la tangente, diciendo:

—No sé ninguno.

—Pues, entonces, dinos *endivinallas* — replicó María—; á ver quién acierta más de los tres.

—Sí, sí, endivinallas—añadieron los chicos, apoyando la propuesta de su hermana.

—Está bien—contesté—; vaya por adivinanzas. Vamos á ver qué será:

Tengue, tengue está colgando;
nengue, nengue está mirando;
si tengue tengue se cayera,
nengue nengue lo comiera.

—El *Gato*—contestaron á trío, sin duda porque ya lo sabían.

—Otra:

Una vieja loca
con las tripas en la boca.
De la boca hasta la frente,
adivinad si sois gente.

—La *Guitarra*—añadí, viendo que no daban con la solución—. Vamos á ver:

Adivinanza balanza,
no tiene tripas ni panza.

—La *Balanza.*

—Muy bien. ¿Y ésta?:

Yendo por un caminito
me encontré un niño sin brazos,
de lástima que me dió
le rompí el alma á pedazos.

—Tampoco lo acertáis: la *Sandía.*

Entra lo duro en lo blando
y los dos quedan colgando.

—Esto—contestó la niña, llevándose la mano á los pendientes.

—Y:

Una casita
de buen parecer,
ni los carpinteros
la pueden hacer;
solamente Dios
con su gran poder.

—Lo sabía; pero me he olvidado—dijo Pepe.

—La *Nuez.*

En esto llegó la madre con mis pantalones ya compuestos, y como no era cosa de dejar á los chicos con la miel en los labios, largué la última adivinanza:

En blancos paños nací
y en verde me cultivaron,
tanta ha sido mi desdicha
que amarillo me he quedado.

—El *Limón,* hijos míos—contestó la mujer—; y también se dice:

Ahora que estoy de luto
hagan justicia de mí,

y entonces es la ciruela. Vamos á ver, buen hombre—me interpeló á mi vez—; ¿qué es esto?:

Alto padre,
baja madre,
sucesión tuvieron éstos;
si verdes fueron los padres,
blancos fueron los hijos
y los nietos amarillos.

—No lo puedo adivinar...

—Las palmeras de Alicante, sus cogollos y los dátiles.

Y aquí acabaron los acertijos, porque, luego de vestirme, me despedí de aquella familia y seguí mi jornada.

III

UN ENCUENTRO CON "NOSTRAMO"

Dejando el jardín de las Hespérides, que esto es en puridad la preciosa huerta alicantina, se va volviendo más áspero el camino, merced á la complicación de los brazos ó ramales de la cordillera ibérica que surcan y envuelven el Norte de la provincia.

Así es como se ve Gijona en la falda de la *Peña* de su nombre, con calles muy pinas, en escalinata. buen caserío y muchos colmenares, de cuya miel se fabrica el famoso turrón de la tierra. De esta golosina gustan tanto los españoles como los extranjeros; como que muchos turroneros hacen la pacotilla yéndose á venderlo á los antípodas, donde es Australia.

En Gijona se bifurca el camino á Alcoy. La carretera, que corren las diligencias subiendo y bajando las pendientes del *Agullent* y del Benicadell, hasta ganar el puerto de Albaida; y la senda muletera, muy escarpada pero muy vistosa, y entre sus vistosidades el pantano de *Tibi,* hermoso lago artificial orillado por almendros, higuerales y colinas de vidueños.

Cerca de este fresco lugar hallé entre la floresta

un cobertizo, donde estaban puestos á secar en tendederos de caña abundantes higos sueltos. Parecían decirme: "¡Cómenos!", con su aspecto melífluo y jugoso, en tanto que las aguas de los despeñaderos que van á aumentar el Tibi, me gritaban con voces cristalinas: "¡Y nosotras saciaremos tu sed!"

No pude resistir la tentación, y mordí en un higo y en seguida otro y otros, pues muy bien dicen que el comer y el rascar todo es empezar. A este tiempo se nubló la tarde y empezaron á caer goterones de agua, accidente meteorológico que me venía de perlas, porque con la tormenta no vendría nadie á molestarme.

Como así fué; pues cerca de un cuarto de hora estuve á mi talante comiendo higos, éste quiero y éste no quiero, con la doble satisfacción de quien se ceba en fruto del cercado ajeno y en fruto tan sabroso como es el higo. Dígalo, si no, Jerjes, que, al olor de las brevas de Grecia, hubo de pasar el Ponto, y así empezaron las guerras médicas.

Estaba, pues, en tan dulce entretenimiento, cuando oí el chocar de los cascos de una caballería en las piedras del camino, y, de golpe y porrazo, pararse á la puerta de mi escondite, sorprendiéndome la aparición de un jinete y su criado.

Bajó el primero de la cabalgadura, y al amparo de un enorme paraguas rojo que el segundo llevaba abierto, entró en el cobertizo.

Era nada menos que un señor cura, con hábito

talar y ancho roquete. Iba descubierto, y por la unción con que apretaba algo contra el pecho, supuse sería portador del Viático á algún moribundo. El sacerdote apenas me miró, sino que, con religioso silencio, se mantenía de pie en el umbral mientras el criado ataba el animal al resguardo de la enramada.

Tras este menester se metieron dentro del cobertizo, y en cuanto el criado reparó en mí, tocó la campanilla como dándome á entender que allí estaba Nostramo (1). A esta señal, me hinqué de rodillas y adoré al Santísimo.

El cura, que venia mojado por la tormenta, colgó el porta-Viático de una escarpia, muy delicadamente, cubriéndole con la banda, y dió el capote al espolique, sacristán ó lo que fuese, para que le escurriera el agua.

Yo estaba arrodillado y á punto de cantar el *Pange lingua,* mas el sacristán no me dió tiempo, porque, llamándome aparte, díjome en voz baja:

—Ayúdeme á desensillar la mula.

Cosa que entre los dos hicimos prestamente, llevando adentro el arnés.

En un pronto cesó de llover y apareció el sol. El cura y su acólito esperaron á que acabara de escampar, y entre tanto, para resarcirse de la mojadura, daban repetidos manoseos á los apetitosos higos.

(1) Así llaman al Viático los valencianos y catalanes.

A los pocos minutos, volvimos á ensillar la bestia y el cura se dispuso á cabalgar. El espolique sujetó el animal por la brida y yo ayudé al jinete á poner el pie en el estribo. Después, á toda prisa, cargué la mochila, tercié la manta, y con el sombrero y el palo en una mano, corrí á alcanzarles; y cogiendo del ronzal de la mula fuí conduciéndola por los pedregosos senderos con la reverencia debida al Sacramento del altar.

¡Con qué mística delectación lo hice! ¿Tú—me decía—, tú, pobre errante; tú, miserable, á quien hasta los perros desprecian, convertido en escudero del Rey de Reyes? A haber tenido salterio, de fijo que, como David acompañando el arca de la Alianza, voy por delante tañendo, cantando y haciendo cabriolas; pero como no lo tenía y ello, además, me hubiera dado patente de chiflado ante el cura y el sacristán, me contenté con musitar aquellos versículos del salmo 63, que hacían á mi situación, pues los dijo el Rey Profeta, errante también por los desiertos:

—*In terra deserta, et invia, et inaquosa, sic in santo apparui tibi ut viderem virtutem tuam et gloriam tuam. Et in velamento alárum tuarum exultabo...* (1).

---

(1) «En esta tierra desierta, sin ruta y sin agua, comparecí ante tu santuario para contemplar tu poder y tu gloria.

»Y me regocijaré á la sombra de tus alas.»

IV

EN UNA BARONIA

No anduvimos mucho, porque, al cabo de una legua, se divisó una especie de castillejo en la cumbre de un cerro, del que bajaron á recibirnos los colonos, hombres y mujeres, unos con faroles, otras con velas ardiendo.

Arrodilláronse devotamente mientras el cura se apeaba, y precedido de esos acompañantes subió el Santo Viático la cuestecilla, cabiéndome el honor de ir yo á su lado con el quitasol y la campanilla. En último término venía el espolique con la mula.

Por algunas palabras que cogí al vuelo de entre los que salieron á recibirnos, y á juzgar por el paño negro que colgaba del balcón principal, deduje que el enfermo había expirado antes de recibir los auxilios de la Religión. Así era, en efecto; pero ello no fué óbice para que se recibiera á Nostramo con la debida reverencia.

Pegada á la señorial morada estaba una capillita habilitada para el culto, y en ella entró la comitiva.

El cura abrió el Sagrario, y tras las preces de ritual hizo la reserva del Santísimo. En esto vi

abierto un armonium en el presbiterio; di de mano á la campanilla, dejé las gradas del altar, donde actuaba de acólito, y, sentándome ante el clavicordio, me puse á tocar el *Tantum ergo.*

No sólo lo toqué, si que también me atreví á cantarlo. Pero ¡ay de mí! Tal desafinaba porque tantos eran los estragos que en mi garganta causaron el polvo y la sequía de tantos días, que hube de callar y dar los últimos arpegios.

Hecha la reserva, un caballero, que supuse sería el dueño de la mansión, guió al sacerdote á la cámara mortuoria; y allá fueron todos, y yo también, á rezar las preces de los difuntos.

En un catafalco, entre flores desparramadas y cuatro blandones encendidos, estaba el cadáver de una mujer sobre un negro paño. Era la baronesa, porque barón era á la cuenta el viudo y señor del castillejo. La parca había dejado tan pocas huellas en su cara, que la difunta parecía dormida. Representaba unos treinta años de edad, y en el naufragio de la muerte conservaba todavía cierta hermosura de facciones.

Rezó el cura un responso, roció el cadáver con agua bendita, y así como se dice que "el muerto al hoyo y el vivo al bollo", acabadas estas ceremonias, el viudo invitó al celebrante á una pequeña refacción. Quitóse el cura la sobrepelliz y aceptó complacido. Aquí terminaba mi coadjutoría; pero el señor barón fué tan bondadoso que, olvidando los gallos del *Tantum ergo,* me obligó á acompañarles á la mesa.

En tanto yo engullía bravamente lonjas de salchichón, regándolas con repetidas copas de Alicante, clérigo y señor se contaban sus cuitas.

Y averigüé que la muerte de la Baronesa había sido cuestión de pocas horas, pues en el espacio de un día se sintió enferma y se murió. No era de extrañar, por consiguiente, que el aviso de los Santos Sacramentos llegara tarde, por mucho que espoleara el mandadero á la mula para traer el sacerdote. En cuanto á éste, resultó ser un pobre cura de cierta aldehuela por allí escondida, y al que hubieron de llamar por estar más cerca que el párroco de *Tibi*, á cuya feligresía pertenecía la casa. Averigüé asimismo que al otro día temprano sería el traslado del cadáver al cementerio de Alcoy, donde el barón tenía el enterratorio de su familia.

Como es de suponer, me di por invitado, pues así mataba dos perdices de una pedrada: hacía la obra de caridad de enterrar á un muerto é iría bien acompañado á aquella ciudad que estaba en mi camino.

Como la casa era muy grande, por ser entre alquería y palacete, el mayordomo, que me vió tan honrado por su señor, me señaló una habitación donde pasar la noche. El resto de la tarde la pasé muy complacido, hablando con los colonos, viendo ordeñar las vacas en el establo y ayudando á los rabadanes á entrar los hatos de cabras que volvían de pastar. A todo esto, unos carpinteros improvisados cepillaban unas tablas, las aserraban y da-

ban fuertes martillazos, haciendo el ataúd de la señora.

Entre mugidos de vacas, balidos de cabras y golpes de martillo de los carpinteros, la esquila de la capillita dió los tres toques del *Angelus* vespertino y en seguida tocó á muerto con plañidos lentos y tristes.

Aparte de esto y del relevo de la guardia á la difunta, que se encomendó á las mujeres, en la baronía siguió todo igual como si no hubiera pasado nada. Hízose la cena para los pastores y gañanes; el barón se sentó á la mesa con el cura, que allí quedóse para despedir á la baronesa, y yo cené espléndidamente con el mayordomo y los primeros criados de la casa.

Asunto preferente de la conversación de nuestra cena fué la pérdida de la señora. No la sentían mayormente. Esperaban á que se abriera el testamento y conforme las mandas, así la plañirían ó la olvidarían. Pero eso no lo decían paladinamente, sino con reservas y á media voz, como si temieran que les pudiese oir la difunta.

Temor nada supersticioso ni ridículo, porque es de saber que la señora baronesa ya se murió otra vez y había resucitado.

Esto fué tres años antes de ahora. El barón la lloró mucho, regó con sus lágrimas el cadáver y hecho una imagen del dolor siguió el féretro que llevaban á hombros los criados. Sucedió entonces que uno de los portantes resbaló á mitad de la cuesta, que los demás perdieron el equilibrio, y la

muerta con la caja fueron poco menos que rodando por la rampa del castillejo. Al tremendo batacazo, la muerta, que no estaba muerta, sino con un letargo mortal, volvió en sí, abrió los ojos, estiró los brazos y se incorporó. En cuanto esto vieron los acompañantes, unos huyeron despavoridos, otros quedaron á pie quieto, petrificados de asombro. Y entre estos últimos, el barón. Pero le sacó de su estupor las voces que daba su esposa, llamándole y diciéndole que estaba viva, muy viva, y ¡por Dios! que la levantaran y la llevaran á la cama.

¡Todo júbilo fué la gran Toledo! Las caras tristes se volvieron regocijadas; la esquila de la capillita cambió sus tañidos funerales en locos repiqueteos de aleluya, y el Barón, henchido de alegría—pues como quien dice estaba la pareja en su luna de miel—celebró la resurrección de su bien amada como si se hubiera casado de nuevo.

Con ese precedente, no es de extrañar que la servidumbre temiera ver aparecer de un momento á otro á la muerta resucitada.

Pero no pasó nada; ni durante la cena ni en la larga velada que á ella se siguió, ni en el resto de la noche, la cual se deslizó silenciosa, y que yo pasé regaladamente entre sábanas.

Con el nuevo día hiciéronse los preparativos para la conducción del cadáver.

Al pie de la cuesta estaba prevenido un carro muy adornado con cintas y coronas, al que iban enganchadas cuatro mulas, y como escolta, una

tartana y buen golpe de cabalgaduras para el séquito.

El cura, revestido de estola negra y sobrepelliz, despidió con el último responso al cadáver, y, en seguida, los criados cargaron á hombros con la baronesa. Afuera estaban las mujeres aguardando, unas con pañuelo á la cabeza, otras tocadas con *mantellina* como cuando van á misa, y todas con velas encendidas, y cuando desfiló el cadáver de la señora siguieron acompañándola cuesta abajo.

A la zaga del féretro iba el barón vestido de luto, sin despegar los labios, impasible, sin pena ni gloria. Mas cuando los conductores llegaron á mitad de la cuesta, donde fué la resurrección tres años antes, vímosle todos adelantarse y decir en voz alta:

—¡Mucho cuidado aquí; pero mucho cuidado! ¡No se os vaya á caer!

V

LITERATURA MORTUORIA

Por esta vez la baronesa no tuvo á bien resucitar.

Puesto el féretro en el carro, éste echó á andar despacio, y al mismo paso siguieron la tartana y las cabalgaduras. En la tartana iban el barón y un médico, personaje que á última hora se presentó á certificar el fallecimiento de la señora: en las caballerías, algunos criados de la casa, el mayordomo, y emparejado con éste, mi persona, jinete en buena mula, por especial designación del amo, que estaba enterado de mi viaje á Alcoy.

Como es natural, á las primeras de cambio mi compañero volcó la conversación acerca de la muerta. Alababa sus condiciones de carácter, su hermosura, su honestidad, y hacíase cruces de la frialdad del señor, quien, en vez de llorar su viudez, parecía satisfecho, como quien se quitó un peso de encima.

—No cabe duda—le contesté—, porque aquellas voces que dió á la bajada de la cuesta le salieron del alma.

—¡Ya lo creo!—repuso el mayordomo—. Como que todos oyeron la campanada que dió el amo.

¡Quiera mi difunta señora perdonárselo desde el cielo!... ¡Pues á fe que no lo entiendo! Porque el matrimonio parecía bien avenido y la señora baronesa se lo merecía todo.

—Pues oiga el señor mayordomo—repliqué—lo que cuenta un tal Plutarco y que viene á cuento. Había un romano repudiado á su mujer y le hacían cargo sus amigos, preguntándole: "¿No es honesta? ¿No es hermosa? ¿No es fecunda?" Y él, mostrando el *calceo* ó calzado, les contestó: "¿No me viene bien? ¿No es nuevo? Pues no habrá entre vosotros ninguno que acierte en qué parte del pie me aprieta."

Habíamos andado unas tres leguas, cuando llegamos á vista de la ciudad, famosa en toda España por sus fábricas de paños, de papel y de cerillas.

En el arrabal esperaba al fúnebre convoy una piña de amigos del barón, y con ellos se aumentó la comitiva, que ya no paró hasta el camposanto. A la puerta bajaron el ataúd, y á hombros de los criados que vinieron, fué conducido al panteón de la familia. Los sepultureros levantaron la losa, arriaron la caja hasta el fondo, y la baronesa se quedó en el pudridero hasta el valle de Josafat.

Luego fué el desfile de los pésames y la desbandada general. Los últimos en marcharse fueron el barón, el mayordomo y yo, que por no saber dónde ir, pensé hacer tiempo en el cementerio.

El barón se fijó en mí, y algo le diría al mayordomo, porque al tiempo de dar éste la propina á

los sepultureros, me llamó aparte y dijo, poniéndome un duro en la mano:

—Mándame decir el señor barón que le ha sido usted muy simpático y que tome usted este pequeño donativo en sufragio del alma de la señora.

—Y usted, de mi parte—contesté—, le dará las gracias y que sin falta así lo haré.

Tras esto me quedé solito á la vera del panteón. Colgué mis avíos de la verja que lo circundaba. y me senté en el bordillo, á la sombra de un sauce llorón.

Unos gorriones hambrientos vinieron á hurgar en la tierra removida, junto á los bordes de la losa, y yo, indignado de tamaño sacrilegio, los ahuyenté tirándoles un puñado de arena. Sus píos y el estridente bostezo de las válvulas de vapor de las vecinas fábricas eran los únicos ruidos que hasta mí llegaban. De vez en cuando, un toque de campana del camposanto anunciaba á los enterradores la isla donde habían de recibir un huésped mortuorio.

—¡Pobre baronesa—me dije una vez, mirando al panteón—. ¿Estás muerta de veras? ¿Habrás despertado y estarás arañando tu encierro? ¡No quiero pensarlo!

Y la dejé sola, dándome á divagar por el barrio.

Empleo este nombre de vecindad porque una ciudad de muertos se parece en un todo á otra ciudad de vivos. Aquélla, como ésta, tiene sus barriadas de ricos y de pobres, casas de mármol ó de ladrillos, pisos altos y bajos y en cada cuarto, ó si-

quier nicho, el nombre del huésped, acompañado casi siempre de su filiación.

Aquí yace un médico, allá un abogado; arriba un militar, abajo un sacerdote; á la derecha un septuagenario, á la izquierda un menor de edad: en el siguiente un extranjero que dió con sus huesos en España, y al lado un nacional que, por el contrario, murió en tierra extraña y fué repatriado.

Algunos, para que no falte nada, ostentan sus títulos y privilegios, como en algunos portales de las calles se leen estas placas: *Fulánez,* especialista, doctor por las Universidades de Madrid y de la Sorbona—*Mengánez,* fabricante premiado en la Exposición tal ó cual—*Zutánez,* Cónsul de X.—Ni faltan los excelentísimos é ilustrísimos señores y los caballeros de esta y de la otra orden.

¡Cómo se reirán los muertos de esas vanidades que les cuelgan los vivos!

Siguen luego los anónimos, los humildes, que se contentan con las iniciales de su nombre y la fecha del sepelio, y, por último, la fosa común donde están revueltos los muertos en los hospitales y los pobres de solemnidad. De éstos no se acuerda nadie, pero se acuerda Dios, que hace nacer encima de ellos humildes florecillas, las cuales nacen solas, sin ajenos cuidados.

En consonancia con las señas de los huéspedes mortuorios están las leyendas ó inscripciones de algunas lápidas: variado florilegio de rimas de todo género, académicas, vulgares, románticas, na-

turalistas, fúnebres y hasta picarescas. Es como una biblioteca de piedra, que entretiene como cualquier otra.

Dígalo, si no, esta del cementerio de Alcoy, cuyos son estos tres epitafios, modelos acabados de su género.

Uno, conceptuoso como éste:

> Viajero que vas de paso,
> detén el paso,
> y mira al paso
> mi último paso.

Otro, espantablemente fúnebre, al pie de una calavera:

> Tú que me miras á mí
> tan triste, mortal y feo,
> mira, pecador de ti,
> que cual tú te ves me vi
> y verte has cual yo me veo.

Y otro, por fin, que merece pasar á la posteridad como modelo de estoicismo:

> Ramón Llorens en diguí.
> Yo que sense mals, ni danys,
> pasats setanta nou anys
> robust y trempat visquí;
> un metje, no diré quí,
> sols un dia en visitá,
> un vomitíu m'ordená,
> jo el digué que no'l volía
> ell digué qu'em curaría
> y en vaix morir á l'endemá.

Puso fin á mi lectura lapidaria la campana, que

tocaba á cerrar. Pasé ante la capilla y allí vi la estatua de un Angel que, apuntando al Cielo con un dedo, parecía decir á los muertos: *Resurrectionis horam mortuorum specto.*

—¡Amén!—dije, y con esta piadosa palabra pagué el duro á la Baronesa.

Luego, como nada tenía que hacer en Alcoy, pasé de largo con ánimo de llegar cuanto antes á la raya de Valencia.

LIBRO ONCENO

EL JARDÍN DE ESPAÑA

I

MI TROPIEZO CON VENUS

Caro lector, poco ó nada puedo decirte de mi caravana á Valencia porque como me quedaba algún dinero no tuve necesidad de aguzar el ingenio para comer.

Pasé á la vista de Montesa, solar de la Orden del Temple, ante cuyo castillo, según me dijeron, rinde honores militares la tropa cuando andan por la carretera; pasé por Játiba, nobilísima ciudad, cuna de los Borgia, y, al fin, di con mis huesos en *Valencia,* cuya ornamentación y riqueza admiré como es debido. Con razón llaman á esta provincia el *Jardín de España,* pues toda ella son vergeles de inagotable fecundidad, donde las cosechas se suceden sin interrupción y donde nunca faltan flores y frutas y verdor en los campos.

A seis leguas de la capital y una de la costa está Murviedro ó *Sagunto.* De la antigua magnificencia de la colonia romana dan muestra todavía la

cintura de muros, fuertes y resistentes como montañas, los vestigios de algunos templos, muchas lápidas é inscripciones, y, más que todo, los restos del *Coliseo,* cuyas gradas y puertas de entrada se conservan bastante bien. La población se apoya en la falda de una montaña de mármol negro veteado, de colores tristes, que hace un raro contraste con la fecunda llanada que á su alrededor se extiende, rebosando de riqueza agraria en su dilatado contorno.

En este valle, entre la cordillera de la Pedrera y el mar, se levantan sinnúmero de pueblos, grandes y pequeños, ricos todos por sus pingües cosechas de aceite, vino y algarrobas.

***

Era una tarde de Septiembre cuando pasé por allí, y tan calurosa, que más bien parecía de Agosto que de Vendimiario; uno de esos días estivales en que el ánimo se siente predispuesto á los deseos más extraños, por lo mismo que, muerta la voluntad, cualquiera cosa parece bien. Es el cuarto de hora en que se cae al primer capricho que la casualidad nos pone por delante.

En esta disposición de ánimo, di con una joven que apacentaba un rebaño de ovejas. Una hermosa aldeana en cuyos ojos brillaba el fuego del sol valenciano. Vestía al desgaire, con natural abandono, dejando adivinar, sin gran esfuerzo, las armoniosas curvas de su talle. Su bronceado cutis lucía el frescor de la virginidad y sobre el pedestal

de verdura en que estaba, parecía una ninfa tallada por el cincel de un escultor.

Largo rato la contemplé sin que ella lo notara. Los rayos del sol caían sobre aquella estatua de carne, casi dorando las femeniles líneas, y el corto zagalejo se henchía al soplo de una brisa retozona.

Por fin me puse á su lado, sin que se inquietara al verme.

—Zagala, ¿cómo te llamas?—le pregunté zalamero.

—Dora.

—Dora ¿qué? Porque hay muchos nombres que acaban así: Isidora, Teodora...

—Dorotea, pero me llaman Dora.

—Es un nombre muy bonito, como tú; porque tú eres muy bonita.

—¿De veras?

—Como una virgen. ¿No te lo han dicho otros?

—Usted es el primero que me lo dice.

—Pues, sí, Dora, eres muy linda. ¡Qué lástima que andes quemándote al sol guardando ovejas! ¿Son muchas?

—¡Las mismas que años tengo: diez y siete!

La escena ocurría en lo alto de una loma cuyas laderas descendían suavemente hacia el valle. Las ovejas, hartas de ramonear, iban bajando por sí solas á abrevarse en un ojo de agua que resplandecía en el praderío de abajo.

Dora tuvo que seguir al rebaño, y yo la acompañé. De vez en cuando, la zagala tiraba una piedra para castigar á alguna oveja que se separaba

demasiado del resto del rebaño, y era de ver la sumisión con que el animalito atendía la advertencia.

Pasito á paso, el rebaño, la pastora y yo llegamos á la poza, y á sus bordes se agolparon las ovejas á saciar su sed, como antes saciaron el hambre, siendo de ver que hacían lo mismo que las personas. Las hubo pacíficas, que dejaron pasar á las más impetuosas que corrían á primera fila; las hubo también que metieron hocico y patas en la charca, mientras que otras, más limpias, tan sólo los belfos humedecían.

Saciada la sed, el rebaño se detuvo á sestear, y la zagala y yo nos acogimos á una choza.

En esto vi un zorro que se deslizaba á lo largo de unos brezos. Creyendo hacer méritos con la zagala, me levanté esgrimiendo el palo para ahuyentar al raposo, no fuese que se llevara un corderillo.

—Déjelo usted—me dijo Dora, tirándome del brazo—; no le haga daño. Es mi amigo de todos los días. Verá lo que hace.

Volví á sentarme y puse atención en el animal. El zorro andaba muy despacio y con la boca recogía los vellones que las ovejas se dejaron entre las zarzas. Así que hubo recogido una buena pella se encaminó á la poza. Como ésta era bastante ancha y profunda, el animal se sumergió en el agua, hundiendo todo el cuerpo y asomando sólo el hocico con la bola de lana en los dientes. El zorro permaneció así algunos segundos. En segui-

da soltó la lana y á escape se lanzó á la orilla, sacudiéndose el cuerpo de la mojadura. Al cabo, se perdió entre los matorrales.

—¡Adiós y ahí queda eso!—dijo, riéndose, Dora, saludándole con la mano.

—¿Qué quieres decir con estas palabras?—le pregunté.

—Pues que este raposo es muy sabio. Todas las tardes viene á este sitio á recoger el vellón de mis ovejas y á bañarse. Como el animalito está comido de pulgas, se vale de esa industria, porque las pulgas, para no ahogarse, se apelotonan en la lana y lo dejan limpio.

¡Qué lindo argumento para un fabulista la estrategia de este eminente zorro valenciano!

—¿No te hace daño en el ganado?—pregunté á la zagala—. ¿Nunca intentó robarte algún cordero?

—Al contrario; somos tan buenos amigos, que algunas veces que me duermo vigila las ovejas, como si les estuviera agradecido porque le dan con que quitarse las pulgas. Estoy por decir que es el único amigo que tengo y me distrae en el pastoreo.

—¿Tan sola estás? ¿No tienes padres?

—Madre se murió; padre es leñador y anda perdido por el monte semanas enteras. Yo, por la comida y un par de zapatos cada seis meses, guardo este rebaño de sol á sol.

—¿Pero tendrás novio?

—¿Qué es esto?

—Un chico joven y guapo; otro zagal que te diga palabras dulces al oído y de vez en cuando se le escurran los labios y te dé un beso en la boca.

—¡Ah!—repuso la zagala pensativa—. ¿Esto es un novio? He oído decir que otras chicas lo tienen.

—Sí, Dora; cuando les bulle la sangre en las venas, como queriendo estallar. ¿No te pasa á ti esto? ¿No sientes en tu cuerpo algo así como un capullo que pugna por abrirse?

—Ni que fuera usted médico: lo acertó. Pero esto es desde hace pocas semanas; á partir de una noche, que soñé no sé qué cosas de fantasmas alegres que me palpaban todo el cuerpo y me daban muchos besos y abrazos. Amanecí tan ojerosa, que mi ama me dijo: "Ya eres mujer; ten cuidado con los hombres."

—¿Y tú entendiste lo que te quiso decir?

—Que ya era grande y que debía trabajar más... La verdad es que me desarrollé mucho en pocos días. Las mejillas se me pusieron más encarnadas, y una tarde que estaba ordeñando las vacas en el establo, se me salió un pecho afuera. Lo vió el ama y me dijo que lo escondiera. Quise hacerlo, y el indino se me escurrió entre los dedos como un melocotón maduro. Entonces el ama me hizo poner esta *cotilla*. ¡Si viera usted cómo me estorba!

—Pues quítatela—repuse, haciendo por desabrocharle el corpiño.

—Ahora no—contestó ella sin alamarse—, por-

que tengo que correr á las ovejas si alguna se me escapa.

—Ya me cuidaré yo. Vaya, no seas tontuela; quédate cómoda.

Y con mucho mimo la fuí desabrochando las presillas sin que hiciera resistencia.

Una bocanada de aire nos envolvió en una emanación vigorosa, embriagadora, que del prado venía, como hálito de amor; la zagala, extáticos los ojos, parecía arrobada y soñadora, como si se sintiera influída por un hechizo. Nuestras dos cabezas estaban juntas, como dos rosas sobre un mismo tallo.

Poco á poco, Dora dejó caer los brazos y entornó los ojos como magnetizada; pero su corazón palpitaba con fuerza. Palidecieron sus mejillas, tembló de pies á cabeza, como combatida por un efluvio misterioso, y en el momento que iba á caer desplomada, la estreché en mis brazos.

***

Repuesta la zagala díjome muy quedo:

—¿Eras tú quien querias correr al raposo, de miedo que me robara una ovejuela? Más zorro eres tú, que has robado la zagala.

—No, Dora, no me llames zorro; es que estabas madura como la uva que se cae por sí sola del racimo, y yo te comí, como te pudo comer otro goloso cualquiera.

—Para uvas maduras—repuso Dora, quizá sin entender el sentido de mis palabras—las que es-

tán vendimiando en las viñas del amo. Ayer, en la alquería, comí las más tempraneras.

—¿Hacia dónde cae esto?

—Muy cerca de aquí; en el camino de Burriana.

—Por él he de pasar. Y tú, Dora, ¿dónde recoges el rebaño?

—¿Dónde ha de ser? En la alquería.

—Pues iremos juntos. Veré al amo, y, si puede ser, me contrataré como vendimiador.

—Ya lo creo que podrá ser—replicó alegre la zagala—. En esta faena se emplea á cuantos lo piden, porque el miedo á las heladas hace apresurar la vendimia.

Pasó otro rato, y cuando las ovejas dieron la señal de retirada en busca del redil, zagala y peregrino las siguieron á retaguardia en dirección á la alquería.

II

LA VENDIMIA Y LA PISA

La cual no tardó en verse, así que atravesamos un poblado bosque de algarrobas que lo ocultaba.

Entonces me adelanté á la pastora, y á paso largo fuí á unos viñedos limítrofes con la granja, en los que se veía una cuadrilla de jornaleros.

Entre los liños se movían de cepa en cepa los vendimiadores, cortando cuidadosamente los cargados racimos, y dos parejas de membrudos mozos llevaban á un carro las aportaderas repletas de uvas. Un hombre de alguna edad, de pie, en la linde de un vidueño, metía las manos en una de las cubetas, apretando los racimos.

A la legua se conocía era el amo, por la satisfacción que todo él respiraba, como quien se goza en la contemplación de una buena vendimia.

Le ofrecí mis servicios, y sin titubear me contrató. Como los demás jornaleros, había de trabajar de sol á sol, descontando dos horas al mediodía, y en cambio daba tres pesetas de jornal, una hogaza para todo el día, dos comidas diarias y vino á discreción.

Aquella tarde no hice nada, porque empezaba á obscurecer; pero entré en turno, vi lo que hacían mis compañeros y tomé nota para el día siguiente.

***

No bien amaneció, los vendimiadores nos repartimos por una anchurosa viña. Eché mano á un corvillo y dime á cortar racimos.

Tan agradable me pareció la tarea, que ni aun cuando el sol empezó á quemar me di por resentido. Según la dirección del aire, á veces oreaba mi frente la brisa marina de la cercana costa, y otras me incensaba el aire de los campos, impregnado con el aroma del romero y del tomillo.

Los vendimiadores nos ayudábamos mutuamente, envidándonos coplas ó coreando barcarolas.

Yo enlazaba esta geórgica escena con el idilio de la pastora, la cual estaría apacentando sus ovejas al otro lado del algarrobal; y con las manos tintas en sangre de las uvas, me ceñí por debajo del sombrero una corona de pámpanos para refrescar mis sienes. En tal guisa canté, creyéndome solo, el *evohé* virgiliano:

Evohé, Baccus fremens, solum te virginem dignum...

Pero no había reparado que muy cerca de mí, acompañando al amo de la viña, que vigilaba á los jornaleros, estaba un señor cura, con su correspondiente balandrán, aunque con sombrero de paja. Y como quiera que yo había cantado en voz alta, el buen señor añadió el principio del hexámetro segundo: "*Vociferans*", dándome á entender que también se sabía de memoria á Virgilio.

Volví la cabeza, me sonreí y saludámonos.

Luego nos hicimos tan buenos amigos, que á la

hora del descanso hablamos largo y tendido, y él acabó por obligarme á que le hiciera una visita en la rectoral cuando hubiese de pasar por la aldea, con la que tropezaría camino de Castellón de la Plana.

***

Lector: ¿viste alguna vez una pisa de uvas en el lagar? ¿No? Pues procura verla cuanto antes, porque muy pronto el empleo de la máquina de prensar habrá matado esta fiesta pagana.

Acabada la vendimia, que fué á los tres días de mi contrata, pues yo llegué á los últimos, quise echar el resto y ayudé á la pisa. Allá en el lagar, con otros compañeros, bailé diabólica danza, atabaleando, pisando y estrujando montones de uvas con los pies. Los próvidos racimos se reducen á escobajos, en tanto que el mosto, saliendo por una canal, se vierte en las tinajas donde ha de fermentar, hasta que una mano industriosa lo envase después vinificado.

El *¡chas, chas!* del pataleo va acompañado del ritmo onomatopéyico de una alegre tonada, á la que se añade la conversación en voz alta, entre el viñador y los invitados á la fiesta.

Aquí, como en mi primer día de vendimia, vi junto al jaraiz al cura virgiliano entre el amo y otro huésped, dándoles esta clásica conferencia de viticultura:

—¡Qué riqueza!—decía—. ¡Qué variedad la de nuestras vides! Estas son de las que hablan los historiadores y las que han dado en todos tiempos

fama á sus generosos vinos, por ser de los más suaves, fragantes y espirituosos, especiales de España y aun de todo el mundo; debiéndose atribuir esta fragancia, suavidad y espíritu, no tanto á la uva, como dijo Plinio, sino es al terreno, que tampoco es fácil se encuentre semejante en el orbe. Aunque Columela juzgó poder contar todas las diferencias de vides, no hay duda fué esto mucho decir.

—¿Quién fué este Columela, mosén?—preguntó el amo.

Mosén es síncope de mosenyer y título que se da á los clérigos en todo lo que fué la coronilla de Aragón.

—Un andaluz muy entendido en agricultura —contestó el cura.

—Pues mucha presunción fué la suya, porque yo, que soy viñador, aún no he podido saber todas las castas de uva valenciana. Gracias que conozca las que crían mis viñas. Entre las blancas: la *serverola, trepadell, tir, macamen, palop, masaguera y monastrell;* entre las negras: la *ferrandella,* el *bobalet de Requena* y la *garnacha.*

—Pues yo hago á más colores—replicó el cura—. Distingo entre las doradas; la *melcoche* y la *duracina;* entre las blancas rosadas, las *albillas;* entre las bermejas: las *cruaznas* y *cabrieles;* y entre las verdes, las *montúas* y *jaenes.*

—Por algo mosén tiene esos mofletes de tan buen color, que ni pintados—repuso con sorna el

viejecillo de tipo antipático, que hacía el número tres en el corro del amo.

—Doctor, esto es llamarle á uno borracho con toda finura—dijo el pater.

—No tanto, mosén—replicó el médico rural, que esto era el tercer personaje—; pero sí aficionado al mosto.

—Lo soy. ¿A qué negarlo?—respondió el clérigo—. La vid, aunque Dios la crió al principio del mundo, como las demás plantas, con todo eso, se dice expresamente que Noé la plantó. Y la razón de esto es, que viendo Noé cuán provechosa planta era y cuán útil para el linaje humano, hizo viñas, para que, cultivándolas y labrándolas, llevaran á los hombres fruto más copioso y de mejor sabor que ninguno.

—Y ahora el reverso de la medalla—añadió el galeno—; los dañosos efectos del mosto en aquel patriarca, de donde la maldición de Cam; y en Lot, que vino á dar en cosas que tan mal le estuvieron.

—Con todo, doctor, lo que tiene de daño el mucho vino tiene de provecho el poco y moderado; y así el Eclesiastés aconseja al hijo que lo beba moderadamente, y que así bebido le será de mucho provecho. Es también medicina y antídoto para las enfermedades y melancolías, y así dijo Tíbulo: *Sepé ego tentavi curas expellere vino*; y Horacio: *Nunc vino pellite curas.*

—Mosén—repuso el viñador—, si no habla usted más claro me quedo en ayunas.

—Decía que son tantos y tan grandes los pro-

vechos del vino y los misterios que con él se han obrado, que son mucho mayores, sin comparación, que los males que ha causado. Hay que servir á Dios con alegría, como lo aconseja David; y la tristeza, dice el mismo Eclesiastés, es ocasión de enfermedad y muerte. Por tanto, la sabiduría divina manda dar vino á los tristes y amargos de corazón. Doctor: ¿no es éste también uno de los secretos de vuestra farmacopea?

—Sí—contestó con voz grave el mediquillo—, y la razón es porque el vino es en segundo grado caliente, como lo dicen Galeno é Hipócrates.

En esto terció el viñador:

—Diga, mosén, que lo sabe todo: ¿quién enseñó á aguar el vino?

—Herejes y cismáticos reñidos con la fuerza y la integridad del sagrado licor; ó, para que me entendáis mejor, taberneros y boticarios.

—*Vinum ardentem corroborat vel occidit*—arguyó el doctor en tono pedantesco—. También yo sé latín.

—Así es como vosotros, los físicos, matáis á los enfermos—repuso el cura—. El vino, *porque del cielo vino,* como escribió Baltasar de Alcázar, ayuda la digestión y enriquece la sangre. La primera vez, á las comidas, es necesario para la sed; la segunda, para la alegría; la tercera, para el deleite.

—Y la cuarta, para la insania y las indigestiones—concluyó el *censor* implacable.

—*In medio virtus,* señor mío—dijo el cura—.

Pues si de la planta pasamos al fruto, quiero decir, de la cepa á la uva, yo os invito, señores míos, á que consideréis un ejemplo de humildad cristiana, sin más que ver las uvas que está pisando este mi amigo.

Y señaló á mi personilla, que estaba zapateando y atabaleando con pies y talones los racimos.

—Las uvas, dejándose pisar—dijo el clérigo—dan ejemplo de aquellas verdades evangélicas: "El reino de los cielos es de los humildes". "Humíllate y te enaltecerán", conceptos ambos que muy bien expresó Quevedo en estas redondillas:

> Uva, si quieres subir
> á la cabeza después,
> hante de pisar los pies,
> que no hay medrar sin sufrir.
> Uva, déjate pisar
> si quieres ser estimada;
> si no, veráste picada
> ó dejaránte pasar.

Entonces tomó la palabra el médico.

—Ya que mosén, poniendo paño al púlpito, nos largó un sermón, voy á retrucarle con un cuento religioso, muy religioso.

—Eche usted por esa boca—dijo el pater.

—Un feligrés entró en la iglesia de un pueblo en Jueves Santo y oyó el sermón de la Pasión. La iglesia era un mar de lágrimas y la atmósfera una tempestad de sollozos. Y el hombre se sonreía impávido. Otro que estaba á su lado le dijo: *Tiene usted el corazón de piedra. ¿No le conmueve la*

muerte de Nuestro Señor Jesucristo?—No, porque estoy en el secreto.—¿En qué secreto?—En el secreto de que pasado mañana resucita.

—Precioso es el cuento—repuso el cura—; pero no veo que venga al caso.

—Pues sí viene al caso. La homilía vinícola no excita mi devoción, porque á lo que mosén va es á que el amo, viéndolo tan aficionado y alabador del mosto, acabe regalándole una arroba del de esta añada.

—Con lo que nuestro buen amigo obrará muy cristianamente—replicó el pater, dando una palmadita en el hombro al viñador—, porque yo bendije sus campos, y el sacerdote ha de vivir del pie de altar... Y usted, rígido Galeno, ¿no apetece lo mismo?

—No, mosén, porque yo soy abstinente. No bebo vino.

—¡Parece mentira! Y ¿cómo se las ha arreglado usted para llegar á viejo?

—En mucho ha contribuído el haber bebido tan sólo agua en toda mi vida.

—Entonces me asusto de la longevidad á que yo llegaré—repuso el cura con la mayor naturalidad—. Figuraos, doctor, que yo no bebo más que vino.

***

Entre la vendimia y la pisa llegué á reunir veinte pesetas. Todas las noches veía en la granja á Dora, aunque apenas le hablaba, porque el ama la traía en ajetreo continuo.

Pero mi pensamiento estaba fijo en ella; tanto es así que á un buhonero que á la alquería vino, al olor de los jornales devengados por los operarios, le compré un anillo de plata para dedo de mujer.

La última noche, víspera de mi partida, llamé aparte á la zagala:

—Oye, Dora—le dije—; me voy mañana muy temprano.

—¿Tan pronto?—repuso ella.

—Pero, chiquilla, ¿no sabes lo que soy? Un forastero.

—Sí—contestó ella con melancolía—; ya lo dice el cantar:

Amor de forastero
no vale nada;
ensilla su caballo,
se va mañana.

—No hay más remedio, Dora—contesté, tomándola una mano—. Pero quiero hacerte un regalito para que te acuerdes de mí. Toma esta sortija.

Y le puse en el dedo el anillo nupcial.

—¿Ves—seguí diciendo—este puñado de pesetas—y se las enseñé—que he ganado cortando y pisando uvas? Por ti lo hice y nos las repartiremos. Toma estos dos duros y cómprate lo que más te cumpla.

—No me lo des—repuso asustada la zagala, viendo tanto dinero—; el ama creería que los he robado.

—Pues se lo entregaré para ti.

—Esto me parece mejor. ¿Qué quieres que me compre con él?

—Puedes comprarte unas arracadas para que estés muy bonita, y, además, otra *cotilla*.

—La compraré—replicó ella alborozada—; á fe que será más bonita que la que llevo puesta.

—Sí—añadí—; pero que tenga muchas lazadas y muy fuertes, para que no te la desaten tan fácilmente como la otra.

Dora hizo un mohín y bajó los ojos. Como nadie nos veía, la besé en la frente, y estrechándole las dos manos, me despedí de ella.

III

FRENTE A LAS COLUMBRETES

Al rayar el alba abandoné la alquería con ánimo de ir á ver al cura virgiliano, testigo de mis proezas vitícolas.

A un chicuelo que encontré buscando algarrobas por el bosque le pregunté por el pueblo; y como era del lugar, á él me guió en persona.

La aldea, cuyo nombre no hace al caso, es una lengua de tierra con honores de península, que entra atrevidamente en el mar. Las casas de los labradores y la iglesia, cuya moruna torre fué en tiempos almenara ó vigía de la costa, ocupan la planicie del promontorio; hermosa terraza marina, que en días serenos deja ver al frente el grupo de las *Columbretes,* así llamadas porque se columbran desde la costa castellonense.

Al pie de la población alta está la baja, en la que viven los pescadores, algunos de cuyos botes y lanchas se ven varados en la arena.

Pese á tanta nomenclatura, á esa distinción de pueblo alto y bajo, de barrio de labradores y de pescadores, la feligresía no pasa de ser una aldehuela que escasamente tendrá cien fuegos.

El chico de las algarrobas me señaló una casita baja adherida á la iglesia, y me dijo:

—*Aquesta es la casa del señó rectó.*

—Gracias, *noy*—le contesté—. Toma en recompensa este perro gordo.

El chico tomó muy contento la pieza de diez céntimos que le alargué; pero como no veía por allí ningún perro, me preguntó:

—¿Dónde está el perro, que no lo veo?

—¿No ves este animalito de patas gordas y rabo erizado que se apoya en el escudo? Quiere ser león, pero se parece á un perro.

—Es verdad—replicó el muchacho mirando el cobre—. Talmente parece un perro de aguas esquilado de medio cuerpo abajo.

—Niño, quita allá—contesté—. Si nos oye el grabador se vuelve á morir de otro patatús.

Me refería á lo que por ahí se cuenta de que el artista del grabado murió del pesar que le causó oir que los madrileños tomaban por un vil perro el heráldico león que él dibujara. Pero el chico, entendiese ó no esta historieta, se guardó el perro en un repliegue de la gorra para que no se lo quitaran sus padres, y me dejó solo al pie de la rectoría.

Iba á llamar, cuando me pareció oir el sonido de un violín.

—Has llegado á destiempo—díjeme—; se te adelantó un trovador.

Pero me tranquilicé, porque, haciendo dúo con la música, oí cantar á mi amigo el cura, que bien se conocía cantaba y tocaba á un tiempo, por la

sumisa correspondencia del instrumento con las inflexiones y tonadas de la voz.

A riesgo de estorbarle en su melopea, llamé fuerte. Dejó el violín de tocar, y el cura se asomó á la ventana, que estaba á la altura de mi cabeza.

—Ola, anacreóntico — dijo al verme—. *Salve amice.*

Y él mismo bajó á abrir la puerta, acompañándome á su gabinete, desde el que se gozaba la visión magnífica del ancho mar y del perfil de la costa. Junto á una ventana estaba el atril con el violín y un papel de música.

—¿Qué es esto, mosén—exclamé, señalando el estradivario—? Le sabía á usted poeta, pero no músico.

—Una cosa trae la otra. *Tam nescio esse musicam nescire, quam letteras,* dice San Isidoro, dando á entender que la música debe ponerse entre las ciencias ilustres.

—Mía fe que lo hace usted muy bien, porque le estuve oyendo antes de llamar.

—Gracias por la lisonja; pero ya paso de los cuarenta, y á esa edad á los músicos no nos queda más que el compás. Dirélo más elegantemente con mi paisano Ausías March:

La valledat (vejez) en valencians mal proba:
no sé com jo faça obra nova (1).

---

(1) Ausías March fué caballero valenciano contemporáneo del Marqués de Santillana. *Ausías* es una forma popular de *Agustí,* y debe pronunciarse cargando el acento sobre la *í.*

—¿Qué estaba usted ensayando?

—Unos gozos á la Virgen, para que las niñas los canten los sábados en la iglesia. Pero hace días me falta la inspiración.

—¿Faltarle la inspiración ante este escenario? —contesté señalando el mar—. No lo comprendo. Si yo dispusiera de un gabinete de trabajo como éste, creo que haría obras maestras. Así me explico que Víctor Hugo, allá en Jersey, escribiera lo que escribió.

—También Ovidio pulsó la lira orillas del Ponto y cantó cosas muy tristes—repuso el cura meneando la cabeza—. ¿Ve usted esos dos barrios de mi feligresía, el de labradores y el de pescadores? ¿Cuál cree usted que es el más alegre?

Y, sin darme tiempo á responder, siguió diciendo:

—Pues el primero. La madre tierra alegra más á mi gente que el mar. Estos pescadores representan en la vida del pueblo la perpetua tragedia. No hay para ellos un día de plácida confianza, porque el cielo azul, la mar serena, el viento en calma, no son sino engañosas apariencias del peligro que se oculta tras esas bellas formas de la poesía del Océano. De improviso surge una nube, las aguas se encrespan, el huracán rompe sus cadenas y la muerte aparece entre los horrores de la tempestad, segando la flor bravía de la costa. En cambio, la otra parte de mis feligreses no saben del mar sino que es muy bonito, muy agradable, sobre todo en verano, y muy alegre, porque

ven en él las mismas cosas que en la tierra: uvas, ortigas, helechos y cohombros, espadas y sierras, truhanes y rameras, ó sea delfines y sirenas, cardenales, obispos, ermitaños y otros peces semejantes á las cosas del cielo, porque hay nubes, estrellas y luna.

—Y usted, pater, ¿á qué carta se queda?

—Entre la sublimidad del mar y la poesía de los campos, clavo la vista en el fiel de la balanza que sopesa los dos elementos.

Y el cura señaló con el dedo al cielo.

—¡El Sol!—exclamé.

—Sí; *Phebo, pater omnipotens,* como le llama nuestro Virgilio; siempre tan hermoso y tan nuevo como el primer día que comenzó á andar los orbes; y por esto dijo Calímaco: *formosus semper, semper juvenisque.* ¡Qué de piropos, qué de lindezas le cantan los poetas! Tan hermoso es el Sol, que el real Profeta no halló á qué mejor compararlo que á un desposado galán que sale del regazo de la esposa y con su alegre y risueña cara á todos llena de alegría. ¡Con cuánta razón le llama Homero el *Cien brazos!* Porque tiene manos para dar luz y claridad á la luna y las estrellas y para barrer del aire la obscuridad y las tinieblas. Tiene manos para las plantas, para las hierbas, para las flores y frutas. Su luz alegra el mundo. Las aves le saludan y con sus harpadas lenguas dan mil parabienes á su venida. Los animales saltan, retozan y dan brincos de placer en viéndolo; los árboles, las plantas y las flores se descogen, se esparcen

y cobran nuevo ser y nueva hermosura. Los peces muestran sobre las aguas sus plateadas escamas. Los enfermos se alientan, recibiendo nuevas esperanzas de su deseada salud, y, finalmente, no hay cosa creada que no se mejore en gusto cuando el Sol aparece.

—Padre cura, me va usted resultando tan apolíneo ahora como dionisíaco antes.

—Esto lo dice por el episodio del lagar, ¿no es cierto? Por mi contrarréplica al medicucho.

—¡Ya, ya! ¡Qué hombre tan sombrío! ¡No gustarle el vino! Se conoce que se le pegó el gusto de las recetas que administra, porque todo él destila acíbar y vinagre.

—Es un triste, es decir, un alma que se resiente de un mal que sufre; que esto es la tristeza: un resentimiento interior, como la sequedad de corazón, el odio, la envidia, etc., ó un resentimiento exterior, como enfermedad, pobreza y demás.

—Según este concepto de la tristeza, todos los hombres debieran ser tristes, porque todos nos vemos combatidos por azares y pasiones. *Nuestras vidas son los ríos que van á parar al mar,* pero ríos que tienen sus crecidas: las grandes esperanzas, los felices sucesos; y sus bajantes: los desengaños, las aflicciones.

—Pues el hombre ecuánime debe conservar igual su corazón, cualesquiera que sean los sucesos de la vida. El santo crisma de que se sirve la Iglesia en varios Sacramentos está compuesto de aceite de oliva y de bálsamo. El bálsamo, que

por su peso específico queda por debajo, representa la resignación, la conformidad; el aceite, que sobrenada, es el símbolo de la fortaleza, que hace al hombre superior á sus aflicciones; y aquel será hombre perfecto que junte la paciencia con la dulcedumbre de carácter. Es máxima tan cristiana como utilitaria. Gran parte de la salud consiste en querer tenerla; y lo mismo sucede con la alegría del alma. Por esto dijo un filósofo que el ver siempre las cosas por un prisma alegre vale más que una renta de miles de duros.

—Dígame, mosén, ¿dónde se vende este prisma de color de rosa?

—En ninguna parte; hay que fabricárselo en las moradas del alma.

—¡Ah!, pater, una cosa es predicar y otra dar trigo...

—Si como soy clérigo, fuera hombre de mundo, igual diría. En todos los estados se puede servir á Dios, y cada uno de ellos tiene sus particulares goces; sólo que á nosotros nos cansan y aun se nos indigestan por no seguir el precepto del sabio: "Si encuentras miel en tu camino, come lo necesario y nada más."

—Resumiendo, pater. ¿Está usted contento con su suerte?

—¡Qué remedio me queda! Desear otro género de vida incompatible con los deberes de mi estado sería perder el tiempo, porque los deseos ocupan el lugar de las ocupaciones que debemos cumplir. Casi siempre nuestros deseos quieren im-

posibles: se parecen á esas mujeres en cinta que en invierno apetecen fresas y en verano castañas nuevas.

—Y quien dice contento dice feliz.—Mosén, ¿lo es usted?

—El concepto de la felicidad del hombre es muy elástico. La ciencia de ser feliz consiste en ser piadoso consigo mismo, como hay que serlo con los demás. No todo ha de ser sufrir y perdonar las molestias y flaquezas del prójimo; hay que aplicar también la máxima á nosotros mismos. ¿Qué es el amor propio, qué es el orgullo, sino mortificaciones de nuestra imperfección, de nuestra inferioridad respecto de otras personas? En vez de abrigar en el pecho esas áspides venenosas, ¿no sería mejor que, como la Esposa de los Cantares, lleváramos la miel en los labios y la leche en el pecho; la miel para el trato con nuestros semejantes y la leche para dulcificar nuestra alma? Faltando una de estas dos cosas se es medio ángel y medio demonio.

—Esto ¿cómo se entiende?

—Pues, como se dice vulgarmente, ángel en la calle y demonio en casa. Puras apariencias.

—¿Qué es la sociedad sino esto? ¡Puras apariencias! Hasta la virtud lo es, según dijo Bruto al clavarse el puñal en el pecho.

—Es que, en vez de preferir las virtudes más conformes con nuestros deberes apetecemos casi siempre las que halagan nuestro gusto. Persona hay que se desasosiega por practicar las más sona-

das; quiere ser héroe, magnánimo y olvida ejercitar las que le cumplen. No es esto: hay que escoger las virtudes que son mejores, no las más consideradas; las más excelentes, no las más aparatosas; las más sólidas, no las más decorativas y de relumbrón. Fuera de que es más fácil practicar las buenas obras que las grandes virtudes, á la manera que se gasta más á menudo y con más profusión la sal que el azúcar, por más que éste sea de más calidad que la otra.

—Y usted, mosén, ¿qué gasta más? ¿la sal ó el azúcar?

—Soy un servidor de Dios, que procuro adquirir las virtudes que me faltan y perfeccionar las pocas que tengo.

—Pero sin dejar de darse buena vida...

—¿Acaso no son compatibles ambas cosas? A los ojos del mundo vale más, verbi gracia, la limosna callejera que la espiritual; los ayunos, el andar descalzo en procesiones, las disciplinas y demás castigos de la carne, á la modestia, á la bondad, á las mortificaciones del espíritu y del corazón; y, sin embargo, estas últimas son de mayor excelencia y más meritorias que las primeras. Esto no lo digo yo, sino San Francisco de Sales en su *Vida devota*.

—Bien, pater; así es como me lo figuré á usted desde el principio: un optimista de balandrán; un enamorado de la vida y aun de la *vita buona*.

—La *buena vida* es consecuencia de la alegría de vivirla, sin que esto quiera decir que yo sea un

epicúreo, porque mi régimen es harto sencillo. Empiezo por levantarme temprano. Los pájaros, á la madrugada, ¿no nos invitan á sacudir el sueño y cantar las alabanzas del Señor? Pues esto hago yo rezando el santo sacrificio de la Misa. Aparte el cuidado de mi pequeña parroquia, me doy maña para leer mis clásicos favoritos, tocar el violín, ir de caza ó recrearme con alegre conversación.

—¡Conversaciones de aldea!—repliqué en tono despectivo.

—Más divertidas que las de salón—repuso mosén—, porque, como todos nos conocemos, reímos nuestros mutuos defectos, pero sin zaherirnos, sin faltar á la caridad; antes bien, practicando aquella virtud que los griegos llamaron *Eutrapelia,* que es el arte de conversar alegremente, como se acostumbra entre gente de buen humor. El sabio compara las malas lenguas á una navaja de afeitar, y esto lo tengo muy presente porque, como soy el más calificado en las tertudias de la aldea, procuro no ofender ni lastimar á nadie, y si me piden mi opinión, darla con el mismo tiento y cuidado que el cirujano hace una incisión entre los nervios y los tendones. Procuro ser condescendiente, porque la condescendencia viene á ser como un ejercicio de la caridad. A este tenor, algunas tardes de invierno me hallaría jugando al tute con mis feligreses, circunstancia que huélgome haber leído en la vida de Carlos Borromeo, quien no se desdeñaba de jugar con los suizos, y en la de nuestro Loyola, que habiendo sido invitado á terciar en un juego, no

desdeñó la invitación... Si hoy fuese domingo, me vería también convertido en maestro de baile, acompañando con el violín las danzas de los mozos en la plaza de la iglesia.

—¿Esto más?—repuse—. Ya sabrá usted la aleluya del padre Claret:

Jóvenes que estáis bailando,
al infierno vais saltando.

—Entre estos aldeanos, y quiera Dios que así sea por mucho tiempo, el baile no se hace por deshonestidad y lascivia, antes para ejercitar la juventud y con el ejercicio de las burlas se habiliten y suelten para las veras. A este intento, los sabios griegos inventaron la danza pírrica, muy parecida á la *Spata dantza* de los vascos y al *ball de bastons* de los catalanes, porque es un bailar unos con otros, á modo de escaramuza y batalla, acometiéndose y retirándose. Esta es la danza que aquí se estila también.

—Y ¿qué opinan las mozas de un baile tan honesto? Porque á ellas lo que más les gusta es el dulce meneito del *agarrao*.

—Se aguantan, porque, si no, no bailan; y si bailan ha de ser lejos de la iglesia, y por descontado sin las armonías de mi violín.

—Vaya, amigo mosén, merece usted que le ciñan el laurel de Apolo.

—No, porque es la enseña triunfal de héroes y emperadores.

—Y también de poetas.

Onor d'imperatori e de poeti,

dijo Petrarca.

—Pues me lo ceñiré—repuso jovial el cura—; pero á condición de repartírnoslo, porque usted también es émulo de Apolo.

—¿Por qué me llama usted así?

—Porque así como Apolo, viéndose pobre y necesitado, se hizo pastor de unas vacas, usted, en igual situación, se hizo vendimiador y pisador de uvas.

***

Sería interminable referir todo cuanto hablé con el cura. Acabaré diciendo que, á la despedida, me trató á fuer de hidalgo, prestándome su mula para que me llevara á Castellón y dándome por espolique ó escudero á uno de sus feligreses.

LIBRO DUODECIMO

DE TARRACO A BARCINO

I

UN PUEBLO IDEAL

Los campos tarraconenses, si bien tienen mucho parecido con los que quedan atrás, son de paisaje más idílico, casi helénico.

El sol de Septiembre—que es el mes en que los atravesé—los baña de plácido resplandor y los ojos se alegran viendo los clásicos cultivos de la vid, del olivo y del almendro, que hacen labradores tocados con la *barretina* roja ó morada, hermana gemela del gorro frigio.

Los pastores de la tierra son aficionados como ninguno á tocar el *flaviol* ó caramillo, en ruda competencia con las cigarras atalayadas en los olivos. La ribera está tan cerca, que la brisa del mar mezcla su hálito salino con el aromático del espliego, del tomillo y del romero; y no pocas veces blancas gaviotas, dejando la playa, salen á dar una volada por el campo.

Sin gran esfuerzo, uno se representa sin querer, los paisajes sicilianos de las églogas de Mosco.

***

Antes de llegar á Tarragona se pasa por un gran centro de población: *Reus*. Hay este dicho: *Reus, París y Londres,* con lo que pretenden echar en cara á los reusenses la valía de su ciudad. Lo cierto es que ésta supera en importancia á la capital de la provincia. En Reus nacieron, además, cuatro figuras contemporáneas: el General Prim, el doctor Mata, el pintor Fortuny y... Rosita Mauri, famosa bailarina de la Opera de París; variedad de profesiones que demuestra la flexibilidad de genio de estos catalanes, romanos por el carácter, griegos por el temperamento.

***

Pasado el Francolí empieza á verse la ciudad de Tarragona, un tiempo colonia romana y cabeza de la España tarraconense. Dispersados aquí y acullá se descubren soberbios vestigios del poder de Roma: las tres puertas ciclópeas de las murallas, el anfiteatro, el templo de Augusto, el arco que dicen de Bará y el grandioso acueducto, del que se conservan restos magníficos, pero no la traída del agua.

El mejor panorama que se disfruta en la ciudad es al extremo de la Rambla, desde una cornisa que, hacia la derecha, deja ver el mar azul, y hacia la izquierda, la verde campiña. Bájase por allí á los terrenos de la estación, y paralela á la vía férrea sigue la carretera á Barcelona, que había de ser mi ruta, delicioso camino sesgado entre unos pinares y la marina.

Como es consiguiente, tomé un baño en el *Mar Latino*—como llaman los orientales al Mediterráneo, nombre que involuntariamente se pronuncia en este litoral tarraconense erizado de lumbreras y torres antiquísimas que sirvieron de faro á los nautas romanos.

Al internarme tierra adentro di con un pueblo. Pregunté cómo se llamaba y dijéronme que *Constantí*. Y en Constantí di por terminada la jornada de ese día.

Como quiera que ya las noches eran frías y no era cosa de dormir á manta de Dios, fuí á hospedarme á una *fonda*, nombre catalán por excelencia; pues no estará de más saber que de la primera que se estableció en España, en Barcelona, como tenía honda la entrada, vinieron á llamarse así los demás establecimientos análogos

Conste, pues, que mi alojamiento fué en fonda y no en *Hostal*, como llaman en Cataluña á la posada. Segunda declaración que hago, no tanto para que se vea que andaba viento en popa, cuanto porque ella es pertinente al asunto que voy á tratar.

***

Era una casa pequeña de un solo piso; arriba un pasillo con las alcobas, y abajo, á estilo de posada, la cocina, el patio y la cuadra.

Como venía cansado y hambriento, á prima noche pedí la cena y me la sirvieron en seguida. La fonda parecía estar desierta de huéspedes, porque ama y criada se bastaban para el servicio.

Comiendo estaba, cuando entró en el comedor otro personaje que bien se veía no era forastero, sino vecino de la localidad. El ama le saludó por su nombre, y como si se tratara de un abonado á diario, le sirvió la cena en cuanto se sentó.

Lo cual hizo á otra mesa junto á la mía.

El hombre, muy campechano al parecer, y yo, que no le iba en zaga, luego simpatizamos y trabamos conversación.

Fueron los preliminares, los que se acostumbran entre personas que no se conocen y que nada tienen que decirse: la temperatura, el estado de las cosechas y demás zarandajas. Yo hube de contarle mi manera de viajar, y, entre otras cosas, alabé la hermosura del campo de Tarragona y los monumentos arqueológicos de la ciudad.

No lo hice á humo de pajas, porque di con persona instruída que, poniéndose á tono conmigo, añadió algunos comentarios, y entre otros el siguiente:

—*Estos, Fabio; ¡ay dolor! que ves ahora,* etcétera, fueron un tiempo Tárraco famosa. Hasta este pueblo de Constantí se extendía la gran metrópoli, allá en la época de su esplendor, cuando los historiadores la atribuyen un millón de habitantes. Uno de los gobernadores romanos en este tiempo fué el famoso Poncio Pilatos, y es tradición que en esta villa tuvo su quinta de recreo. ¡Figúrese usted lo que entonces sería este rincón! ¡Qué animación! ¡Qué vida la suya, convertido en Capua de todo un gobernador de la España

citerior y en castro de legionarios que montarían su guardia! ¡Qué ir y venir de literas y de matronas y patricios con séquito de esclavos!! ¡Cómo retemblarían estas calles al paso de los mílites ecuestres! ¡Qué sonora trompetería la de las cohortes á la salida y al regreso de una expedición guerrera!...

¡¡Tatarará, trá!!! ¡¡Tátara, trí, trí!!, sonó en este punto con bélica armonía un dúo de clarines.

—¿Hablaba usted de ellos?—exclamé al final de la tocata—. Pues ya resucitaron los romanos.

—¡Rara casualidad!—repuso mi interlocutor risueño—. Será algún escuadrón de caballería de los que van y vienen de Reus á Tarragona haciendo paseos militares.

Riendo el sucedido, seguimos charlando y manducando.

Al poco rato se oyó un ruido de espuelas en el portal, y apareció en el comedor un sargento de dragones.

—Buenas noches, señores—dijo—. ¿Está la patrona?

—*¿Qué volía?*—preguntó ésta, saliendo de la cocina.

—Soy el brigada encargado de alojar el escuadrón, y como aquí vendrán á hospedarse el Capitán y los dos Oficiales, vengo á que me enseñe usted las camas.

—*¡Y'ara!*—replicó indignada la mujer—. *¿Qué diu aque "militroncho", que l'y enseñi las camas?*

—¿Qué tiene esto de particular, patrona?—re-

puso el sargento—. Necesito verlas para decir á los oficiales si son grandes y están limpias.

—¡Ya lo creo que están limpias!—replicó en su lengua la patrona—; pero yo no las enseño más que á mi marido, y éste ya se murió. Con que usted verá.

—Señora Tecla—dijo á esta sazón mi contertulio, soltando la carcajada—; las camas son los *llits* en catalán, y los *llits* las *camas* en castellano.

—*¡Ah! no m'en recordaba*—exclamó confusa la mujer—. *Vosté dispensi*... Venga, venga, que se las enseñaré con mucho gusto.

Y con mucha amabilidad llevó al brigada á enseñarle las camas.

—¡Parece mentira el *quid pro quo!*—dije á mi compañero—. Si lo cuento en Madrid, no lo creen.

—Pues pueden creerlo, y aun deben saberlo los gobernantes, porque equívocos como ese menudean entre castellanos y catalanes, que no se entienden. Lo cual trae, en ocasiones, malas consecuencias. Sin ir más lejos, oiga lo que pasó en este mismo pueblo hará cosa de un año. Un juez vino á tomar declaración á un herido que, como nuestra patrona, apenas entendía el castellano. Díjole éste que el agresor había sido *un home ab manta*, y el otro entendió: un hombre con una amante. Hiciéronse investigaciones, y dió la casualidad que en el lugar del suceso se habían visto dos novios muy amartelados, los cuales fueron envueltos en el proceso hasta que se aclaró la equivocación.

—¿Esto es verdad?

—Tan verdad, que desde este hecho mis convecinos se han escamado tanto de los funcionarios forasteros, ayunos del catalán, que el Gobierno les manda, que no quieren nada con ellos, y casi casi se han declarado en cantón.

—Me deja usted con la boca abierta. ¿Cómo es posible esta anarquía?

—No es anarquía; es, sencillamente, una huelga de ciudadanos.

—¿Cómo se entiende?

—La villa de Constantí, sobre no tener ningún funcionario forastero, que para nada los necesita, pues ya saben venir cuando les conviene, se singulariza desde hace nueve meses por el hecho inaudito de no tener Ayuntamiento. Trátase de un pueblo de importancia que tiene unos 2.500 habitantes, produce vino, cereales, aceite; fabrica aguardiente y papel; vive tranquilo y feliz, y, sin embargo, no tiene quien lo administre. Entre las muchas virtudes de mis convecinos sobresale su excesiva modestia. Ninguno quiere ser alcalde, ni concejal, ni cosa que lo parezca; ni hay quien transija con que lo sean los demás. Había un secretario, éste era yo, y hace tres meses abrumado por la soledad del despacho, dimití, ó, por mejor decir, me declaré cesante, porque no sabía á quién presentar mi dimisión.

Dos veces se ha convocado á elecciones municipales, y ninguna se han presentado los candidatos

indispensables para formar Municipio, ni los electores han acudido á las urnas (1).

—Y el Gobernador de la provincia ¿qué hace á todo esto?

—¿Qué ha de hacer? Dejar que ruede la bola. Pero vinieron las quintas, y ha sentido la necesidad de entenderse con alguien. Su delegado compondrá un Ayuntamiento en Constantí con exconcejales ó como Dios le dé á entender. Y se considera muy probable que, en cuanto pase esto de las quintas, se vaya cada concejal á su casa y no vuelvan á aparecer por el Ayuntamiento.

—Me deja usted patidifuso con este cuadro de la España pintoresca.

—Y lo que te rondaré, morena, porque aún no se ha dicho todo.

Mas como en esto se oyera ruido de voces y sables arrastrando, suspendimos la plática. Eran los tres oficiales de Dragones, que venían á alojarse en la fonda por aquella noche, pero que antes pidieron de comer. Sentáronse en mesa aparte, y nosotros anudamos la conversación.

(1) Histórico.

II

SIGUE LO MISMO

Habla el exsecretario municipal, de nombre Carrillo.

—Pues, como iba diciendo, en esta huelga concejil me quedé en la calle, y como soy soltero y no tengo familia, vivo en esta fonda esperando mejores tiempos, porque esto no puede seguir así.

—Y ¿quién cobra los impuestos municipales? ¿Quién cuida de la policía urbana?

—Nadie; porque, como no se paga á los empleados, no hay quien quiera serlo de balde. Con esto ha ganado el pueblo, porque los vecinos se cuidan de todo, repartiéndose por calles el servicio de limpieza, de alumbrado y demás.

—Pero la justicia ¿quién la administra? Porque este vecindario no será un coro de ángeles.

—Al delincuente en gordo se le envía á la capital para que los Tribunales se las entiendan con él; las simples querellas se dirimen en juicio verbal.

—En este caso ¿habrá tribunal, habrá letrado?

—El tribunal lo componen cuatro hombres buenos, y aquí sí que reza aquella definición: "Jus-

ticia es, lo que de cuatro quieren tres", contando con el Fiscal. Letrado no hace falta, porque se juzga por equidad; pero en consideración á mis servicios y á mis conocimientos forenses, soy yo quien asesora al jurado, y estos son los únicos gajes que me ayudan á capear el temporal.

—¿Es usted abogado?

—A medias. Empecé la carrera, pero no la acabé. Me suspendieron en la asignatura de Derecho civil, y reñí con la Universidad.

—Sería usted mal estudiante...

—Todo lo contrario; fuí modelo de estudiantes. ¡Como que empleé todo el curso en poner en verso el Derecho civil!

—Sí, vamos, se sintió usted Carulla, que, como es sabido, hizo lo mismo con la Biblia.

—Llegaron los exámenes—siguió diciendo mi contertulio, sin hacer caso de la alusión—, y mis compañeros de aula retáronme á que pusiera de manifiesto mi obra en público certamen; esto es, á que contestara en verso á las preguntas del examinador. Cruzáronse apuestas, y yo los emplacé para el día oportuno.

—¿Cómo se le ocurrió tamaño dislate?

—Me imaginé que el catedrático me escucharía embobado, que transcendería el hecho y que algún editor de Barcelona me pediría la obra. Llegó, pues, el día del examen, y es inútil decir que el aula estaba atestada, porque entre los escolares había corrido la voz de que yo contestaría en verso á todas las preguntas del examinador.

—No fué pequeño el compromiso—repliqué, por decir algo.

—Tenía la seguridad de salir airoso de mi empeño, á lo menos en aquellas preguntas que requieren definición breve y categórica. Verbi gracia: —Pregunta: ¿Qué es Jurisprudencia?—Respuesta: *Justi atque injusti scientia.*—¿Qué es Derecho natural?—Lo que natura enseña al animal. —¿Qué es ley?—Lo que mandan las Cortes con el Rey.— Etcétera, etcétera. Salí tan airoso, al menos así lo supuse, que al salir del aula me gané una ovación y me gané también las apuestas...

—Y, en último término, se ganó usted unas calabazas—añadí, redondeando el período.

—Lo adivinó usted. El catedrático de la asignatura, ó porque tomara á chacota mi manera de contestar, ó porque entendió que mi tratado poético hacía la competencia á su obra de texto, me suspendió, y el tribunal fué tan inicuo que confirmó el fallo, en vez de ceñirme una corona de laurel.

—Tal creo—repuse—, porque las respuestas, lejos de ser incongruentes, parecen acotaciones de la *Instituta* y de las *Siete Partidas*.

—Paréceme — respondió Carrillo — tratar con persona perita que me da la razón. Por ello, porque me dolió la injusticia del fallo, dime de baja en la Universidad de Barcelona, que es donde ocurrió el suceso.

—¿Y decía usted que en Constantí ejerce de abogado?

—De leguleyo nada más. A bien que la justicia que yo asesoro es la meramente distributiva: dar á cada uno lo que le pertenece, y todos mis dictámenes están inspirados en la equidad.

—Pues trabajo le doy, porque la equidad es la base de las leyes escritas, y á pesar de éstas y de aquélla, los jueces se ven negros para fallar.

—Por esto cabalmente; porque estos señores se ven muchas veces, como el asno de Buridán, entre el agua y la cebada y no saben por dónde tirar. Yo prescindo del sentido legal de la justicia y aplico sin vacilaciones el sentido moral.

—También esta aplicación del derecho la hallo más difícil que la interpretación de la ley. Para la última basta ser un mediano jurisconsulto, mientras que para la otra se necesita ser todo un sabio Salomón.

—No tanto; ingenio y sagacidad, condiciones que creo reunir, aunque me esté mal el decirlo.

—Y la gente de Constantí ¿se aviene á estos procedimientos?

—Con mil amores. Los encuentran rápidos y expeditos, sin las excepciones dilatorias de los otros, en que se gastan tiempo y dinero. Para que se entere usted, voy á contarle este caso, que en otra parte hubiera sido argumento de un enojoso juicio de faltas, y aquí, en Constantí, se ventiló en un santiamén.

Yendo un hombre cargado con un haz de leña, vió venir á un vecino, al que hubo de llamar la atención, gritando: "¡Ahí va, ahí va! ¡Cuidado!"

El vecino, que sin duda iba distraído, no pudo evitar el encuentro, y una astilla le rasgó la chaqueta. Sin más dilación, llamó al tribunal de los hombres buenos, pidiendo indemnización del daño. En seguida se citó al hombre de la leña. Frente á frente demandante y demandado, el tribunal oyó los cargos del de la chaqueta rota y preguntó al otro qué tenía que decir. El hombre de la carga no chistaba, sin duda por cortedad.

—¿Estás mudo?—le preguntó uno de los hombres buenos.

—No es que esté mudo—se apresuró á contestar el de la chaqueta—; es que no sabe qué decir en su defensa. ¡A fe que buenas voces daba cuando me topó! A gritos me decía: "¡Aparta! ¡Ahí va!"

—Ya lo oís, señores jurados—contesté yo, en mi calidad de asesor—. Debéis absolver al demandado, porque este hombre le ha defendido mejor de lo que el otro pudiera hacerlo.

El de la chaqueta se vió cogido en sus propias redes y se retiró con las orejas gachas.

—No está mal, señor Carrillo; es un rasgo de ingenio que envidiaría Salomón.

—Pues tocante á olfato policiaco oiga este otro caso mucho más grave, que dilucidé también sin molestias de citas ni careos de testigos. En un *más* —como llaman aquí á las alquerías—encontraron al amo asesinado. Como el asunto no era de la competencia de los hombres buenos, se dió parte á Tarragona. Pero antes fuí yo al lugar del suce-

so, acompañado de dos mozos de escuadra. Entre otros criados del *más* vi un hombre que hacía grandes demostraciones de duelo y que por cierto fué quien trajo el aviso del crimen. En cuanto le eché el ojo dije á la pareja:

—Este es el asesino.

—¿Cómo lo sabe usted?—replicó el más antiguo de los guardias.

—No hay más que fijarse en este detalle—repliqué—. Hoy es jueves, y ese hombre lleva la camisa limpia.

No me equivoqué. La pareja estrechó á preguntas al presunto criminal, y éste lo confesó todo, encontrándose después la camisa manchada de sangre de que se había despojado. Con esto, los guardias se lo llevaron preso á Tarragona y la justicia se ahorró el viaje á Constantí.

—Señor Carrillo, es usted un portento, un hombre colosal. Pero ¿esto le produce?

—Así, así; las propinejas, que yo llamo honorarios, que quieren darme las partes beneficiadas, y algo es algo.

III

EL HEREU Y LA PUBILLA

Creo haber dicho que cerca de nosotros cenaban también los tres oficiales de Caballería.

Serían castellanos de pura cepa, á juzgar por el limpio acento y la dicción castiza de sus palabras. Bien es verdad que para soltar las lenguas y lubrificar las gargantas, menudeaban las libaciones del *Priorato* de la tierra.

Esto daba animación al comedor, amén de las frecuentes entradas y salidas de ordenanzas, cabos y sargentos, que venían á dar el parte al Capitán del escuadrón. Como el tema de Constantí estaba ya agotado, di un vuelco á la conversación con Carrillo y le espeté esta exclamación, á ver lo que decía:

—¡Qué bien me suena el habla castellana después de tantos días de oir hablar catalán!

—¿No le gusta á usted nuestra lengua?—repuso él.

—No me disgusta; pero me parece mejor el castellano.

—En cambio á nuestra patrona le parecerá mejor el catalán. Eso es á lo que uno está acostumbrado.

—Y usted ¿qué dice, señor Carrillo? Sea usted imparcial, porque le advierto que soy de la manga ancha. Habla con un madrileño criado en Barcelona, y, por consiguiente, un tantico aficionado á la región.

—Pues digo que, sin negar la majestad, abundancia y sonoridad de la lengua castellana, la lemosina, provenzal ó catalana—que con los tres nombres se conoce—no cede á ella en abundancia y lozanía. Díganlo, si no, *Mireya,* de Mistral, y *La Altántida,* de Verdaguer, clásicos modelos del provenzal y del catalán de nuestros días, aunque con la natural diferencia de los diptongos, de la ortografía y de las conjugaciones. ¿Las ha leído usted?

—Las he leído y admirado.

—Pues tienen mucho parecido con las *Cántigas* del Rey Sabio, en las que por cierto se observan muchas analogías con el catalán en palabras y hasta en frases.

—Norabuena todo esto; pero buena diferencia va del lenguaje literario al corriente, al que se habla. Lo que más disuena al oído de un hijo de Castilla es la pronunciación catalana.

—Hay dos grandes divisiones por lo que hace á las diferencias locales de pronunciación en Cataluña. En esta parte del *Priorato,* como en Valencia y Lérida, se pronuncia el catalán con más lim-

pieza y, en general, como se escribe. Más allá del Priorato, en Barcelona y Gerona, las vocales son menos limpias y aun se sustituye la acentuación de las sílabas. Pero estas son nimiedades, porque lo mismo pasa en las provincias de habla castellana.

—Aun así, soy de sentir que en estas provincias á que usted se refiere, sobre todo en las meridionales, por la mayor delicadeza, volubilidad y calor de la fantasía de sus moradores, el idioma castellano ha adquirido mayor grandeza y adelantamiento, incomparable fuerza y viveza.

—Querrá usted decir más énfasis.

—Pues este énfasis, señor Carrillo, es la característica entre ambos pueblos. El castellano, sin duda por haberse sentado en el solio de los Reyes de España, y por su expansión imperialista—hablo de las Américas—puso en su lenguaje el sello de las nobles pasiones de la emulación y de la gloria; ciertos toques derivados de los muchos y diversos sucesos en que han intervenido quienes lo hablaron. Los catalanes, como inclinados ó resignados al tráfico, al interés y á la solicitud, han forzado al lenguaje á regularse por el mismo camino. En su carácter y pronunciación, el catalán lleva cierta dureza, que hace que se maneje con aquella dificultad que suelen los miembros ateridos de frío.

—En esto estamos conformes, sí; es innegable que el Hereu ha desbancado á la Pubilla, porque de la alianza matrimonial entre ambos vino el cambio de carácter y el desmedro de Cataluña.

—Y para remachar el clavo debe usted añadir:

¡Ay, Castilla castellana,
si la terra catalana
no t'hagués conegut may!

—No voy tan lejos—repuso Carrillo—. Estas son exageraciones de los *renaixensos*. Es que opino como usted. Con la hegemonía castellana, los nietos de los almogávares colgaron sus armas, y los caballeros catalanes, con raras excepciones, ya que no podían ser cortesanos y caudillos, se hicieron comerciantes y fabricantes. La *pubilla Cataluña* entendió que era pasado el tiempo de las expediciones por su cuenta á las islas de Italia y al Oriente; vió que el Mediterráneo era vencido por el Océano, y se resignó á hilar la rueca, á cambiar sus castillos por fábricas y sus bajeles por naves mercantes, dejando al *hereu Castilla* las empresas militares y el aumento del patrimonio.

—¿Y qué tal lo hizo el *hereu* en opinión de usted?

—Bastante mal. Abarcó demasiado, y se quedó sin nada. Ultimamente se jugó al as de espadas las últimas posesiones que le quedaban en América y Oceanía, y las perdió.

—¡Buena se pondría la Pubilla!

—Figúrese usted. ¡Se indignó! Llamó al orden al Hereu, le amonestó á que cambiara de política, á mirar por la casa y acrecentar el mayorazgo con el trabajo y el ahorro. En poco estuvo que le entablara demanda de divorcio. El hereu vínose á

razón con gran regocijo de la pubilla, á quien ello le trae mucha cuenta. En menos de quince años figura en primera línea entre los mineros, navieros, agricultores é industriales de Europa.

—De modo que lo que por ahí se dice...

—Es una nubecilla conyugal por cuestión de intereses. Mientras el hereu administre bien, la pubilla tan contenta.

—Más vale así.

. . . .

Con tan alegre derivación de la tendenciosa cháchara dimos fin al coloquio, á gran satisfacción de la patrona, que, por haberse retirado ya los oficiales, le dolía la luz que gastábamos en el comedor.

Dímonos las buenas noches Carrillo y yo; y con esto nos despedimos, pues no habíamos de volvernos á ver.

IV

DESENLACE TRIUNFAL

El resto del viaje lo hice por el litoral barcelonés, donde se encuentran poblaciones tan importantes como *Villanueva-Geltrú* y *Sitges,* esta última en posición muy pintoresca, junto á la costa de Garraf, macizo montañoso erizado de promontorios y hendido por calas y pequeños fondeaderos.

Era casi de noche cuando llegué á la vista de Sitges, por lo que no tuve más remedio que cobijarme en una choza abierta, mirando á la playa. Las limpias pajas que allí estaban extendidas, daban claras señales que era abrigo de viñadores ó de carabineros.

No era la primera vez que había pernoctado ó sesteado en las casillas de estos guardianes costeros, respirando á bocanadas el aire del mar y oteando, como desde un semáforo, el cruce de delgados piróscafos vomitando humo, de gruesas fragatas largando la escandalosa, y de laúdes, urcas y pailebotes, dando al viento las blancas velas latinas. Llegada la noche, brillan los faros

de la costa; los buques de alto bordo encienden las luces, y ese mar de Barcelona se salpica de puntos luminosos, como fantástica iluminación de laguna veneciana.

Como el sol iba á salir por la parte del mar, me aprestré al amanecer, á ver la última aparición del astro rey. Quería cantarle un himno de gracias por la buena ayuda que me había hecho en el viaje; y quería hacerlo antes de recluirme en la gran ciudad, donde, como el común de la gente, volvería á verlo sin reconocimiento, sin admiración, con la indiferencia que se ve la luz eléctrica que alumbra al acostarse.

Primero amaneció... "La luz, como viene después de las tinieblas y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra cosa y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes, y el descubrirse la aurora—que no sin causa los poetas la coronan de rosas—y el aparecer la hermosura del sol es una cosa bellísima."

No cabe descripción más sentida y verdadera que esta que hace el maestro León del despertar del día.

Y cuando se levantó el sol sobre las aguas pulsé el plectro y le canté este himno:

"¡Salve, oh sol, padre del mundo, alegría de las criaturas; luminar y sostén de mi camino!

"Tú me cobijaste con tu áureo manto y pintaste con gayos colores los paisajes que alegraron mis ojos.

"Por ti se fundieron las altas nieves, que, al deshilarse en arroyos y cascadas, diéronme de beber; por ti maduraron los árboles sus frutos, que diéronme de comer.

"¡Salve, salve!..."

En medio de estos *hosannas* vime sorprendido por la aparición de dos carabineros.

—¿No sabe usted que no se puede estar aquí? —dijo uno de ellos—. Esta caseta es del resguardo y de nadie más.

—Dispense usted; ya me voy—contesté.

Y con el mayor miramiento volví á extender las pajas que me sirvieron de cama, para congraciarme con el carabinero, quien, refunfuñando, me dejó ir sin más consecuencias.

—¡Naufragio en el puerto! se llama esta figura —pensé—. Hete aquí que los demás carabineros del reino no te negaron hospitalidad y aun se hicieron amigos tuyos, y éstos te echan casi á puntapiés la última noche que te queda para llegar á Barcelona.

Y claro está, se enfrió mi numen, y, colgando la lira, eché para adelante.

***

Sitges es residencia veraniega de muchos comerciantes y americanos de la ciudad condal, lo que equivale á decir que allí hay profusión de quintas de recreo ó torres, como acostumbran llamarlas. Notable es, por las galas artísticas que encierra, el *Cau ferrat* de Santiago Rusiñol.

Crucé el pueblo, y siguiendo la playa, oí algarabía de cantos y de voces en la terraza de una quinta, una alegre glorieta, casi lamida por la resaca, con jarrones de áloes en las barandas y toldo de caprichosas enredaderas.

Iba á pasar de largo, cuando sentí llamarme por mi nombre.

—¿Quién será?—me dije.

Y, avergonzado del encuentro, híceme el sordo y apreté el paso.

—¡Ciro! ¡Ciro!—volvió á gritar con insistencia el que me llamaba.

Di media vuelta y vi un joven á caballo sobre la baranda, llamándome ahora con los dos brazos: un amigo de la infancia, de toda la vida, de los pocos que dejé en Barcelona.

A él me acerqué con la confusión de quien se mira sucio y derrotado. En pocas palabras le conté mi odisea. Empezó él por hacer aspavientos y acabó riéndose á carcajadas.

—Y tú ¿qué haces aquí?—le pregunté.

—Acompañando á unos amigos. Hemos pasado toda la noche en juerga con unas artistas que ya se fueron en el tren, y nosotros no tardaremos en volver á Barcelona en un balandro. Entra, que te presentaré.

—¡Quita allá! ¿Con esta facha?

—No te importe; es una reunión de camaradas alegres y de toda mi confianza. Además, están con una jumera que no ven.

—Pues tú bien me has visto...

—Ea, no seas cobarde; sube, te presento y luego te embarcas con nosotros.

—Sea como tú quieres—contesté.

Bajó mi amigo á abrir una poterna del muro, y entré en la quinta.

Los otros seguían vociferando y apenas notaron mi presencia.

Esto no obstante, el amigo hizo mi presentación.

—Señores—dijo—: os presento un gran amigo mío, si que también un gran caminante, que acaba de dar la vuelta á pie á media España. En menos de tres meses se ha plantado aquí desde Madrid, viniendo por Andalucía y por la costa de Levante.

—¡Hurra! ¡hurra!—gritó el coro juvenil.

—Señores—repuso mi amigo, con gran prosopopeya, recabando silencio—. Destápese otra botella de Champagne, y pues el viajero se llama Ciro, bebamos por él y por su expedición, digna de un Jenofonte.

—*Bebiam! bebiam! del vino, bebiam!*—repitieron en italiano.

Y con el brindis de Verdi, llevé á mis labios la cristalina crátera, en la que hervía el néctar de oro. Quisieron que repitiese, pero en un momento que les vi descuidados, vertí en tierra el licor, como ofrenda á la madre tierra y á los buenos corazones que encontrara en mi camino.

A partir de este momento, fuí uno de tantos, y

nadie curó de mí. Vi que todos estaban en mangas de camisa, y yo hice lo mismo.

Razón tenía mi amigo. Los cinco de la reunión estaban hechos una uva. El más sereno parecía él; el más curda, el anfitrión, dueño de la quinta.

Acabado el brindis, continuaron bebiendo y hablando, y como habían agotado todos los asuntos, cayeron sobre la moral, á eso de las diez de la mañana. Con la embriaguez, las máximas morales y los preceptos virtuosos no suelen quedar bien parados. Convinieron los comensales en que el estudio, la ciencia, la literatura, eran cosas vanas, por cierto; el amor, fuente de desengaños, y las mujeres, animales de placer... Convinieron igualmente en que la injusticia, los pesares y la desdicha eran el natural patrimonio del hombre, y, finalmente, se persuadieron de la conveniencia... de abandonar la vida.

Todos aquellos elegantes borrachos, se levantaron como un solo hombre para lanzarse al agua; para ahogarse en el mar, que allí estaba bien cerca.

Yo no sabía qué pensar de aquel desbarajuste; pensé al principio que era cosa de risa, pero vi que iba de veras. En esto, mi amigo se interpuso, increpando á aquellos energúmenos.

—Parece mentira—les dijo—que queráis ahogaros sin mí; os creía mejores amigos.

—Tiene razón—repuso el corifeo, el amo de la quinta—. Ven á ahogarte con nosotros.

—No vayamos tan aprisa—replicó mi amigo—;

no nos lancemos al mar como desesperados ó borrachos. Embarquemos en el balandro que ahí está aparejado, y lejos de la costa, allá en el seno del mar donde retozan ondinas y sirenas, nos arrojaremos en sus brazos. Ya que nos suicidemos, muramos poéticamente.

La proposición fué aceptada por unanimidad. Los borrachos se aplacaron y se dispusieron al embarque.

Atracó el balandro casi al pie de la casa, y como mi amigo hacía de piloto, hízome embarcar también, diciéndome y guiñándome el ojo:

—Ea, ven á suicidarte con nosotros.

Ayudé á izar la vela, que rápida se infló como seno lácteo, y la navecilla voló por las cerúleas ondas. En poco tiempo se vió la punta del Llobregat, y mi amigo hizo rumbo á Montjuich, centinela de Barcelona.

Y aconteció lo que era de suponer.

Al rato de navegar, los energúmenos se marearon, cambiaron la peseta, fueron adormilándose y acabaron por tenderse en los bancos y en las tablas de la cala. Pero despertaron con los cañonazos que disparaban del castillo, casi al tiempo de enfilar el balandro la boca del puerto, y claro está, ya no se acordaron de suicidarse.

Era el 24 de Septiembre; la fortaleza hacía las salvas de ordenanza, al mediodía, por ser el santo de la entonces Serenísima Princesa de Asturias, Su Alteza Real Doña María de las Mercedes de Borbón y Habsburgo.

Por no ser menos que el Hidalgo de la Mancha, que á Barcelona llegó también, entre el estruendo de gruesa artillería, yo hice mía la salva principesca; y altivo, ufano, alegre, satisfecho, salté en el muelle.

Y así terminó mi viaje.



POST SCRIPTUM

Lector, si tanta fué mi suerte que tuviste á bien acompañarme hasta el final de mi leyenda, y ésta te plugo, recomiéndala á tus amigos, y diles que aunque sea relación de vago, el nombre es lo de menos, ó, como se dice en gráfico romance: "Debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor."

VALE

ÍNDICE



"LAZARILLO ESPAÑOL"
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA
TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
DE MADRID
EL DÍA XXX DE AGOSTO DEL AÑO
MCMXI





